

## TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA GUERRA EN EL SIGLO XIV

Gonzalo OLIVA MANSO<sup>1</sup>

### RESUMEN

El infante don Juan Manuel aparece ante nosotros como un personaje singular y polifacético. Su importancia como político corre pareja a su grandeza como escritor. En esta faceta destaca su labor didáctica, especialmente el conocido *Libro de los estados* donde desarrolla, entre otras cuestiones, los principales puntos del arte militar del momento en la Península Ibérica. Ahora bien, ¿se ciñe don Juan Manuel a la realidad del momento o también introduce ideas propias no contrastadas? En este trabajo hemos abordado este interrogante. Una revisión completa de la *Crónica de Pedro I* es suficiente para dar una respuesta afirmativa, pero si añadimos la de su padre, Alfonso XI, esta coincidencia es prácticamente total.

**PALABRAS CLAVE:** Infante don Juan Manuel. Pedro I de Castilla. Siglo XIV. Guerra medieval. Tratadística medieval. *Libro de los estados*.

---

<sup>1</sup> Profesor Contratado Doctor, Departamento de Historia del Derecho y de las Instituciones, Facultad de Derecho, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Correo electrónico: [goliva@der.uned.es](mailto:goliva@der.uned.es)

## ABSTRACT

Infante Don Juan Manuel appears before us as a singular and multi-faceted character. His importance as a politician is matched by his greatness as a writer. In this respect, his didactic work stands out, especially the well-known *Book of the States* where he develops, among other issues, the main points of military art of the moment in the Iberian Peninsula. However, does Don Juan Manuel stick to the reality of the moment or does he also introduce his own ideas that are not contrasted? In this work we have addressed this question. A complete revision of the *Chronicle of Peter I* is enough to give an affirmative answer, but if we add that of his father, Alfonso XI, this coincidence is practically total.

**KEYWORDS:** Infant don Juan Manuel. Peter I of Castile. 14th century. Medieval war. Medieval treatise. *Book of States*.

\* \* \* \* \*

## 1. INTRODUCCIÓN

Cuando Pedro I<sup>2</sup> ascendió al trono en 1350 contaba apenas dieciséis años y su reinado se prolongó hasta 1369. Estos diecinueve años abarcan toda su juventud y la primera fase de su adultez, los años en que un hombre se manifiesta con toda su pujanza hasta que llega la tranquilidad de su madurez. Durante este tiempo toda su energía se canalizó hacia los hechos de armas ya que «era mancebo de veinte e tres años, e era ome de grand corazón e de gran bollicio, e amaba siempre guerras»<sup>3</sup> –CPI (1356. VIII)–. Los nobles rebeldes de Castilla, los musulmanes granadinos

<sup>2</sup> Sobre el reinado de Pedro I y su persona existe un interesante corpus de estudios entre los que podríamos destacar los siguientes: VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Enrique II de Castilla. La guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, Valladolid, 1966; DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Itinerario de Pedro I de Castilla. Estudio y Regesta*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, Valladolid, 1975; SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *España cristiana. Crisis de la Reconquista. Luchas civiles* en R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.), *Historia de España*, vol. 14. Espasa Calpe, Madrid, 1976; GARCÍA TORAÑO, Paulino: *El rey don Pedro el Cruel y su mundo*. Marcial Pons, Madrid, 1996; VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Pedro I el Cruel y Enrique de Trastámara: ¿la primera guerra civil española?* Aguilar, Madrid, 2002; DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente. *Pedro I el Cruel (1350-1369)*. Trea, Gijón, 2007.

<sup>3</sup> LÓPEZ DE AYALA, Pero: *Crónicas*, Edición, prólogo y notas de J. L. MARTÍN. Planeta, Barcelona, 1991, pp. 1-434 (en adelante CPI).

o su archienemigo Pedro IV de Aragón, contra el que sostuvo una larga guerra pueden dar fe de ello. A pesar de su importancia el aspecto militar de su reinado ha quedado un tanto arrinconado y los numerosos detalles de carácter bélico que jalonan su extensa crónica no han sido aprovechados en su totalidad y el ejército petrista se ha estudiado generalmente dentro de obras más generales<sup>4</sup>.

Los pormenores de su reinado se recogieron años después por Pero López de Ayala, testigo presencial de muchos hechos y parte activa de otros cuantos. Hijo de Ferrand Pérez de Ayala, importante personaje de la corte castellana recibió una sólida formación intelectual y religiosa con su tío abuelo el cardenal Pero Gómez Barroso, arzobispo de Toledo, a quien parece acompañó hasta la corte papal de Avignon<sup>5</sup>. En un primer momento su linaje se integró en el bando nobiliario enfrentado a Pedro I, pero se reconcilió con él tras el fracaso de la revuelta en 1356 permaneciendo a su lado hasta 1367 cuando se pasó a servir a Enrique de Trastámara<sup>6</sup>. Con la nueva

<sup>4</sup> LADERO QUESADA, Miguel Ángel: «La organización militar de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media», en *Castillos Medievales del Reino de León*. Hullera vasco-leonesa, León, 1989, pp. 11-34; LADERO QUESADA, Miguel Ángel: «La organización militar de la Corona de Castilla durante los siglos XIV y XV», en M.Á. LADERO QUESADA, (dir.): *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla Actas del Symposium conmemorativo del Quinto Centenario: (Granada, 2 al 5 de diciembre de 1991)*. Diputación Provincial de Granada, Granada, 1993, pp. 195-227; CASTILLO CÁCERES, Fernando: «La guerra y el ejército en los reinos cristianos peninsulares durante los siglos XIV y XV», en *Aproximación a la Historia Militar de España*. Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Madrid, 2006, vol. I, pp. 143-165; GARCÍA FITZ, Francisco: «‘Las guerras de cada día’ en la Castilla del siglo XIV», en *Edad Media. Revista de Historia*, n.º 8, 2007, pp. 145-181; OLIVA MANSO, Gonzalo: «El ejército castellano del siglo XIV. Una mirada a través de la crónica de Pedro I», en L. MARTÍNEZ y M. FERNÁNDEZ (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz. El Ejército y la guerra en la construcción del Estado*. Asociación Veritas para el Estudio de la Historia, el Derecho y las Instituciones, Valladolid, 2012, pp. 59-92; OLIVA MANSO, Gonzalo: «Estampas de la guerra en la Crónica de Pedro I», en *Revista Aequitas: Estudios sobre historia, derecho e instituciones*, n.º 14, 2019, pp. 17-64 y n.º 15, 2020, pp. 17-74.

<sup>5</sup> Para este importante período formativo, remito a las páginas que le dedica MEREGALLI, Franco: *La vida política del Canciller Ayala*. Cisalpino, Varese-Milán, 1955, pp. 9-23. Entre las biografías dedicadas a su persona destacamos: FLORANES Y ENCINAS, Rafael de: *Vida literaria del Canciller Mayor de Castilla D. Pedro López de Ayala, restaurador de las letras en Castilla*, en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, vols. XIX y XX. Viuda de Calero, Madrid, 1851-1852; GARCÍA, Michael: *Obra y personalidad del Canciller Ayala*. Alhambra, Madrid, 1982. También resulta de interés el libro colectivo J. VALDEÓN BARUQUE (coord.), *Estudios sobre el Canciller Ayala en el VI Centenario de su muerte*, Diputación Foral de Álava, Vitoria-Gasteiz, 2007.

<sup>6</sup> Se desconocen las razones exactas de este cambio de rumbo, aunque hay una noticia que relata su encuentro con Pedro I tras la batalla de Nájera. En esta entrevista el rey le preguntó a Pero López de Ayala la causa de su defección y este le confiesa que le llegaron rumores de que pensaba matarle (GARCÍA DE SALAZAR, Lope: *Las bienandanzas e fortunas*, vol. 3, Amigos del Libro Vasco, Bilbao, 1985, p. 246).

dinastía Pero López de Ayala se convirtió en uno de los más importantes personajes de la corte donde desempeñó importantes puestos en el engranaje administrativo castellano: embajador en Aragón y Francia, alférez de la Orden de la Banda, camarero mayor y consejero real, hasta llegar a canciller mayor bajo Enrique III<sup>7</sup>. A lo largo de su obra que abarca los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y parte del de Enrique III, Pero López de Ayala se esfuerza por justificar la revuelta nobiliaria y mostrar la legitimidad de los derechos de los Trastámara<sup>8</sup>, con lo que necesariamente la figura de Pedro I adquiere un sesgo negativo<sup>9</sup>.

Por su parte, don Juan Manuel es una de las figuras más interesantes de la Castilla de la primera mitad del siglo XIV<sup>10</sup>. Contaba con una ilustre ascendencia, era nieto de Amadeo IV de Saboya y de Fernando III, el Santo, y sobrino de Alfonso X, el Sabio, y estaba emparentado por matrimonio con las casas reales de Mallorca y Aragón. Sus amplios estados patrimoniales repartidos por toda Castilla, pero con un extenso núcleo en la zona murciana, hicieron de él un personaje muy activo en

<sup>7</sup> Estos son solo los más importantes, también fue alcalde mayor de Toledo y de Vitoria, merino mayor de Guipúzcoa, merino de Álava, señor de Salvatierra, entre otros (LÓPEZ DE AYALA, Pero: *Crónicas*, cit., 1991, pp. LII-LIV). En Francia, donde su labor como embajador le llevó hasta en siete ocasiones entre 1378 y 1396, logró ganarse también la confianza de Carlos VI de Francia quien le nombró su camarero mayor y formó parte de su guardia personal en la batalla de Roosebeke en 1382 (M. ARANEGUI, *Homenaje al Canciller Ayala*. Vitoria, 1959).

<sup>8</sup> GIMENO CASALDUERO, Joaquín: «La imagen del monarca en la Castilla del siglo XIV: Pedro el Cruel, Enrique II y Juan I», en *Revista de Occidente*, Madrid, 1972; Martín, José Luis: «Defensa y justificación de la dinastía Trastámara. Las Crónicas de Pedro López de Ayala», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval*, n.º 3, 1990, pp. 157-180; VALDEÓN BARUQUE, Julio: «La propaganda ideológica arma de combate de Enrique de Trastámara (1366-1369)», en *Historia. Instituciones, Documentos*, n.º 19, 1992, pp. 459-468; ESTOW, Clara: *La legitimación de lo ilegítimo: López de Ayala y la historiografía medieval*. Ediciones clásicas-Ediciones del Orto, Madrid, 2006; VALDALISO CASANOVA, Covadonga: *Historiografía y legitimación dinástica: análisis de la Crónica de Pedro I*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 2011.

<sup>9</sup> Esta parcialidad del relato no afecta a nuestro trabajo por cuanto no analizamos los hechos del reinado en sí mismos, su génesis y evolución, sino que nos limitamos a extraer detalles objetivos del mundo de la guerra y el ejército.

<sup>10</sup> GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *Don Juan Manuel: biografía y estudio crítico*. Tipográfica la Académica, Zaragoza, 1932; PRETEL MARÍN, Aurelio: *Don Juan Manuel, señor de la llanura: (re población y gobierno de la Mancha albacetense en la primera mitad del siglo XIV)*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 1982; *Don Juan Manuel: VII centenario*. Universidad de Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1982; AYERBE-CHAUX, Reinaldo: *Yo, don Juan Manuel: Apología de una vida*. Hispanic Seminary of Medieval Studies, Madison, 1993. Para el caso concreto de nuestro estudio es igualmente interesante: LEROY, Béatrice: «Le prince écrivain politique, l'Infant Don Juan Manuel de Castille», en *Les princes et le pouvoir au Moyen Age. Actes des congrès de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public, 23<sup>e</sup> congrès, Brest, 1992*. Publications de la Sorbonne, Paris, 1993, pp. 91-105 (doi: 10.3406/shmes.1992.1612).

la compleja política interior de Castilla durante los reinados de Fernando IV y de Alfonso XI, viéndose inmerso en los acontecimientos más importantes del momento. Esta faceta se complementó con una activa vida intelectual de la que surgieron numerosas obras literarias, algunas de ellas tan importantes como *El conde Lucanor* o el *Libro de los estados*. Este último texto, referencia principal para este ensayo, está estructurado narrativamente a través del diálogo entre un maestro, Julio, y su pupilo, el príncipe Joás<sup>11</sup>. La pretensión de Julio no es tanto formar a su discípulo como mostrarle el camino de la salvación que solo podrá alcanzar a través del equilibrio de su vida espiritual y temporal. Dentro de los numerosos aspectos que trata esta obra están los de carácter militar contenidos en el apartado titulado *El emperador en la guerra y en la paz* (capítulos LXX-LXXIX). Don Juan Manuel se nos presenta aquí como un hombre entre dos mundos, a caballo entre una Edad Media que ya no puede ofrecer nada desde el punto de vista militar y un Renacimiento que se abre paso con sus nuevas armas, tácticas e ideas<sup>12</sup>.

Si con anterioridad García Fitz ya había tratado las ideas militares contenidas en sus obras<sup>13</sup>, en las páginas siguientes vamos a dar un paso adelante y contrastar las obras de ambos escritores. Si don Juan Manuel nos marca en el *Libro de los estados* las pautas teóricas de actuación militar, a través de la *Crónica de Pedro I* de Pero López de Ayala se comprobará si estas tienen su reflejo en la vida real y son asumidas y puestas en práctica. Con carácter esporádico también surgirán aquí y allá algunas ideas y noticias contenidas en otros textos como las *Partidas*<sup>14</sup>, la *Crónica de Alfonso XI* de Fernán Sánchez de Valladolid<sup>15</sup>, la *Gran Crónica de Alfonso XI*<sup>16</sup> y la *Crónica de Pedro IV*<sup>17</sup> que servirán para completar algunos puntos de la obra manuelina que están apenas esbozados o carecen de complemento en la crónica de López de Ayala.

<sup>11</sup> JUAN MANUEL (DON): *El Libro de los estados*, I.R. MACPHERSON y R.B. TATE (eds.), Castalia, Madrid, 1991 (en adelante LE).

<sup>12</sup> GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *op. cit.*, p. IV; GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en J.E. LÓPEZ DE COCA (ed.), *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Málaga, Málaga, 1987, p. 55.

<sup>13</sup> GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra...», pp. 55-72.

<sup>14</sup> *Siete Partidas del rey don Alfonso el Sabio (Las)*. Lecoinge y Lasserre, París, 1843.

<sup>15</sup> CERDÁ Y RICO, Francisco (ed.): *Crónica del rey d. Alfonso el Onceno*. Imprenta de D. Antonio de Sancha, Madrid, 1787 (en adelante CAXI).

<sup>16</sup> CATALÁN, Diego (ed.): *Gran crónica de Alfonso XI*. Gredos, Madrid, 1977, 2 vols. (en adelante GCAXI).

<sup>17</sup> *Crónica del rey de Aragón D. Pedro IV, el Ceremonioso, ó del Punyalet, escrita en lemosín por el mismo monarca*, traducida al castellano y anotada por A. DE BOFARULLI. Alberto Frexas, Barcelona, 1850 (en adelante CPIV).

## 2. MARCO POLÍTICO-MILITAR

En agosto de 1350, cuando no habían transcurrido seis meses desde que alcanzara el poder Pedro I se vio aquejado de una grave enfermedad que hizo temer por su vida. En el transcurso de esta, las disensiones entre la nobleza castellana surgieron con fuerza al posicionarse unos por Fernando, infante de Aragón, primo del rey, y otros por Juan Núñez de Lara, señor de Vizcaya, en quien confluían los derechos sucesorios de los infantes de la Cerda. La pronta recuperación del rey no evitó los primeros problemas y Juan Núñez dejó la corte enemistado con Juan Alfonso de Alburquerque, cabeza visible de la otra parcialidad y que actuaba como favorito real, en su condición de antiguo ayo del joven soberano. Aunque Juan Núñez murió pronto, su familia y sus aliados sufrieron las consecuencias. El señorío de Vizcaya quedó a disposición de la Corona mientras que Garci Laso de la Vega y Alfonso Ferrández Coronel fueron presos y ejecutados.

Entretanto en 1352 habían comenzado las disensiones con su hermano Enrique que se prolongaron hasta el final del reinado. Durante cuatro años Pedro I tuvo que lidiar con un fuerte partido nobiliario en el que se posicionaron los principales personajes de Castilla como Juan Alfonso de Alburquerque, sus primos los infantes de Aragón, sus medio hermanos Enrique y Tello y, hasta, su propia madre María de Portugal. La excusa era el trato vejatorio que sufría Blanca de Borbón, esposa de Pedro I, pero la realidad era la ambición desmedida de una nobleza que quería recuperar un poder que Alfonso XI había desplazado hacia las instituciones administrativas del reino controladas por la monarquía.

El fin de la revuelta nobiliaria con la muerte y el exilio de la mayoría de sus integrantes no significó la tranquilidad para una Castilla inmersa en una fuerte crisis humana y económica consecuencia de la Peste Negra que había arrasado la Península. Apenas habían pasado tres meses de su triunfo cuando el carácter belicoso de Pedro I se desvió hacia Aragón. Su rival fue Pedro IV, el Ceremonioso, su antítesis política en cuanto monarca maduro y experimentado, poco dado a los excesos de la guerra y conecedor de los resortes diplomáticos como nadie. El conflicto que los enfrentó se conoce, como no podía ser de otra manera, como guerra de los dos Pedros y se prolongó, con diversas pausas desde 1356 hasta 1366. La más importante fue consecuencia de la paz de Deza-Terrer y se prolongó entre mayo de 1361 y junio de 1362. Este breve intermedio no se tradujo en un respiro para una Castilla agotada por el esfuerzo bélico, y de hecho la paz estuvo forzada por la creciente amenaza que en la frontera andaluza suponían los ataques nazaríes. Resuelto este peligro momentáneo, Pedro I rompió las paces ocupando extensas zonas en Aragón y Valencia.

En 1366 la guerra se trasladó a Castilla con la entrada de Enrique de Trastámara apoyado en un fuerte ejército compuesto en su mayor parte de mercenarios que habían quedado sin trabajo tras la firma en 1360 del tratado de Bretigny entre franceses e ingleses. Pedro I se vio obligado entonces a solicitar la ayuda de Eduardo de Woodstok, más conocido como el Príncipe Negro, heredero del trono inglés. Se solapaban así tres conflictos: la pugna por el trono entre Pedro I y Enrique de Trastámara, el conflicto por la hegemonía peninsular entre los dos Pedros y la guerra que desde hacía treinta años enfrentaba a Inglaterra y Francia. Tras un primer éxito anglocastellano en Nájera (1367), las desavenencias entre Pedro I y Eduardo derivaron en la ruptura del acuerdo y el triunfo final de Enrique de Trastámara que asesinó a su hermano en Montiel el 23 de marzo de 1369.

Este es a grandes rasgos el panorama político-militar de Castilla en esos diecinueve intensos años del reinado de Pedro I que le valieron los sobrenombres de Cruel o Justiciero, según fueran sus detractores o partidarios quienes se lo otorgasen. Apenas unos breves intervalos de pocos meses sirvieron de descanso para Castilla entre un conflicto y otro. En un primer momento sus tierras y ciudades se vieron continuamente en peligro por los excesos cometidos por una clase nobiliaria atenta solo a sus propios intereses y que recorría todo el país acompañada de un numeroso cortejo de hombres armados que vivían sobre el terreno. Estas requisas y confiscaciones, cuando no destrucciones y robos directamente, dieron paso en los años siguiente a exacciones gravosas y otras exigencias para sufragar la guerra en Aragón minando la economía castellana. Esta recibió el golpe de gracia a partir de 1366 con la guerra civil cuando los ejércitos de ambos hermanos, reforzados con guerreros extraños e indiferentes a la suerte de la población civil, camparon a sus anchas por el reino.

### 3. GUERRA LEGÍTIMA. LA DEFENSA DE LA HONRA

Don Juan Manuel es conocedor de que todo conflicto armado conlleva sufrimientos tanto para las tropas implicadas como para los civiles que ven sus territorios inmersos en una situación no buscada, por ello su primer impulso le hace renegar de la guerra<sup>18</sup>.

*«Señor infante, segund dizen los sabios todos, y es verdat, en la guerra ay tantos males que non solamente el fecho, más aun el dicho, es muy espantoso,*

<sup>18</sup> Estaríamos ante una ley natural que también atañe a los animales, estos se respetan entre sí y no se hacen daño salvo con una excepción: el hambre (GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra...», p. 64). Si los hombres quedaban excusados de su cumplimiento en defensa de su honra, los animales pueden hacerlo para asegurar sus necesidades vitales: «Otrosí, las animalias, quando comen a otras que non son de su linage, non matan sinon lo que an mester, et eso mismo las que comen yerbas» –LE, cap. xxv–.

*et por palabra non se puede dezir cuánto mal della nasce et por ella viene. Ca por la guerra viene pobreza et lazeria et pesar, et nasce della desonrra et muerte, et quebranto et dolor, et deservicio de Dios et despoblamiento del mundo, et mengua de derecho et de justicia»* –LE, cap. LXX–.

Conforme a esta visión opuesta a la violencia sin sentido, en otros apartados de su obra aboga por el respeto de los civiles y lo que es más loable desarrolla su argumentación tomando como ejemplo a las víctimas musulmanas. Aunque enemigos de la fe, son merecedores de un trato justo y carga las tintas contra aquellos malos cristianos cuyo único objetivo es el lucro personal o la satisfacción de sus más bajos instintos. El amparo de la fe y la propia seguridad de las tierras fronterizas eran consideradas las únicas excusas válidas para entablar la guerra contra los musulmanes. El beneficio económico que pudiera conseguirse de una cabalgada en tierras granadinas solo se justificaba como un modo de debilitar al enemigo además de una recuperación de los caudales invertidos en la empresa.

*«Ca los que allá van robando et forçando las mugeres et faziendo muchos pecados et muy malos, et mueren en aquella guerra, nin aún los que van solamente por ganar algo de los moros, o por dineros que los dan, o por ganas de fama del mundo, et non por entención derecha et defendimiento de la ley et de la tierra de los christianos, éstos, aunque mueren, Dios, que sabe las cosas escondidas, sabe lo que a de seer destos tales»* –LE, cap. LXXVI–

Don Juan Manuel considera así preferible asumir cuantas adversidades le sucedan a uno antes que iniciar un enfrentamiento del cual pueden resultar más males de los que se pretenden evitar, pero también es un hombre realista y sabe que la vida le puede poner en numerosos trances en los cuales no le quedará otra alternativa que el uso de la violencia.

*«Lo primero, que la comiençe con derecho, et non lo pudiendo nin viendo escusar, et pesándol mucho de corazón, porque non se puede escusar de reçeibir grandes daños et feridas muchas, que son sin culpa; ca Dios, que es derechurero, le ayudará en quanto oviere la guer[r]a... Él le guisará que salga ende con onrra et con pro»* –LE, cap. LXXIX–.

En la cita ya se adelanta el concepto principal sobre el que se sostiene el entramado de la guerra justa: la defensa del honor<sup>19</sup>, lo que aparece más explícito en otras partes del tratado<sup>20</sup>:

<sup>19</sup> Sobre el honor en la actuación militar de Alfonso XI puede consultarse ARIAS GUILLEN, Fernando: «Los discursos de la guerra en la *Gran Crónica de Alfonso XI*», en *Miscelánea Medieval Murciana*, n.º 31, 2007, pp. 17-18.

<sup>20</sup> En otras obras de don Juan Manuel se desarrolla esta cuestión dando paso a otros justificantes como la necesidad extrema y la defensa propia o de la fe cristiana (GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra...», pp. 64-70).



*«Et por ende, deve omne escusar quanto pudiere de non aver guerra. Et todas las otras cosas deve omne ante sofrir que començar guerra, salvo la desonra; ca non tan solamente la guerra, en que ha tantos malos, mas aun la muerte, que es la más grave cosa que puede seer, deve omne ante sofrir que pasar et sofrir desonra, ca los grandes omnes que se mucho preçian et mucho valen, son para seer muertos mas non desonrados.*

... ..

*Et don Johan dizía que fasta que oviese emienda del mal que reçibiera et fincase con onra que lo non faría; ca lo quel pasava con los suyos, o que perdía, o quanto mal le benía, que todo era daño o pérdida, mas non desonra; et que ante quería sofrir todo lo ál que la desonra, et que él se tenía por uno de los que eran para ser muertos, mas non desonrados» –LE, cap. LXX–.*

Don Juan Manuel pone un *exemplo* en su propia rebelión contra Alfonso XI de Castilla. Una acción de tal calibre venía motivada por la ruptura en 1326 del acuerdo matrimonial entre el monarca castellano y su hija Constanza. No obstante, y aunque lo disfraza como un asunto de honra, que existe, en el fondo el conflicto es básicamente político<sup>21</sup>. Sin esta alianza real don Juan Manuel se veía en riesgo de perder su posición e, incluso, su propia vida como ya había sucedido con otro noble no menos poderoso como Juan el Tuerto, señor de Vizcaya. Se presenta a sí mismo abandonado por todo el mundo, sin más apoyo que el de sus vasallos, muchos de los cuales incluso andaban un tanto renuentes de enfrentarse al rey; por contraposición su rival contaba con la alianza de sus homólogos de Portugal y Aragón. A pesar de estas circunstancias adversas, don Juan Manuel consiguió un acuerdo bastante favorable, justificado siempre en la defensa de su honra:

*«Et lo uno, por quanto fizo por guardar su onra, et lo ál, porque se tovo Dios con él, en quien él avía toda su sperança quel defendría, por el derecho que tenía, guisólo así, que ovo paz con el rey, la más onrada que nunca se falla por ninguna fazaña que la oviese omne en España.*

*Et así los enperadores, et aun todos los grandes señores, la cosa del mundo por que mas debe[n] fazer es por guardar su onra. Et quando por esto les acaesçe de aver guerra, conviene que faga[n] muchas cosas para se parar a ella» –LE, cap. LXX–.*

La excusa de la honra defendida por don Juan Manuel implica mayoritariamente actuaciones de carácter político y militar siguiendo la identidad

<sup>21</sup> El entorno político de esos momentos que acabó degenerando en guerra entre el rey y don Juan Manuel y Álvaro Núñez de Lara puede verse en SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, José: *Alfonso XI 1312-1350*. Diputación Provincial de Palencia. Palencia, 1990, pp. 130-145.

monarca-reino que se da en la Edad Media. No está solo en ello, el propio Papado al asumir el *Decreto* de Graciano estaba admitiendo la guerra como una actuación defensiva contra las agresiones externas y siempre como solución extraordinaria ante el fracaso de los cauces diplomáticos. Las causas que se admitían como justas y que podían devenir en una guerra estaban muy limitadas: defensa de la religión, protección del reino, recuperación de bienes y territorios perdidos y venganza de una injuria<sup>22</sup>. Lo cierto es que don Juan Manuel por mucho que justifique la guerra recurriendo a conceptos morales se le escapa en alguna ocasión una razón paralela más mundana, incluso más importante como de hecho la coloca en primer lugar en otro párrafo: la venganza —«et cuánto se deven fazer por se vengar et por levar su onra adelante», LE, cap. LXXIII—. Es una venganza, pura y dura, sin matices, pretende causar al enemigo cuantos daños se pueda para que a través de este correctivo no vuelva a pensar en actuar en su contra. La mera satisfacción personal e intangible del triunfo para ser completa tiene que ir acompañada de un daño real infligido al contrario.

La salvaguarda de la honra o la venganza de una injuria, como expresiones sinónimas, son tan genéricas que dejan abierta la posibilidad de ser interpretadas con enorme ligereza por nobles y reyes más cercanos a la dialéctica de la espada que a la de las ideas. Cualquier ofensa por nimia que fuera podía acabar por ser alegada y agrandada hasta constituirse en un *casus belli*. En el diplomático de Pedro I se conserva la carta enviada en 1356 (agosto, 8) a Pedro IV de Aragón defendiendo el robo de una nave mallorquina por parte de unos vizcaínos. El argumento es simple: los aragoneses habían actuado anteriormente de manera similar contra los castellanos, así que lejos de una agresión estaríamos ante una réplica adecuada a una ofensa previa por lo que se declara enemigo suyo «como deuemos et a nuestra honrra pertenesçe»<sup>23</sup>.

En una obra como la crónica de Ayala con un fuerte componente propagandístico en favor de Enrique de Trastámara y, consecuentemente, contrario a Pedro I, la justificación de las acciones del rebelde y sus seguidores se pone siempre en relación con la defensa de su honra y siempre con Dios a su lado como avalista hasta formar una dupla inseparable<sup>24</sup>.

<sup>22</sup> GARCÍA FITZ, Francisco: *Guerra e ideología: justificaciones jurídicas e ideológicas*. Sílex Ediciones. Madrid, 2004, pp. 23-84.

<sup>23</sup> DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Colección documental de Pedro I de Castilla 1350-1369*, vol. 3. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. Valladolid, 1997, doc. 989.

<sup>24</sup> La presencia de Dios es, con toda lógica, aún más clara en el caso de los conflictos con los musulmanes donde Dios toma incluso las armas contra los enemigos de la fe: «Lo primero que todos los christianos que quieren ir contra los moros deven poner toda su esperanza en Dios, et creer firmemente que el vençer et el poder de todas las cosas, et señaladamente de las lides, como ya desuso es dicho, que todo es en Dios, et acomendarse a El et pedirle merced qu'El endereçe aquel fecho al su servicio... Et esto todo es en la merced et la piadat de Dios... Et Dios, por qui ellos lidian, lidiará por ellos et serán siempre vençedores» —LE, cap. LXXVI, pp. 225-226; vid. también caps. LXXVII, LXXVIII y LXXIX, pp. 230-231, 234 y 235—.

Iniciada una guerra como único remedio posible para recobrar la honra, el éxito llegará solo si Dios, como árbitro supremo, considera que le asisten la razón y el derecho<sup>25</sup>.

Ambos conceptos están presentes a lo largo de toda la guerra de los dos Pedros y muy particularmente al comienzo de esta en 1356. Según la crónica el detonante había sido el ataque pirático realizado por una flotilla aragonesa en tránsito hacia Francia contra dos naves de mercaderes de Piacenza que estaban atracadas en el puerto de Sanlúcar de Barrameda. Enterado Pedro I del hecho exigió de Francesc Perellós, capitán aragonés, que dejara libres las mercancías tomadas al hallarse en un puerto castellano y bajo su protección: «e le requirieron, que pues aquellos bajeles estaban en su puerto, que non los quisiere tomar: otrosí que lo dexase de facer por honra dél, pues estaba presente» –CPI (1356, VII)–. Sin embargo, este rechazó la petición real alegando que se trataba en realidad de bienes de la república genovesa con la que su rey estaba en guerra y procedió a su venta inmediata antes de partir con celeridad. Pedro I envió su embajador ante el rey aragonés exigiendo el resarcimiento de esta ofensa<sup>26</sup> mediante la entrega de Perellós: «e le catara pequeña honra e poca vergüenza, aviéndole enviado requerir que lo non quisiese facer: por lo qual el rey enviaba requerir al rey de Aragón que le quisiese facer entregar aquel capitán suyo que esta deshonra le avía fecho» –CPI (1356, IX)–. El monarca aragonés aparece retratado por López de Ayala como un personaje astuto que atiende las peticiones castellanas y se muestra dispuesto a cumplirlas, pero que no concreta nada. Con buenas palabras da largas al asunto sabiendo que no puede ceder y aunque quisiera tampoco puede hacerlo con la inmediatez que se le exige. El embajador castellano, Gil Velázquez de Segovia, viendo fracasada su misión transmitió a continuación el desafío de su rey con el que

<sup>25</sup> Las *Partidas* 2,23,2 se manifiestan en términos muy similares: «Mover guerra es cosa en que deben mucho parar mientes los que la quieren facer ante que la comiencen porque la fagan con razon et con derecho: ca desto vienen grandes tres bienes: el primero que ayuda Dios mas por ende á los que asi la facen...».

<sup>26</sup> Lo cierto es que los ánimos ya estaban soliviantados entre ambos Pedros pues veían como cada uno se inmiscuía constantemente en los asuntos internos del otro: «el rey de Aragón por el favor que los infantes don Fernando y don Juan sus hermanos y notorios enemigos hallaban en el rey de Castilla, y el de Castilla por el mismo caso, por haberse recogido a estos reinos don Enrique conde de Trastámara y don Tello señor de Vizcaya, sus hermanos, y los caballeros que los seguían» (ZURITA, Jerónimo de: *Anales de la Corona de Aragón*, en A. CANELLAS LÓPEZ (ed.). Imprenta de Octavio y Félez, Zaragoza, 1967-1977, lib. IX, cap. I –en adelante *Anales*–). A pesar de la gravedad de estos hechos, se trataba de conspiraciones medio ocultas, hacia falta algo más real y tangible que todo el mundo pudiera valorar e identificarse a continuación con su soberano. Este *casus belli* que hace detonar todo el conflicto es la actuación de Perellós, que no fue tan nimia como relata Pero López de Ayala y si seguimos el relato de Zurita el catalán continuó con sus actividades depredatorias a lo largo del Guadalquivir y la costa atlántica castellana y las retomó en Galicia.

se da por declarada la guerra entre ambos reinos. A Pedro IV no le quedaba otra opción que poner su confianza en Dios para que le ayudase en los difíciles momentos que se avecinaban: «que non avía justa razón contra él para le desafiar, e que lo dexaba todo en juicio de Dios» –CPI (1356, X)–.

Tres años después el cardenal Guido de Bolonia fue enviado para lograr una tregua entre Aragón y Castilla. Tras una primera entrevista con Pedro IV obtuvo de este un compromiso de sujetarse al dictamen de Dios: «e si ál quisiere facer, yo lo dexo todo en el poder e ordenanza e justicia de Dios» –CPI (1359, V)–. Después de hablar con Pedro I, retornó el cardenal a Calatayud donde continuó sus trámites con el rey aragonés. En esta segunda ronda de conversaciones aparece de nuevo la honra como principio inexcusable que debe quedar a salvo. La entrega de Perellós se hace imposible porque «non es derecho que así le fuese entregado, ca sería gran deshonra de la Corona de Aragón, que ningund otro pudiese facer justicia en los mis súbditos, si non yo» –CPI (1359, V)–. Surge entonces un problema añadido al haber no una, sino dos honras en juego, las de ambos monarcas, que deben salvaguardarse. Pedro I se siente afrentado por la actuación de Perellós y quiere castigarle, pero Pedro IV no puede entregárselo pues quedaría a su vez mancillado. El acuerdo se vuelve así más complicado ya que los dos Pedros deben aparecer ante sus naturales como iguales o vencedores del pulso, nunca como perdedores. En las reuniones que tuvo el cardenal con Pedro IV y sus asesores, uno de ellos Bernardo de Cabrera le propuso unas conversaciones *tête á tête* entre él y Juan Ferrández de Henestrosa, camarero mayor y hombre de confianza de Pedro I, para alcanzar unas treguas: «e que fiaba en Dios, que ayuntándose en uno él e Juan Ferrández, catarían maneras como concordasen a los reyes sus señores e a sus honras» –CPI (1359, VII)–.

Más de lo mismo se comprueba en el relato de los hechos de 1367, durante los momentos previos a la batalla de Nájera. El Príncipe de Gales, creyéndose obligado a actuar como mediador entre ambos hermanos, hizo un último intento para llegar a un acuerdo con Enrique de Trastámara y evitar el derramamiento de sangre. En la misiva que le envió por medio de un faraute justificaba su presencia en la defensa de la honra de Pedro I: «e enviónos mandar que con todos sus vasallos e valedores, e amigos que él ha que nos le viniésemos ayudar e confortar, segund cumple a su honra: por la qual razón nos somos llegados aquí» –CPI (1367, X)–. Se comprometía el príncipe inglés a interceder ante el monarca castellano para conseguirle al Trastámara un estatus en Castilla adecuado a su real persona.

En la respuesta que le dio el pretendiente castellano, este dejó de lado su propio honor y situó en lugar preferente el de todos los castellanos y leoneses. Don Enrique no podía alegar como causa de su alzamiento la defensa de su propio honor, escasa justificación para actuar contra el rey e intentar despojarle de

su herencia, pero en cambio se hacía garante de castigar a quien había afrentado a sus propios súbditos: «Ca todos los de los regnos de Castilla e de León con muy grandes trabajos e daños e peligros de muertes e de mancillas sostovieron las obras que él fizo fasta aquí, e non las podieron más encobrir nin sofrir» –CPI (1367, XI)–. Reforzando la validez de este argumento no dejó de recalcar la predisposición divina en favor suyo:

*«E Dios por su merced ovo piedad de todos los de estos regnos, porque non fuese este mal cada día más..., Dios dio su sentencia contra él que él de su propia voluntad los desamparó e se fue. E todos los de los regnos de Castilla e de León ovieron dende muy grand placer, teniendo que Dios les avía enviado su misericordia para los librar del su señorío tan duro e tan peligroso como tenían... Por tanto entendemos por estas cosas sobredichas que esto fue obra de Dios: e por ende, pues por voluntad de Dios e de todos los del regno nos fue dado»* –CPI (1367, XI)–.

#### 4. DIOS Y LOS HOMBRES

Este papel de Dios como rector de los hechos de los hombres se hace patente a lo largo de la crónica. Los toledanos alzados en 1354 contra Pedro I por el trato dispensado a la desgraciada reina doña Blanca esperaban llevar a buen término sus actos «con la ayuda de Dios» –CPI (1354, XXVI)–. En los momentos finales del reinado, el fracaso ante Córdoba de los moros granadinos aliados de Pedro I que habían estado a punto de tomarla fue celebrado con grandes alegrías por toda la ciudad «ca fiaban en la merced de Dios» –CPI (1368, IV)–. Efectivamente, Dios se hacía presente y actuaba a favor de quien consideraba más adecuado a sus inescrutables designios. Así el cronista afirma en varias ocasiones la indudable intervención divina a favor de Enrique de Trastámara. Es el caso de un extraño suceso que podría haber puesto fin a la disputa fraterna ya en 1360 y en el que incomprensiblemente Pedro I optó por una decisión sorprendente. Enrique de Trastámara había entrado en Castilla acompañado por un fuerte contingente de exiliados castellanos y fuerzas aragonesas. Tras unos primeros éxitos que incluyeron la toma de Nájera, fue derrotado por Pedro I y obligado a refugiarse en esta villa donde su situación se estaba volviendo muy peligrosa pues «si el rey porfiara de los cercar, non tenían manera de se defender». Pedro I renunció a esta favorable coyuntura y se retiró a Santo Domingo la Calzada.

*«E como quier que todos los más de los suyos le decían e consejaban que cercase al conde e avría fin esta guerra, non fue voluntad de Dios que se ficiese, e el rey nunca lo quiso facer, nin le placía deste consejo. E esto era como decimos voluntad de Dios que el conde non fuese tomado, segund lo que después pareció, e quiso Dios ordenar dél»* –CPI (1360, X)–.

El deseo divino de salvar a don Enrique se reitera en el capítulo siguiente de la crónica cuando Pedro I dejó expedito el camino y no obstaculizó su retirada<sup>27</sup>. Obviamente algo debía ocurrir en el ejército de don Pedro para actuar por dos veces de forma tan extraña. Probablemente su victoria había sido pírrica y no disponía de suficientes fuerzas, ni para tomar la villa, ni para asegurarse un nuevo triunfo en campo abierto. Optó por la prudencia y ello le valió al cronista para introducir una intervención divina a favor de don Enrique.

Solo una vez el cronista manifiesta de forma expresa la intervención de Dios a favor de Pedro I. En 1364 una tempestad se desató con tremenda furia frente a las costas de Cullera donde estaba la flota castellana. La situación se estaba tornando crítica y se corría el riesgo de que los barcos fueran empujados contra la costa donde estaba situado el ejército aragonés presto a terminar el trabajo de la naturaleza. La galera real era la que se encontraba en peor situación, había roto ya tres cables y una solitaria ancla la mantenía aún fija al fondo del mar. Si se perdía esta última el viento haría de la embarcación lo que quisiera y la lanzaría finalmente a la costa. La situación debió ser tan complicada que hasta Pero López de Ayala no puede salvo recurrir a Dios para explicar este favorable guiño del destino a favor de Pedro I: «Dios quísole ayudar, e la hora del sol puesto amansó el viento, e cesó la tormenta» –CPI (1364, IV)–.

Incluso las desgracias que acaecían a los miembros de la familia real no tenían otra justificación que la voluntad divina. La muerte de Alfonso XI y el inmediato levantamiento del cerco de Algeciras fue voluntad de Dios quien envió la peste que asoló la Península por esos años y más concretamente el campamento cristiano establecido frente a Gibraltar: «fue voluntad de Dios que recresciese pestilencia de mortandad en el real del rey don Alfonso» –CPI (1350, I)–. Desoyendo los consejos de sus caballeros el rey persistió en el sitio con lo que finalmente resultó fatal para su persona «e fue voluntad de Dios que el rey adolesció, e ovó una landre, de la qual finó» –CPI (1350, I)–.

Estas manifestaciones de Dios como juez de los hechos humanos se hacen aún más evidentes cuando nos ceñimos al propio desarrollo del enfrentamiento bélico<sup>28</sup>: «Ca, segu[n]d desuso es dicho, çierto es que el vençer

<sup>27</sup> «E como diximos ante desto, era voluntad de Dios que non se ficiese más; ca verdaderamente el conde, e los que con él eran iban perdidos, si el rey los siguiera, e non pudieran escusar de se perder» –CPI (1360, XI)–.

<sup>28</sup> Con carácter general vid.: ALLMAND, Christopher, *La Guerra de los Cien Años. Inglaterra y Francia en guerra, c. 1300-c.1450*. Crítica. Barcelona, 1990, p. 85; PARTNER, P., *El dios de las batallas. La guerra santa desde la Biblia hasta nuestros días*. Oberón, Madrid, 2002; ROJAS GABRIEL, Manuel, «El riesgo de la batalla (c. 950 – c. 1250). Muerte y cautiverio en combate campal», *La guerra en la Edad Media: XVII Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 31 de julio al 4 de agosto de 2006*, en B. CASADO y J.I. DE LA IGLESIA (coords.). Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2007, p. 273.

todo es en Dios, et con la su voluntad, et así conviene que sea fecho» –LE, cap. LXXII–. Una cita aún más diáfana se contiene en la crónica de Pedro IV: «...car èll, per dubte de la guerra injusta quens fèhia, nòs gosava aventurar de entrar en batalla ab Nos, dubtant de la punició de Dèu qui es jutge y senyòr de les batalies» –CPIV, p. 346–. En un asunto tan mundano como es la guerra, asistimos a una traslación de los procedimientos de desafío que aún perduran en los ordenamientos jurídicos de la Península tanto referidos a las clases nobiliarias (desafío para devolver la amistad antigua)<sup>29</sup> o municipal (desafío como fase previa al duelo)<sup>30</sup>. Este desafío militar, ya esbozado al relatar los sucesos de Sanlúcar, consta así de varias fases: solicitud de desagravio → negativa → desafío → guerra → intervención divina, que son las mismas que se encuentran recogidas en el *Libro de los estados*:

*«Et pues Dios es derechurero, forçadamente conviene que se tenga con el que tiene derecho, et quel ayude, et non deve ninguno fiar nin atreverse en su poder nin en su entendimiento nin en su esfuerço, que todo es nada sinon lo que Dios quiere. Et así todo lo deve poner en su merçed et guisar que lo faga con derecho.*

*[Et] aún, por haber más a Dios por sí, deve rogar et afrontar a aquel con qui cuida aver la guerra o la contienda, quel quiera desfazer el tuerto et el yerro quel tienen fecho, et quiera aver paz con él, mostrándol todas las buenas razones que pudiere por que lo deve fazer. Et si gelo emendare como deve a su onra, déve[ll] plazer et tomar la emienda, et gradesçer mucho a Dios porque quiere que aya paz a su onra. Et si esto non li valiere, entonçe deve començar la guerra»* –LE, cap. LXXI–.

Como consecuencia de esta visión jurídica la guerra es una sucesión de ordalías, una por cada enfrentamiento entre los contendientes<sup>31</sup>. Su resolución como la de un litigio procesal entre particulares acaban resolviéndose por la violencia y así lo que en el ámbito privado es una lid entre campeones resuelta en un sitio concreto y que se prolonga no más allá de tres días<sup>32</sup>, deviene ahora

<sup>29</sup> OLIVA MANSO, Gonzalo: *Pugna duorum: perfiles jurídicos. Su manifestación en la sociedad y la política medieval de Castilla y León*. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Madrid, 2000, pp. 161-210.

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 211-320.

<sup>31</sup> La relación entre ordalía y guerra, específicamente en las Cruzadas, ha sido tratada por ARIAS GUILLÉN, Fernando: *op. cit.*, pp. 12-14. Vid. también STRICKLAND, Matthew: «Provoking or Avoiding Battle? Challenge, Duel and Single Combat in Warfare of the High Middle Ages», en M. STRICKLAND (publ.), *Armies, chivalry and warfare in medieval Britain and France: proceedings of the 1995 Harlaxton Symposium*, Paul Watkins, Stamford, 1998, p. 317.

<sup>32</sup> Los pormenores del combate judicial en los distintos procedimientos y ámbitos jurisdiccionales en los que puede utilizarse pueden consultarse en OLIVA MANSO, Gonzalo: *Pugna duorum...*, pp. 195-199, 287-304 y 417-422.

en un conflicto armado que implica un número considerable de personas que batallan por su rey y que se extiende a lo largo del espacio y el tiempo. Varían el tamaño de las variables implicadas, pero la naturaleza última del suceso es la misma, conseguir que Dios manifieste su voluntad en una controversia humana ante la imposibilidad de que las partes lleguen a un acuerdo<sup>33</sup>.

Esta presencia divina se hace presente así en numerosos acontecimientos militares relatados en la crónica, especialmente cuando se trata de una batalla campal. Desde el momento en que se ha dado la orden de combate esta se convierte en un evento cuyo resultado es absolutamente impredecible. La batalla queda así configurada como último recurso<sup>34</sup>, especialmente cuando se dispone de menos recursos que el enemigo<sup>35</sup>. El choque directo debe evitarse y solo aceptarlo cuando no queda otra alternativa<sup>36</sup>, lo

<sup>33</sup> En ocasiones Dios también muestra su postura y hace justicia sin haber sido expresamente invocado. Es el caso de Juan Núñez, maestre de Calatrava que depuesto de su cargo por Diego García de Padilla fue al poco asesinado por orden de este. Este aciago suceso en el que el mismo Pedro I negaba su participación no causó las repulsas que otros hechos semejantes pues algunos veían en él un justo castigo por su comportamiento anterior: «E decían algunos que el dicho maestre don Juan Núñez fuera en deponer del maestrazgo al maestre de Calatrava don Garci López que le freylara, e que así venían los juicios de Dios» –CPI (1354, II)–.

<sup>34</sup> GARCÍA FITZ, Francisco: «La batalla en la Edad Media. Algunas reflexiones», en *Revista de Historia Militar*, n.º 100, 2006, pp. 97-98.

<sup>35</sup> En una carta de 1357 (febrero, 24) remitida por Pedro el Ceremonioso a su tío Pedro de Ribagorza le comentaba su decidida intención de entablar batalla contra Pedro I. Exponía varias de las razones que le movían a ello: los precedente de reyes aragoneses triunfando ante oponentes muchos más poderosos, la bisoñez del rey castellano y el escaso apoyo que habían de darle muchos de sus nobles, pero sobre todo la ausencia de medios materiales con los que contaba y que solo podría reunirlos cargándolos sobre unos súbditos ya de por sí explotados. Con todo ello alegaba que era mejor poner el asunto en manos de Dios (GUBERN, Román: *Epistolari de Pere III*. Editorial Barcino, Barcelona, 1995, doc. 20).

<sup>36</sup> No estamos ante un axioma. El desenlace de algunas campañas se resolvió a través de una o varias batallas. Guillermo I se jugó el todo por el todo de su intervención en Inglaterra en la batalla de Hastings (1066) y Carlos de Anjou hizo lo propio en Benevento (1266) y Tagliacozzo (1268). La cruzada cátara aún con numerosos casos de lucha de posiciones tuvo sus momentos decisivos en los encuentros de Castelnaudary (1211) y Muret (1213). Vid. MCGLYNN, Sean: *A hierro y fuego: las atrocidades de la guerra en la Edad Media*, Crítica, Barcelona, 2009, pp. 152-153.

En el ámbito castellano el ejemplo supremo es la batalla de Las Navas de Tolosa. La toma de Salvatierra por los almohades auguraba para Castilla un peligro tan grave como el de los años 1196-1197 que siguieron a la derrota de Alarcos. El cónclave inmediato concluyó con la decisión real de ir a enfrentarse con los musulmanes y «comprobar la voluntad del cielo en el peligro del combate» (JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: *Historia de los hechos de España*, Introducción, traducción, notas e índice de J. FERNÁNDEZ VALVERDE. Alianza Editorial, Madrid, 1989, libro VII, cap. XXXVI, p. 305). Un completo estudio acerca de este caso puede consultarse en: GARCÍA FITZ, Francisco: «Las Navas de Tolosa y el paradigma bélico medieval», en C. ESTEPA y M<sup>a</sup> Antonia CARMONA (coords.), *La Península Ibérica en tiempos de Las Navas de Tolosa*. Sociedad Española de Estudios Medievales, Madrid, 2014, pp. 17-52.



que se interpreta como una primera expresión de la voluntad divina, y entonces aceptar esta tesitura en la que le ha puesto y afrontarla con todas sus consecuencias como el juicio de Dios que es.

*«... et dévese guardar quanto pudiere de non lidiar con gente de aquel con quien a la guerra, porque más le enpeseçría a él perder la gente que al otro. Pero si Dios le troxiere a lugar que en aquel[la] lid se partiese toda la guerra, tal lid non la deve partir en ninguna manera, mas ayunta[r]la quanto pudiere ayuntar. [Et] en otra manera siempre deve guardar la gente et fazer guerra guerriada» –LE, cap. LXX–.*

Cuando en 1355 Enrique de Trastámara y sus gentes tuvieron que abandonar Toledo lo hicieron con la intención de enfrentarse con Pedro I a pesar de que su inferioridad era manifiesta «pero con la grand desesperación salieron a tomar el aventura que les viniese» –CPI (1355, VIII)–. Cuando no queda otra opción, cuando la causa y aún la vida ya se ven perdidas solo queda jugárselo todo a una carta y combatir. La complejidad de la batalla es tal que siempre cabe un golpe de suerte: la muerte del caudillo rival, un ataque de pánico en alguna unidad que induce al resto a la desbandada, la llegada imprevista de refuerzos... El caso es que todos los guerreros saben que una vez comienza la batalla el cúmulo de imponderables es tal que no cabe análisis alguno y solo queda confiar en la justicia divina.

A lo largo de la crónica varios de los principales actores: Gil Bocanegra, Pedro IV, Enrique de Trastámara o Eduardo de Woodstock, fian en la divinidad el resultado de sus acciones. En 1359, tras el fallido intento de tomar Barcelona la flota castellana se encontraba en las costas levantinas, en las cercanías de Calpe, donde esperaba la llegada de su oponente aragonesa para entablar el choque decisivo. Sin embargo, en el último momento se conoció que Pedro IV no estaba presente con los suyos por lo que se abrió un arduo debate entre los consejeros de Pedro I sobre la conveniencia de entablar la batalla, con el peligro que suponía para su vida mientras su rival no arriesgaba su real persona<sup>37</sup>. La única intervención digna de ser transmitida por el cronista es la del almirante Gil Bocanegra, quien desestimó la participación del rey en la batalla dejando que fueran sus caballeros y él el primero, quienes como gentes experimentadas asumieran su papel: «e entiendo con la merced de Dios, e con la vuestra buena ventura que la avré aquí agora con ellos ... e Dios por su merced con la buena justicia que vos tenedes en esta guerra, ayudará a los vuestros» –CPI (1359, XVI)–.

<sup>37</sup> La defensa de la vida del rey a cualquier precio durante la batalla ha sido tratada por ROJAS GABRIEL («El riesgo de la batalla...»), pp. 279-280).

Reiniciada en 1362 la guerra de los dos Pedros el ejército castellano comenzó sus actuaciones sitiando la ciudad de Calatayud. Los bilbilitanos se vieron sometidos a un fuerte cerco que puso a la ciudad a las puertas de la rendición. Una embajada ante Pedro IV obtuvo de este la autorización para someterse a los castellanos y conservar así vida y bienes. No obstante, el monarca les comunicó la esperanza de que las cosas en el futuro mejorasen notablemente y volvieran a ser súbditos suyos puesto «que él esperaba gente por quien avía enviado: e desde que él oviese ayuntadas todas sus compañías, él entendía ir poner todos estos fechos en la mano de Dios, e que se librase por batalla» –CPI (1362, XII)–.

En 1365, cuando Enrique de Trastámara trataba de ganar para su causa a los castellanos rendidos en Murviedro –actual Sagunto– hacía relación de las importantes fuerzas de que disponía para asumir la corona castellana: castellanos exiliados, aragoneses y compañías de mercenarios; y les pedía se unieran a él pues «si Dios le ayudase a cobrar aquel regno, que él non le quería si non para le partir con ellos» –CPI (1365, III)–. Al año siguiente la posición de Enrique de Trastámara había mejorado sustancialmente, ya no era un simple pretendiente, había sido coronado en Burgos y actuaba a todos los efectos como rey de Castilla. Sus partidarios habían recibido las mercedes y beneficios prometidos que había que reafirmar una última vez en una batalla a dirimir en los meses siguientes y que se presumía decisiva. La reclamación de unos embajadores para que cumpliera las obligaciones con su aliado aragonés quedó pospuesta a que se resolviera finalmente su pleito con Pedro I donde esperaba contar de nuevo con la asistencia divina y «fiaba en Dios que si aquella batalla oviese de ser, que Dios le daría en ella buena ventura» –CPI (1366, XXI)–.

Dos años después, cuando la situación estaba encallada y parecía inminente una batalla definitiva en el encinar de Bañares, los nobles enriqueños aconsejaban a su señor que retuviera sus ánimos y aguantase un poco más fiando en una pronta retirada del ejército anglocastellano a sus bases en la Gascuña. No obstante, estaban prestos a seguir sus órdenes y «todos esperarían la aventura de la batalla: e que fiaban en la merced de Dios que le daría la victoria» –CPI (1367, VI)–. Cuando unos días después fracasaron en Nájera las negociaciones en curso es entonces el Príncipe de Gales quien deja también toda solución en manos de Dios: «todo esto era en la voluntad de Dios como la su merced fuese de facer e que non avía otro remedio si non ponerlo a batalla luego» –CPI (1367, XI)–.

Se pueden situar las tropas de la mejor manera posible, contar estas con el armamento y la preparación más adecuada, aprovechar todas las ventajas que puede dar el terreno, utilizar con acierto toda la información

conocida sobre el enemigo, etc. pero al final es Dios quien dispone a su antojo del destino de los hombres mirando solo la valentía y la bondad de los intervinientes<sup>38</sup>: «Et dende adelante, fágase lo que Dios toviere por bien; ca fasta este lugar cumple el seso, et dende adelante Dios et los buenos omnes sofridores et de grand vergüença et de grandes coraçones lo an de fazer» – LE, cap. LXXIV–. Este pequeño resquicio que se deja al factor humano durante la batalla tiene que ver con la inteligencia de los capitanes o la fuerza de los soldados, pero sobre todo con sus cualidades morales. Por si no quedara suficientemente claro este punto para sus lectores, Don Juan Manuel reincide al poco sobre lo mismo: «Et commo desuso es dicho, deste lugar adelante non ay otro seso nin otro acabdellamiento, sinon la voluntad de Dios et lo que fizieren los buenos» –LE, cap. LXXIV–. Él es consciente de que el fundamento de su propio estamento está en la defensa de la sociedad por lo que asumir el control divino absoluto supone despojarlo de cualquier legitimidad que justifique sus privilegios. Las habilidades guerreras, potenciadas por sus valores morales, se expresan en el campo de batalla por todos y cada uno de los allí presentes convirtiéndose en la expresión externa de la verdad de su causa que Dios acaba valorando. En definitiva, si son buenos y defienden la causa correcta, Dios estará de su lado. En caso contrario, serán sus rivales quienes gocen de la ayuda divina.

Este papel cuasi anecdótico de los hombres durante las batallas adquiere mucho más relieve en otros escenarios del drama bélico, situándose casi a la par de Dios. Se acaba de mencionar la necesidad de que los dirigentes posean dos cualidades intelectuales: inteligencia –*seso*– y capacidad de dirección de sus dirigentes –*acabdellamiento*–. Otras varias citas reiteran esta necesidad de contar con hombres preparados para afrontar un conflicto violento<sup>39</sup>:

*«Et pues, faziendo estas cosas, seyendo los suyos menos, puede por estas maneras, ayudándol Dios, vençer sus contrarios, bien deve des entender que si él toviere más et mejores, et fiziere todas estas maestrías, et toviendo derecho, que muy más ligeramente los puede vençer.*

.. .. .

<sup>38</sup> Acudir a la divinidad es en el fondo el reconocimiento de la imposibilidad de controlar las acciones del ejército una vez que se ha iniciado una carga. El choque subsiguiente con miles de hombres mezclados en una *melée* sangrienta y enzarzados en una lucha desesperada por la vida, combatiendo a su rival cara a cara no es un escenario proclive a la ejecución de variantes tácticas.

<sup>39</sup> Don Juan Manuel hombre práctico aferrado a la vida diaria disiente totalmente de San Agustín: «No se busca la paz para mover la guerra, sino que se infiere la guerra para conseguir la paz. Sé, pues, pacífico combatiendo, para que con la victoria aporte la utilidad de la paz a quienes combates» (*Carta 189: A Bonifacio* ([http://www.augustinus.it/spagnolo/lettere/lettera\\_194\\_testo.htm](http://www.augustinus.it/spagnolo/lettere/lettera_194_testo.htm) consultado el 27/09/2020).

*Pero lo cierto es que todo a de fincar en la voluntad et en la merced de Dios, et en el buen entendimiento et grant esfuerço et grant aperçibimiento del que lo ha de fazer»* –LE, cap. LXXIV–.

*«Otrosí, en pos esto, la cosa que más le cunplirá para sallir bien della es que faga la guerra muy bien, cueradamente et con grant esfuerço, et con muy grant cruexa además...»* –LE, cap. LXXIX–.

Lo que se traduce en tres cuestiones: conocimiento, perseverancia y ausencia de trabas morales. El dirigente de la campaña tiene que ser una persona preparada, conocedora de todo lo relativo a los asuntos bélicos: manejo de información, logística, estrategia, táctica y trato con los subordinados, entre otras muchas aptitudes, pero también ha de ser una persona decidida, con arrojo, que gestione la guerra con todas sus consecuencias hasta la victoria definitiva.

Esta necesidad de contar con personas que tengan un conocimiento profundo de las cosas de la guerra se reitera hasta la saciedad en la Segunda Partida. *Sabidores* es la denominación que rey Sabio da a quienes custodian las fortalezas del reino, compartida con los adalides y los caudillos que guían a las tropas<sup>40</sup>. Más aún, algunos ancianos que por su edad no pueden tomar las armas no tienen excusa para no acompañar al ejército ya que la experiencia que dan sus muchos años es un activo que no puede despreciarse y están obligados a cumplir labores de asesoramiento<sup>41</sup>.

A pesar de estas exhortaciones que llenan el *Libro de los estados* y las *Partidas*, la *Crónica de Pedro I* contiene numerosos desatinos y malas

<sup>40</sup> *Partidas* 2,18,6: «... et sabidor conuiene que sea porque sepa facer et guisar las cosas que conuiniere a guardar et a defendimiento del castiello». *Partidas* 2,18,13: «Sabidoria grande et seso ha meester en defender los castiellos, ca maguer el esfuerço et el ardimiento son muy nobles en sí, pero en las demás cosas ha meester que sean ayudados por seso et por cordura». *Partidas* 2,18,14: «Engeñoso et sabidor seyendo el alcaide, es cosa que se le torna en grant pro para la guarda de su castiello». *Partidas* 2,22,1: «Quatro cosas dixieron los antiguos que deben haber en sí los adalides; la primera sabiduria... Et sabidores deben seer para guia las huestes et saberlas guardar de los malos pasos et peligros: et otrosi deben seer sabidores...». *Partidas* 2,23,4: «Cabdiellos tienen lugar de grant honra, ca sin ellos no se puede facer ninguna cosa acordadamente... onde decimos que por una destas tres cosas deben los homes seer tomados por cabdiellos... mas el tercero que viene por sabiduria, ha mayor honra por fuerza que estos otros dos que diximos, porque tambien aquel que lo es por linage como el otro que lo gana por poderio, si sabidores non son, conviene en todas guisas que tornen a seso et a consejo de aquellos que lo saben facer». *Partidas* 2,24,3: «Almiral es dicho el que es cabdiello de todos los que van en los navios para facer guerra sobre mar... et desi que sea sabidor del fecho de la mar et de la tierra porque sepa lo que conviene de facer en cada una dellas». Otras cuestiones se tratan en *Partidas* 2,23,5; 2,23,8 y 2,23,9.

<sup>41</sup> *Partidas* 2,19,3: «Pero a lo que dize de suso de los viejos que deuen ser escusados non se entiende de aquellos que fuesen tan sabidores que pudiesen ayudar por su seso a los de la hueste».

decisiones que dejan en evidencia la incapacidad de los dirigentes que ni siquiera han leído la tratadística militar del momento. Ciertamente es que en muchas situaciones las decisiones tomadas son correctas, pero más parecen fruto de la experiencia o lo que es lo mismo de la repetición de conductas ante situaciones similares que de un análisis preciso y pausado del problema que se presenta en cada momento, que siempre va a presentar pequeñas singularidades respecto de otros anteriores. Así pues, para llevar adelante una guerra con garantías de éxito la mejor opción es asegurar que las personas más preparadas, o cuanto menos más experimentadas, estén situadas en los cargos de mayor importancia, pero este presupuesto lógico desde nuestra sociedad actual que fomenta la meritocracia, al menos sobre el papel, estaba arrinconado en la Edad Media. Prevalecían otros valores como la lealtad, el nacimiento o la existencia de vínculos personales o familiares con las personas cercanas al poder. El ejemplo más claro es el de Diego García Padilla, mozo de pocos años y al parecer también de escasas luces que debía su cargo, nada menos que el maestrazgo de Calatrava, al hecho de que su hermana María compartía el lecho con Pedro I. No era el más idóneo para tan alto cargo y carecía de la más mínima capacidad para gestionar hombres y medios tanto en la paz como en la guerra. Así se le vio en 1359 como un joven impulsivo y ocioso que puso en peligro su persona y la de sus acompañantes por pasar un rato de asueto –CPI (1359, XVII)–. Pedro I había tomado la ciudad de Alicante, pero no había podido aún apoderarse del castillo de Santa Bárbara que domina la ciudad. Aburrido por la inactividad y por la estancia en la flota, lo que no debía ser del agrado de un joven criado en tierra, el maestre descendió a la orilla acompañado con veinte de los suyos, todos desarmados, para entrenarse por la huerta confiados en que al estar la villa abandonada no corrían peligro. Los aragoneses que lo vieron desde el castillo decidieron aprovechar la coyuntura y cincuenta de a caballo bajaron desde el castillo y fueron en su busca. Sorprendidos los castellanos, no les quedó sino huir de mala manera hasta que pudieron ser reembarcados. El resultado de la «excursión» se saldó con varios muertos. Dos años después obtuvo una trabajada victoria en Linuesa, a pesar de los errores cometidos que no deja de señalar López de Ayala –CPI (1361, VIII)–, y al año siguiente fue contundentemente derrotado en Guadix por los granadinos que llegaron a tomarle prisionero, aunque para su suerte fue liberado al poco por el monarca nazarí deseoso de ganarse el apoyo de Pedro I en sus conflictos internos –CPI (1362, I)–. Tampoco fue toda la culpa suya. En ambas ocasiones estaba acompañado por Enrique Enríquez, adelantado mayor de la Frontera, y este sí era una persona madura y con experiencia, pero aceptó plegarse a las veleidades de su superior.

### 5. ESTRATEGIA Y TÁCTICA. LA PLANIFICACIÓN DE LA GUERRA Y EL DESARROLLO DE LAS ACCIONES MILITARES

La tradicional opinión que hacía de las campañas militares en la Edad Media un compendio de improvisaciones y decisiones tomadas al albur de los acontecimientos ha sido matizada en las últimas décadas por diversos autores. Así para Contamine «negar, por tanto, la existencia de un arte militar medieval, con sus variaciones y su evolución, es producto, en último término de una simple laguna de información»<sup>42</sup> y sosteniendo esta afirmación aporta numerosos ejemplos. Las campañas en Sajonia realizadas por Carlomagno, la conquista normanda de Inglaterra o numerosas expediciones de franceses e ingleses durante la guerra de los Cien Años muestran para este autor una preparación y una ejecución detallada<sup>43</sup>. Como acertadamente dice García-Fitz «aquellos hombres no hicieron sino adaptar su forma de hacer la guerra a los condicionantes económicos, sociales o institucionales de su tiempo»<sup>44</sup>. Un buen ejemplo de ello puede verse en los casi doscientos años de estadía de los cruzados en Ultramar que muestran una constante adaptación a los cambiantes desafíos que se fueron presentando. La improvisación de los primeros momentos dio paso pronto a políticas militares a largo plazo fruto de una análisis cuidadoso y meditado<sup>45</sup>.

Que lo consiguieran es otra cosa. Eduardo de Woodstcok, un militar del máximo prestigio en su época se nos revela con numerosas lagunas, a poco que estudiamos sus decisiones. Se podría decir de él que era un magnífico táctico, pero un mediano estratega, como lo demuestra su brillante victoria en Nájera precedida de un planteamiento general de la campaña que evidencia unos torpes e indecisos movimientos por el norte de Castilla. Tras cruzar los Pirineos y llegar a Pamplona sin mayores problemas, decidió abandonar el Camino de Santiago y pasar a Álava. Aquí se encontró con un tiempo lluvioso y frío que le obligó a parar un tiempo antes de proseguir su camino dando con ello un tiempo vital a Enrique de Trastámara y Du Guesclin para prepararse. Estos estaban situados en los altos de Zaldiarán y desde allí acosaban y destruían cuantas unidades se derramaban en busca

<sup>42</sup> CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Labor. Barcelona, 1984, p. 293.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 283.

<sup>44</sup> GARCÍA FITZ, Francisco: «¿Hubo estrategia en la Edad Media? A propósito de las relaciones castellano-musulmanas durante la segunda mitad del siglo XIII», en *IV jornadas Luso-Espanholas de História Medieval: As relações de fronteira no século de Alcaninces*, vol. 2. Faculdade de Letras da Universidade, Porto, 1998, p 854.

<sup>45</sup> ALVIRA CABRER, Martín: «Los francos de Ultramar y el arte de la guerra», en A. ARRANZ, M.ªP. RÁBADE y Ó. VILLARROEL (coords.), *Guerra y Paz en la Edad Media*. Sílex. Madrid, 2013, pp. 469-496.

de vituallas. En esta tesitura se hizo necesario desandar el camino y, por los montañosos pasos de Maeztu y Santa Cruz de Campezo, Eduardo volvió hacia Viana y Logroño<sup>46</sup>.

El caso es que Enrique de Trastámara no le iba a la zaga, hasta el punto de que no se sabe bien como definir en esos mismos momentos al de Trastámara si de valiente, arrojado, inepto o visionario. Eso sí, por lo menos contaba con buenos consejeros, aunque finalmente no pudieron controlar a su impulsivo señor. Estando con su ejército esperando la llegada de su rival recibió una carta del rey de Francia exhortándole a no jugarse su destino en una única jornada si el Príncipe de Gales así se lo ofreciera. Su ejército era muy poderoso<sup>47</sup>, pero su estancia en Castilla no había de prolongarse por mucho tiempo<sup>48</sup>. Del mismo parecer se mostraban Bertrand Du Guesclin y otros caballeros franceses, vasallos del rey de Francia, aunque se mantenían obedientes a la definitiva decisión de su señor castellano. Finalmente, Enrique de Trastámara valoró todas estas opiniones y no se produjo el enfrentamiento previsto. Los trastamaristas mantuvieron su posición en altura y las tropas anglocastellanas no pudieron forzar la posición «por la grand fortaleza que aquel asentamiento del Real tenía» ni conseguir que descendiera a la llanura.

Esta juiciosa postura se continuó en los días venideros manteniendo la iniciativa frente a sus rivales que «non podían pelear con él si non a grand su peoría, nin pasar por allí para ir a Castilla, ca les tenían tomados los puertos de aquella comarca» –CPI (1367, IX)–. Sin embargo, Enrique de Trastámara no pudo aguantar la impaciencia o no quiso esperar a que su propia situación se deteriorara. Finalmente, ambos ejércitos se prepararon para la batalla. El conde de Trastámara contaba con la ventaja del terrero, controlaba el paso del puente del río Najerilla, en esa época caudaloso y profundo, pero desechó la oportunidad y cruzó el río hasta Navarrete con lo que este quedaba a sus espaldas lo que dificultaría su huida en caso de una hipotética derrota<sup>49</sup>.

<sup>46</sup> El itinerario de ambos ejércitos hasta el lugar definitivo de la batalla de Nájera esta sintetizado en: CASTILLO CÁCERES, Fernando: «Análisis de una batalla: Nájera 1367», en *Cuadernos de Historia de España*, n.º 73, 1991, pp. 119-131 y LERENA GUINEA, Tomás, «La batalla de Nájera (1367)», *La guerra en la Edad Media: XVII Semana...*, pp. 360-364.

<sup>47</sup> Debía estar pensando en las recientes derrotas de Crécy (1346) y Poitiers (1356) en donde los arqueros ingleses habían aplastado a la orgullosa nobleza francesa.

<sup>48</sup> «... que con el príncipe de Gales venía la flor de la caballería del mundo: e por ende que desmanase aquella pelea, e ficiese su guerra en otra guisa; ca el príncipe e aquellas compañías non podrían durar mucho en Castilla, e que se tornarían» –CPI (1367, VI)–.

<sup>49</sup> «... e ovo su acuerdo de pasar el río, e poner la batalla en una grand plaza que es contra Navarrete, por do los otros venían, e fizolo así. E desto pesó a muchos de los que con él estaban, ca tenían primero su Real a mayor ventaja que después le asentaron; pero el rey don Enrique era ome de muy grand corazón, e de muy grand esfuerzo, e dixo que en todas guisas quería poner la batalla en plaza llana sin aventaja alguna» –CPI (1367, XII)–.

El día de la batalla los enriqueistas se situaron detrás de un pequeño cauce que les protegía de un ataque, pero les obligaba a estar de cara al sol. Los ingleses cambiaron su posición, dieron un rodeo al amanecer y se situaron sobre una loma dominando las alturas y en un terreno donde el cauce ya no representaba ninguna dificultad. A partir de ahí la eficacia de sus tropas decantó la batalla a su favor con el resultado de todos conocido<sup>50</sup>. Un desastre completo para Enrique de Trastámara quien vio como sus partidarios quedaron diezmados por la muerte y la prisión lo que ocasionó un freno a sus movimientos en los meses siguientes. Si su posición no se debilitó aún más, se debió a los desaciertos de Pedro I para gestionar la victoria.

El conocimiento del teatro de operaciones se revela así como un factor fundamental a la hora de conseguir el éxito. Las *Partidas* ya se detenían en ello<sup>51</sup> y don Juan Manuel también lo expone claramente en su obra:

*«Otro sí, deve tomar quantas ventajas pudiere, así como del sol et del viento, que den a él despaldas et a los otros de cara; et así [si] pudiere, catar el mejor lugar et más a su pro, como de altura et de barranco, o de río et saliente de monte, o tremendal, o qualquier logar por que puedan los suyos ir ayuntados et bien acabdellados et los otros ayan de benir esparzidos»* –LE, cap. LXXII–.

A lo largo de la crónica se suceden los errores por una inadecuada planificación y por la toma de decisiones apresuradas desprovistas de toda lógica. Cuando Pedro I encargó al infante don Juan que se apoderara del señorío de Vizcaya, este no las tenía todas consigo y demoraba su entrada en Vizcaya «por quanto la tierra es muy fuerte» –CPI (1355, XIV)– y cuando lo hizo se vio derrotado en dos ocasiones. Su perspicacia inicial se continuó con un sentido común escaso en el momento de emprender las acciones. El ejército de don Juan, formado mayoritariamente por caballeros no podía maniobrar adecuadamente en un terreno montuoso cubierto de bosques, mientas que sus rivales conocedores de las peculiaridades del terreno donde

<sup>50</sup> El desarrollo de la batalla puede seguirse en: CASTILLO CÁCERES, Fernando: «Análisis de una batalla...», pp. 131-138.

<sup>51</sup> *Partidas* 2,23,7: «Et por ende el cadiello para fazer esto debe siempre catar su meloria, así que quando el estudiere con poca compañía et los enemigos fueren muchos, et entendiere que no se les podrá ir en su salvo, ha de desviar que non lidie con ellos, que cate algunt logar atal en que les pueda fazer daño, así la gravedunbre del logar sea como egualza a la muchedunbre dellos: et si fuere tanta su compañía como la de la otra parte, aun con todo eso no debe dexar de catar su mejoría, de manera que si el sol les diere de cara, que aguise si pudiere como dé á los otros, et si non que sea partido entre ellos, así que todavía venga á los suyos de la parte siniestra et á los enemigos de la diestra. Eso mesmo decimos que debe guardar si ficiere grant viento que les dé en las caras que les embargue la fabla, ó que aduga polvo que les faga daño embargándoles la vista ó encubriéndoles las señales de las armas porque se non puedan conoscer».



vivían supieron aprovecharse de ellas para derrotarles. Los ligeros infantes de las Encartaciones se apuntaron el primer envite<sup>52</sup>, pero lo grave es que don Juan persistió en su incompetencia, debió creer que mudando la vía de entrada en la región, podría encontrar gentes menos belicosas. A los pocos meses entró de nuevo en Vizcaya, esta vez por Ochandiano y el resultado volvió a ser el mismo<sup>53</sup>. La torpeza del infante don Juan parece ilimitada, no aprende de la experiencia y tampoco parece tener ninguna formación teórica. Si hubiera leído las *Partidas* habría encontrado el consejo exacto para no verse involucrado en tan sonoros fracasos<sup>54</sup>.

La incursión granadina por la comarca jienense de Peal de Becerro que se llevó a cabo en 1361 es un ejemplo de combinación de aciertos y errores garrafales, tanto por los capitanes castellanos como por los granadinos –CPI (1361, VIII)–. Estos obtuvieron un gran éxito inicial y ahí empezaron, paradójicamente, sus problemas. Tan enorme fue el botín conseguido en ganado y cautivos que lastró una retirada que de por sí no hubiera sido demasiado rápida ya que su muy numeroso contingente estaba formado fundamentalmente por soldados de a pie –«seiscientos de caballo, e dos mil omes de pie de moros»–. Los fronteros andaluces en una rápida maniobra en la que habían prescindido de los peones consiguieron llegar al paraje de Linuesa, único vado del río Guadalquivir disponible en la zona, impidiendo la retirada de los granadinos. Estos quedaron copados, ya que estaban situados «en una nava cerrada de peñas» y la única salida pasaba por cruzar el río. La batalla se hacía inevitable, pero aun así no se movieron y decidieron esperar el movimiento de los castellanos. Estos que deberían haber mantenido su posición mientras esperaban la llegada de refuerzos dejaron de lado la prudencia y optaron por la vía más rápida y peligrosa. Sin contar con la asistencia de peones y ballesteros, especialmente estos últimos, asumieron la peligrosa tarea de forzar el vado «tomando mucho afán e mucho peligro, ca los moros de pie tiraban muchos dardos e lanzas e saetas, e defendían quanto podían el paso; e los christianos non tenían omes de a pie, ca non los pudieron seguir». Si la situación se resolvió a favor de los cristianos a

<sup>52</sup> «... e la tierra es mucho espesa de árboles, e los del infante iban de caballo, e recudieron a ellos gentes de pie de las Encartaciones, e desbaratáronlos» .–CPI (1355, XIV)–

<sup>53</sup> «... e los de caballo, que iban por mandado del infante don Juan, fueron desbaratados, e algunos muertos: ca la tierra es muy fragosa, e muy esquivá para la gente de caballo» (*Ibidem*).

<sup>54</sup> *Partidas* 2,23,7: «Otro si deben seer mucho apercebidos que si fueren a logar do hobiere peones de la otra parte et ellos non los troxieren, que non vayan á ellos á barrera, nin á cabo de sierra nin á mal paso, mas que puñe de los sacar á llano quanto podiere; ca bien asi como los peones han mejoría de los caualleros por las sierras et por los graves pasos, asi la han los caballeros de los peones en el llano por los caballos et por las armas que han de mejoría, et por el lugar que no es enbargoso».

pesar de este dislate fue porque «quiso Dios que los moros fuesen vencidos e muertos». Los granadinos sufrieron una completa derrota y prácticamente todos fueron muertos o capturados.

Ya se ha dejado entrever que tan importante como el choque armado era llegar al mismo en las debidas condiciones. Una vez puesto en marcha el ejército<sup>55</sup> había que guardar una serie de precauciones, máximas si se trataba de un territorio enemigo, al objeto de evitar emboscadas en un terreno tan montañoso como la península:

*«Et quando fuere por el camino o en tierra que aya recelo, deve sienpre enviar adelante de la delantera algunos omnes de cavallo que vayan atalayando et descubriendo la tierra, et eso mismo otros que vengan en pos dellos de çaga, et bien así en las costaneras, porque non puedan aver ningún rebato de que non sean aperçebidos. Et debe guisar que tan çerca vaya la delantera, et la çaga et las costaneras, que se puedan acorrer, si mester fuere. Et debe guardar quanto pudiere de non se meter en puertos nin en xierras, nin en var[r]ancos nin en ríos, nin en otros logares qualesquier que se aya a tener su gente en guisa que se non puedan acorrer los unos a los otros»* –LE, cap. LXX–.

Precauciones de este tipo son las que debió tomar Enrique de Trastámara cuando en 1367 y con sus fuerzas reorganizadas intentaba cruzar por el Pirineo aragonés encontrando las resistencias de los comarcanos. Las antaño estrechas relaciones con Pedro IV se habían enfriado, los castellanos habían abandonados todas sus conquistas en Aragón y Valencia y el Ceremonioso había pactado su neutralidad con el Príncipe Negro así que en el nuevo panorama político Enrique de Trastámara podía resultar más un incordio que un aliado. Este entró por Andorra «con grand enojo de muchas gentes de tierra del rey de Aragón, que de cada día le tenían los caminos, e le facían quanto destorvo podían, pero que le non atendían a batalla» –CPI (1367, XXXIII)–. Pasados estos primeros tramos del Pirineo llegó a Arén y Benabarre donde pudo contar con la ayuda de la nobleza aragonesa que sí le consideraba como un amigo a guardar. El cuidado puesto por el rebelde castellano, aunque no se diga en que consistió, ayudó a mantener intacto el ejército con el que afrontó su segunda entrada en Castilla.

Si del ejemplo anterior solo podemos imaginar la actuación de Enrique de Trastámara no es así en un ejemplo de tiempos de Alfonso XI

<sup>55</sup> Todos los pormenores sobre los desplazamientos militares en GARCÍA FITZ, Francisco: *Castilla y León frente al Islam: estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XII-XIII)*, Sevilla, 1998, pp. 148-156; GARCÍA FITZ, Francisco: «El viaje de la guerra», en J.I. DE LA IGLESIA DUARTE (coord.), *Viajar en la Edad Media. XIX Semana de Estudios Medievales. Nájera, del 4 al 8 de agosto de 2008*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2009, pp. 135-192.

–GCAXI, cap. CXXXVII– donde se sigue literalmente el contenido del *Libro de los estados*<sup>56</sup>. En 1333 el monarca castellano se dirigía hacia Gibraltar, cruzando por Sierra Carbonera mientras era hostigado continuamente por los meriníes, aunque sin excesivos problemas. El momento más complicado estaba por llegar cuando los castellanos tuvieran que descender por las laderas, lo que podía ser aprovechado por sus rivales para atacar en ese momento, cuando contaban con la ventaja de la altura. Ahí estuvo hábil Alfonso XI quien ordenó a su vanguardia avanzar por el llano e instalar su campamento, mientras la zaga permanecía queda en la cumbre y las costaneras a medio camino entre una y otra expectantes ante futuros acontecimientos. Estos se desencadenaron pronto y cuando la retaguardia comenzó el descenso fueron pronto atacados siendo auxiliados por una de las alas que frenó a los musulmanes mientras la zaga se giraba sobre sí misma atacando a su vez.

Igualmente, cuando se hacía una pausa en el camino se destacaban grupos que velaban por el descanso de sus compañeros:

*«E desde que llegaron cerca de Cuenca de Tamariz, envió el conde tres de caballo jinetes que estoviesen por atalaya<sup>57</sup> en un lomo que es entremedias, de do parecía Cuenca. E mandaron a todos que comiesen, e diesen cevada en unas parvas que estaban ay...»* –CPI (1354, XXV)–.

Las marchas nocturnas debían evitarse todo lo posible pues las posibilidades de que se perdiera el camino y el ejército acabase en un lugar no deseado eran muy elevadas<sup>58</sup>. No obstante, hay ocasiones en que las necesidades de la campaña obligan a efectuarlas. En este caso la práctica habitual era utilizar un *anafil* o *vozina* y de este modo por medio de sonidos previamente concertados se podían transmitir órdenes y mantener un cierto orden en la oscuridad. No es el único medio utilizado, don Juan Manuel menciona la existencia del *farahón*, un aparato hecho en hierro y en cuyo interior se hacía una lumbre que no podía apagar ni el viento ni la

<sup>56</sup> Si no fuera porque don Juan Manuel se encontraba en esos momentos rebelde al rey en sus posesiones castellanas podríamos pensar que este habría tomado estos hechos para su libro, pero como también sabemos que el *Libro de los estados* tiene una fecha de redacción entre 1327 y 1332. Solo podemos definir este movimiento como de manual.

<sup>57</sup> *Partidas* 2,26,10: «Atalayeros son llamados aquellos homes que son puestos para guardar las huestes de día veyendo los enemigos de lueñe quando venieren, de guisa que puedan apercebir a los suyos que se guarden de manera que non resciban daño: et estos hanlo de facer paladinamente: mas otros hi ha que han de atalayar en escuso de manera que non parezcan; et por ende son llamados escusoneros».

<sup>58</sup> Y si no se perdían personas, acababa por extraviarse la impedimenta y, aun, el cadáver del infante don Juan como acaeció en la atropellada huida tras los sucesos de la Vega de Granada; y esto sucedió sin mediar el acoso de los nazaries –GCAXI, cap. XXI–.

lluvia. Estas señales sonoras o visuales debían de colocarse en tres puntos equidistantes de la columna de marcha de modo que fueran visibles en todo momento y no se desperdigaran los efectivos –LE, cap. LXX–. La noche previa a Montiel la pasó Enrique de Trastámara de marcha al objeto de llegar lo más rápidamente y sorprender a su hermano como así fue, aunque ahora no se utilizó el *farahón* ni instrumento similar. Con las pocas noticias que da la crónica podemos inferir que por delante del contingente principal donde iba la caballería pesada, se desplazaban jinetes que iban señalando el camino con fuegos que ponían a cada trecho: «e algunos de los que iban con él ponían fuegos por tierra por ver el camino, ca la noche era muy oscura» –CPI (1369, VI)–. Las hogueras debían tener un tamaño considerable y desde el castillo de Montiel se divisaban «grandes fuegos a dos leguas del lugar».

Estas mismas precauciones había que tomar en las operaciones marítimas. La explicación está en que estas tenían lugar fundamentalmente, no en alta mar, donde se divisa desde lejos al enemigo sino en las cercanías de las costas. Aquí era habitual utilizar los accidentes del litoral en busca de ventajas, por ejemplo escondiéndose tras un cabo para sorprender al enemigo desde un costado sin darle tiempo para virar y ofrecer un frente ordenado de batalla.

La flota aragonesa que en el verano de 1359 se hizo a la mar para combatir a la armada castellana que venía de atacar Barcelona e Ibiza constaba de cuarenta galeras, dos de las cuales denominadas «de guarda» abrían la formación media legua por delante para avisar con tiempo a las restantes de cualquier imprevisto. Este no se hizo esperar pues al acercarse a Calpe se encontraron de improviso con toda la flota castellana fondeada allí<sup>59</sup>. Inmediatamente plegaron velas y pasaron a utilizar los remos. Vista esta acción por sus compañeros, actuaron de igual forma y corrieron a refugiarse en el río Denia «por quanto en las noches en la mar comunalmente recresce siempre ayre e fortuna, e temían que las naos con aquel tiempo podrían ir sobre ellos» –CPI (1359, XV)–. El almirante aragonés no solo pensaba en proteger sus barcos de una posible tempestad que se desatara de improviso, también tenía en cuenta la fortaleza de la armada castellana compuesta de galeras, pero también de naos. Estas embarcaciones procedentes de la cornisa cantábrica estaban perfectamente adaptadas a unas condiciones meteorológicas de fuerte viento de modo que si este arreciaba podían moverse mucho más

<sup>59</sup> «...e allí era una peña alta, e la flota de naos e de galeas estaba pegada cerca de aquella peña (porque allí avia fondura asaz, que las naos podían echar áncoras, e por esta razón estaban tan cerca de la tierra pegados a la peña que no se devisaban bien de lejos)» –CPI (1359, XV)–.

rápido que las galeras aragonesas que pasarían a ser una presa fácil. Ante la ausencia de un puerto cercado y adecuado, a la flota aragonesa no le quedaba otra opción que el río Denia, máxime si tenemos en cuenta que las riberas estaban controladas por su ejército.

Los castellanos, en cambio, tropezaban siempre con la misma piedra. Ya se han comentado los problemas que tuvo Pedro I en 1364 en Cullera donde estuvo a punto de irse a pique su propia galera, aunque peor suerte corrió la flota castellana años antes, en 1358, cuando naufragó en su práctica totalidad frente a la costa de Guardamar<sup>60</sup>. De dieciocho galeras solo pudieron salvarse dos que se encontraban en alta mar y lograron llegar hasta Cartagena. El desastre fue fruto de un garrafal error humano al utilizarse sus tripulaciones como combatientes para tomar el castillo de Guardamar sin haber previsto esta u otras circunstancias similares, como la llegada sorpresiva de una flota aragonesa que hubiera destruido igualmente a placer unas galeras semivacías. Estas cuestiones correspondían a los mareantes o naucheros<sup>61</sup> y aunque aparentemente la impresión que se obtiene de la crónica no es demasiado favorable a los marinos castellanos no hay que señalarles como culpables. Tanto los establecidos en Cartagena como los navegantes atlánticos que acudían hasta allí para comerciar, conocían perfectamente las características del Mediterráneo. El problema estuvo en el mando supremo de las operaciones militares, mientras los aragoneses coordinaron su ejército y su flota, los castellanos nunca lograron actuar de consuno. La flota actuaba en solitario y en caso de tormenta no podía refugiarse en sus bases, demasiado lejanas, ni acercarse a las zonas más protegidas de la costa, ocupadas por el enemigo. A ello se une el hecho de que el mando último de las galeras no recaía necesariamente en marinos experimentados, sino en nobles cuya experiencia guerrera era fundamentalmente en operaciones terrestres –CPI (1359, XI y XIV)–.

La guerra estática o de asedios también se incluye dentro de la obra manuelina, aunque apenas son unos brevísimos apuntes, lo que contrasta con la enorme importancia de esta materia en el devenir de las operaciones

<sup>60</sup> «... como a hora de mediodía levantóse un viento en la mar muy fuerte que es travesía en aquella tierra, e tiempo muy peligroso; e como falló las galeas sin gente que las pudiesen gobernar, dio el viento al través con las galeas a la costa» –CPI (1358, IX)–.

<sup>61</sup> *Partidas* 2,24,5: «Naucheros son llamados aquellos por cuyo seso se guían los navios por la mar: et porque estos son como adalides en tierra, por ende quando los quisieren rescebir para aquel oficio. débenlos catar que hayan en sí quatro cosas: la primera que sean sabidores de conocer todo el fecho de la mar en quáles logares es queda et en quáles corriente, et que conoscan los vientos et el camiamiento dellos et sepan toda otra marinería. Et otrosi deben saber las islas et los puertos et las aguas dulçes que hi son, et las entradas et las salidas para guiar su nauio en salvo, et levar los suyos do quisieren et guardarse otrosi de rescebir daño en los logares peligrosos et de temencia...».

militares que se sucedían en la época: «Et si cumpliere, debe poner engeños, et fazer cavas et traer maestrías que son meester para tomar los lugares» –LE, cap. LXXI–. Apenas el abc de la materia<sup>62</sup>. Basta expurgar un poco la crónica de Pedro I para encontrar numerosos ejemplos de asedios donde se amplían los pormenores de estas acciones entre los que podemos destacar tres, pertenecientes a cada uno de los grandes conflictos del reinado: la toma de Toro encuadrable dentro de su pugna con la nobleza –CPI (1355, XII-XX y 1356, I-II)–, el cerco de Calatayud durante la guerra de los dos Pedros –CPI (1362, X-XII)–y el asedio de Toledo por parte de Enrique II en los momentos finales de la lucha dinástica –CPI (1368, II y VI-VII)–. No digamos si vamos a la crónica de Alfonso XI donde además de breves, pero continuas noticias de hechos semejantes, se explyaya en tres ocasiones: el intento de recuperación de Gibraltar –GCAXI, caps. CXXXVIII-CXLVII–, el sitio de Lerma que puso fin a la rebelión nobiliaria –GCAXI, caps. CLXXVIII-CXCVII– y, sobre todo, la toma de Algeciras, relatada con todo lujo de detalles –CAXI, caps. CCLXXI-CCCXXXIX–.

Algo más extenso se muestra don Juan Manuel en los consejos que da si un enemigo pone cerco a una de sus fortalezas:

*«Et sil çercaren algún lugar et viere que de día o de noche puede ferir en la hueste, dévelo fazer lo más a su salvo que pudiere. Et si esto non pudiere fazer et pudiere cercar algún lugar de los de aquel que tiene el su lugar çercado, dévelo fazer, o por fazer levantar al otro de sobrel su lugar, o por lo tomar si pudiere»* –LE, cap. LXX–.

La primera opción es la más lógica y también la más directa: atacar por la espalda al sitiador. Ahora bien, no se explica ni cuándo, ni cómo, ni ningún otro pormenor. ¿Hay que esperar a que el enemigo se encuentre hastiado y descuidado después de un tiempo parado frente a los muros? ¿Existe una manera de coordinarse con los defensores para descargar un solo golpe y coger entre dos fuegos al enemigo? No hay un desarrollo de la cuestión y bien podía don Juan Manuel, como hace en otras partes de su obra, introducir sus propias vivencias o las de algunos de sus compañeros rebeldes en los conflictos que mantuvieron contra Alfonso XI.

<sup>62</sup> Para ampliar la materia vid. NAVAREÑO MATEOS, Antonio: «El castillo bajomedieval. Arquitectura y táctica militar», en *Gladius*, n.º 111, 1988, vol. especial *Actas del I Simposio Nacional «Las armas en la Historia (siglos X-XIV)»*, pp. 113-152; GARCÍA FITZ, Francisco: «El cerco de Sevilla: reflexiones sobre la guerra de asedio en la Edad Media», en M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ (coord.), *Sevilla 1248. Congreso internacional conmemorativo del 750 aniversario de la conquista de la ciudad de Sevilla por Fernando III, rey de Castilla y León*, Sevilla, 1998. Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 2000, pp. 115-154; ROJAS GABRIEL, Manuel: «Guerra de asedio y expugnación castoral en la frontera con Granada. El reinado de Alfonso XI de Castilla como paradigma [1325-1350]», en *IV Jornadas Luso-Espanholas...*, pp. 875-900.

La breve estadía de Pedro I en 1363 ante los muros de Valencia no llegó a formalizarse en un sitio con todas las de la ley gracias a la rápida llegada de Pedro IV con un fuerte ejército. Ante estos refuerzos el monarca castellano optó por la retirada a Murviedro hasta donde fue seguido por el aragonés, pero acertadamente no aceptó una batalla campal<sup>63</sup>. El ejército castellano demasiado alejado de sus bases y debilitado tras haber tenido que reforzar tantas fortalezas y villas como había capturado en su avance no podía arriesgarse a ser derrotado pues habría quedado aislado en Murviedro a merced del enemigo. El relato de los hechos en la crónica de Pedro IV es diferente al darnos a conocer la existencia de unas negociaciones entre ambos monarcas que fueron la causa última de que no existiera el choque definitivo entre ellos. Extrañamente se nos da el nombre de los negociadores aragoneses, todos ellos de primerísimo nivel: Jean de la Grange, abad de Fécamp, mosén Bernardo de Cabrera, el conde de Denia y mosén Francesc Perellós, pero se elude el contenido del acuerdo. Eso sí se nos recalca la predisposición de Pedro IV para asumir el combate si estas no hubieran llegado a buen término: «... bèn que Nos lo haguèsssem esperat en lo camp hòn li haviem dia assignat» –CPIV p. 355–.

El caso es que el rey aragonés acabó finalmente retirándose hacia Burriana –CPI (1363, V)–. Los hechos se calcaron un año después, con ambas partes mejor preparadas. El castellano planeaba un doble ataque por tierra y mar sobre Valencia, mientras el aragonés había abastecido convenientemente la ciudad y se aprestaba con todo su poder hacia la ciudad en peligro. Se produjeron encuentros sin mayor importancia hasta que la tormenta citada diezmo la flota castellana y no le quedó otra opción a Pedro I que la de marchar a Castilla sin conseguir su objetivo –CPI (1364, I-V)–. Sin embargo, tuvo que regresar al poco, pues Pedro IV hacía pasado a la ofensiva y ahora era él quien cercaba Murviedro. Imposibilitado Pedro I de acudir en defensa de sus gentes exponiéndose a la nunca deseada batalla campal<sup>64</sup> no le quedaba otro remedio que actuar como recomienda don Juan Manuel poniendo

<sup>63</sup> El tránsito de don Pedro desde la audacia a la prudencia en sus campañas militares puede verse en KAGAY, Donald J., «Battle-Seeking Commanders in the Later Middle Ages: Phases of Generalship in the War of the Two Pedros», en L.J. ANDREW and D.J. KAGAY, *The Hundred Years War (Part III): Further Considerations*. E.J. Brill. Leiden, 2013, pp. 63-84.

<sup>64</sup> Mucho había aprendido el rey desde los años anteriores cuando en 1359 aún porfiaba en enfrentarse directamente contra Pedro IV en circunstancias aún peores durante el cerco de Ibiza: «... e que era su entención de pelear con él, que le non cumplía estar en tierra, nin tener cercada la villa de Iviza: ca todo el fecho de la guerra se libraba por aquella batalla, do los reyes por sus cuerpos avían de ser» –CPI (1359, XIV)– y que solo los ruegos de sus consejeros consiguieron convencerle de lo contrario, máxime después de enterarse que el rey aragonés no venía en la flota de socorro.

él a su vez cerco a una villa rival cuya importancia fuera tal que motivara el abandono por parte del rey aragonés del sitio de Murviedro. La presa elegida fue Orihuela<sup>65</sup>. El resultado final fue un cambio de piezas. Pedro I obtuvo con la conquista de Orihuela el control absoluto de todo el territorio cercano a Murcia, mientras que Pedro IV con Murviedro en sus manos eliminó la base avanzada de su contrario que desde el corazón de las tierras levantinas suponía un peligro constante.

En lo que respecta a los musulmanes, don Juan Manuel hace varias veces alusión a su poca predisposición a combatir de noche por lo que una forma de desahogar la situación de los cristianos sitiados era la de atacar su campamento. Operación esta que podía realizarse a modo de salida por los defensores, como también por los contingentes de socorro. En ambos casos siempre contaban con las murallas de la fortaleza para guarecerse en caso de que saliera mal la acometida.

*«Otro sí, los que estudieren de fuera, que puñen de ferir en la hueste de noche o de día, según se les guisare mejor. Ca muy poca gente de christianos pueden desbaratar muy grant gente de moros, feriendo en ellos de noche, et aún muy más teniendo el acogida çerca»* –LE, cap. LXXVII–.

Párrafo que cuadra casi literalmente con los hechos de Cabra en 1333 cuando la villa fue cercada por el sultán granadino Muhammad IV. Las gentes de la Frontera comandadas por Juan Núñez, maestre de Calatrava, acudieron a Lucena para desde allí una noche tratar de «desbaratar el real de los moros, e para meter en el lugar gentes que lo defendiesen» –GCAXI, cap. CXXXI–. La acción casi acabó en desastre, pues llegados los fronteros ante el campamento musulmán no se coordinaron bien y solo la milicia cordobesa más las gentes que componían la vanguardia atacaron. Tras la sorpresa inicial los granadinos contratacaron debiendo los castellanos de acogerse a Cabra o huir junto a sus compañeros que habían permanecido quietos «et porque era de noche ningunos de los Moros non fueron empos ellos». En 1339 durante el asedio de Tarifa fueron los mismos sitiados los que aprovechaban la oscuridad para salir de la villa e ir contra el enemigo: «E otrosy, algunas noches salian los de la villa a los de los rreales, algunos que estauan seguros, e matauan e ferian muchos de los moros» –GCAXI, cap. CCXCIII–.

En ocasiones el cariz que tomaba la guerra hacía imposible la defensa de algunas fortalezas situadas en zonas delicadas. Se hacía preciso su abandono, pero era primordial que no fueran reutilizadas por el enemigo por lo que

<sup>65</sup> «Por quanto el rey de Castilla non quería pelear con el rey de Aragón, cataba todas las maneras de guerra que podía fallar. Desque sopo cómo el rey de Aragón tenía cercada a Monviedro, fue luego él cercar la villa de Orihuela, que era del rey de Aragón en la frontera de Murcia...» –CPI (1365, II)–.



se procedía a su destrucción sistemática: «Et las fortalezas que viere que non puede defender, o las derribe o las dexa en tal manera quel non pueda dellas venir daño» –LE, cap. LXX–. En 1363 y ante la posibilidad de que las tropas castellanas marcharan sobre Zaragoza se tomaron todas las medidas necesarias incluida la destrucción de todos los lugares indefendibles que se encontraran a menos de quince leguas de la ciudad en previsión de que en el futuro pudieran ser utilizados en un cerco a la capital –*Anales*, lib. IX, cap. XLIII–. Pero el ejemplo más paradigmático en la guerra de los dos Pedros tuvo lugar durante la retirada castellana de 1366. En los años previos, Pedro I consiguió éxitos continuos. A la toma de Calatayud y su comarca siguieron las de Tarazona, Borja, Cariñena y otros muchos lugares, lo que le permitió controlar una parte importante de Aragón y Valencia<sup>66</sup>. Todo este trabajo quedó en nada de forma abrupta en el momento que la Compañía Blanca y los contingentes aragoneses aparecieron en Castilla y Pedro I se vio obligado a llamar a todas las tropas allí estacionadas. Se retirada se vio precedida del arrasamiento de cuantas fortalezas habían estado bajo su control<sup>67</sup>. Así lo recoge también Zurita, quien aparte de las destrucciones menciona el elevado número de cautivos que se llevaron hacia Castilla –*Anales*, lib. IX, cap. LXII–. Una vez que se había comprobado la imposibilidad de retener estos puntos fortificados como cuñas en el territorio enemigo, la única acción lógica pasaba por dejarlas en el peor estado posible. Si los aragoneses pretendían reutilizarlas solo podrían hacerlo gastando cuantiosas sumas que no se destinarían a pagar tropas que operasen contra los castellanos. Todo tiene una lógica, aunque fueron los sufridos pecheros de la zona los que cargaron con la obligación de poner en pie estas fortificaciones vía impuestos y servicios personales como la castellaría<sup>68</sup>.

Otra cuestión que hay que tener en cuenta es no morir de éxito. Esto es, realizar un avance tan provechoso que poco a poco obliga a ir dejando soldados por el camino como guarnición de las fortalezas recién tomadas: «Et deve guisar que tantas fortalezas tenga que non aya de dexar tantos de los suyos que non finque quien ande con él» –LE, cap. LXX–. A medida que transcurre la guerra las operaciones se van resintiendo y cada vez se dispone de menores fuerzas para acometer nuevas conquistas o enfrentarse en

<sup>66</sup> El relato de los hechos de este período: conquista, recuperación y consolidación de las fortalezas puede seguirse en GUTIÉRREZ DE VELASCO, Antonio: «Las fortalezas aragonesas ante la gran ofensiva castellana en la guerra de los dos Pedros», en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 12-13, 1961, pp. 7-39.

<sup>67</sup> «E aquel día que el rey partió de Burgos envió sus cartas a todos los caballeros, e otros que tenían por él las fortalezas que avía ganado en el regno de Aragón, que se viniesen luego para él, e desembargasen las fortalezas, e las quemasen e destruyesen si pudiesen: e así lo hicieron» –CPI (1366, IV)–.

<sup>68</sup> ALVARADO PLANAS, Javier: «La castellaría en la Edad Media castellana: Análisis histórico-jurídico», en *Boletín de la Facultad de Derecho de la UNED*, n.º 8-9, 1995, págs. 15-30.

batalla campal al enemigo y darle la puntilla. El ejército de campaña queda transformado en buena medida en un ejército de guarnición lo que favorece una estrategia a largo plazo para asimilar el territorio ocupado, pero eterniza la guerra. Los continuos éxitos castellanos en Aragón tenían su reverso, ya que suponían la aparición de nuevos y graves problemas. La hacienda real se iba mermando por las soldadas y por los gastos a que se veía obligado para reparar y abastecer unas fortificaciones que ahora eran suyas. Además, su ejército disperso por territorio enemigo era especialmente vulnerable a una respuesta aragonesa, que podía a su vez ir recuperando aquellas fortalezas más aisladas como hizo con Murviedro<sup>69</sup>.

La relación de los hechos de Montiel termina con el último error de Pedro I que cierra su reinado: «Otrosí, deve guisar que non sea cercado en lugar que pueda ser encerrado» –LE, cap. LXX–. Con sus tropas dispersas por la comarca y con escasa información acerca de los movimientos de su rival el monarca acabó por verse implicado en una breve escaramuza de la que no resultó bien parado y no le quedó otra solución que refugiarse en Montiel. Aparentemente no era tan mala la decisión de Pedro I, pero resultó fatal cuando bloqueado por su contrario no se pudo coordinar con sus gentes del exterior ni con las tropas que venían de refuerzo desde Andalucía que en cuanto supieron la noticia regresaron a Sevilla –CPI (1369, VI y VII)–. Ahí se quedó el rey hasta su último día. Error fatal que, sin embargo, su adversario había esquivado en un par de ocasiones como en Gijón –CPI (1352, V)– y Toro cuando ante la llegada de Pedro I optó por una prudente retirada hacia parajes menos peligrosos –«... e otros decían que lo facía el conde porque non quería ser cercado, e que lo ficiera siempre así: ca en Gijón non se quiso poner dentro por non ser cercado, ca se rescelaba mucho del rey», CPI (1355, XIV)–. En cambio, en 1360, en Nájera actuó como Pedro I, no había más opciones; pero, como se ha visto, salió bien librado.

## 6. LOGÍSTICA

Cuestión capital en la organización de un ejército es la que concierne a su logística y que abarca todas las cuestiones relativas al transporte, alojamiento y avituallamiento de las tropas y, muy particularmente, las fortalezas<sup>70</sup>. A través de estas se consigue el dominio efectivo de un territorio.

<sup>69</sup> «E en todas estas villas e castillos que el rey cobraba de Aragón ponía gentes suyas para las defender, e las mandaba labrar e reparar: e fuele muy dañoso; ca derramaba sus gentes, e facía grandes costas, segund adelante paresció» –CPI (1364, I)–.

<sup>70</sup> Vid. ROMERO PÉREZ, Jonatan, «Estructuras militares y logísticas en la Corona de Castilla durante el siglo XIV», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, H.ª Medieval*, n.º 32, 2019, pp. 337-378.

Desde las mismas se cobran los impuestos, se imparte justicia, se reprime a los revoltosos y, en caso de peligro, sirven de refugio a las gentes de la comarca. Son pieza clave de la labor gubernativa y en caso de guerra se convierten en el objetivo principal de la misma. Así lo dice don Juan Manuel:

*«Otro sí, que bastezca de armas et de viandas los lugares que cunplieren para la guerra... Otro sí, que cate cuántos lugares fuertes le cunplen para aquella guerra, et que sean tales que los pueda defender, et aquéllos, que los labre et los bastesca de gente et de armas et viandas»* –LE, cap. LXX–<sup>71</sup>.

*«[Et] la primera cosa que debe fazer es que ponga muy buen recabdo en las sus fortalezas, por que sea la su tierra guardada lo más que pudiere de daño...»* –LE, cap. LXXI–.

Y así ocurría en la realidad como muestra la crónica al hacer el relato de las campañas petristas contra Aragón y Granada o contra los nobles rebeldes en el interior de Castilla. Estas se descomponen en una constante relación de asedios de ciudades y villas fortificadas y el inmediato control del territorio adyacente<sup>72</sup>. Cuando los nobles castellanos se oponían ya abiertamente a su rey, la primera tarea que realizaban era el abastecimiento de sus fortalezas. En 1351 Alfonso Ferrández Coronel «bastezca la su villa de Aguilar, e todos sus castillos» –CPI (1351, XXI)– y al año siguiente era Enrique de Trastámara quien «facía bastecer sus fortalezas en Asturias» –CPI (1352, III)–. En 1355 Enrique de Trastámara y el maestre de Santiago habían hecho de Talavera uno de sus principales puntos de apoyo y las razones eran obvias pues se trataba de una villa «que es muy fuerte e muy recia, e avían ay muchas viandas e compañías» –CPI (1355, VI)–. Sin este recurso su oposición al rey carecía de todo sentido, este podía perseguirles y en un momento dado destruirles en un enfrentamiento armado, pero detrás de las murallas podía resistir el tiempo suficiente hasta que las cosas se calmasen un tanto y pudiera gestionarse una tregua honrosa para ambas partes.

Si la elección de Talavera era adecuada no lo era tanto Toro donde se trasladaron poco después los rebeldes y no porque careciera de defensas y

<sup>71</sup> Las *Partidas* se muestran mucho más generosas al comentar estos pormenores: *Partidas* 2,18,9 **Que el alcaide debe meter en el castiello tantos homes et tales con que lo pueda bien guardar et mantener**; *Partidas* 2.18.10 **En qué manera deben seer bastecidos los castiellos de viandas et de todas las otras cosas que son meester por razon de guerra**; *Partidas* 2,18,11 **Cómo deben ser bastecidos los castiellos de armas**; *Partidas* 2,18,15 **Cómo los castillos deben ser acorridos labrándolos**.

<sup>72</sup> La política defensiva de afirmación del territorio puede verse en LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Aproximación a las condiciones de vida en Daroca y su entorno durante la guerra de los dos Pedros (1356-1366)», en *Studium: revista de humanidades*, n.º 15, 2009, pp. 59-66 y «Por caminos sinuosos: la defensa y el control del territorio en Aragón durante la guerra de los dos Pedros (1356-1366)», en *Aragón en la Edad Media*, n.º 22, 2011, pp. 135-167.

pertrechos. El problema radicaba en que era una villa de realengo y como tal no controlada directamente por ellos. Contaba con su propio concejo y salvo casos puntuales la mayoría de sus gentes no debían obediencia alguna a estos nobles levantiscos. En esta tesitura los rebeldes no podían actuar con total libertad y cualquier violencia contra los toresanos podía devenir en conflicto interno lo que se debía evitar como fuera teniendo al rey frente a la villa. Así ocurrió que mientras el cerco se prolongaba los alimentos empezaron a faltar. En este caso no era por escasez, sino por su precio elevado. Las gentes de la villa que no tenían ningún interés directo en la pugna entre rey y nobles aprovecharon la ocasión para venderles sus excedentes. A medida que pasaban los días y las dificultades crecían los vecinos comenzaron a inquietarse y aumentaron sus exigencias. El comercio justo se transformó directamente en pura especulación y los nobles sufrieron las consecuencias<sup>73</sup>.

La falta de uno solo de estos recursos –defensas, hombres, pertrechos y vituallas– podía hacer inviable la defensa de una fortaleza como ocurrió en Tarazona en 1357 cuyo tenente no fue tan previsor como los nobles rebeldes –CPI (1357, III)–. Su desidia era aún más grave si tenemos en cuenta su cercanía a la frontera castellana y aunque contaba con «muchas viandas» presentaba otras carencias importantes pues «non era bien murada, e avía en ella pocas gentes». En estas circunstancias y siendo de los primeros puntos en ser atacados no hubo tiempo para solventar los fallos. Las fuentes aragonesas nos amplían la información y señalan también como principal culpable a Miguel de Gurrea. Este caballero estaba a cargo de la villa y ante sus nulas posibilidades de mantener la plaza optó por llegar a un acuerdo privado con Pedro I entregándola a cambio de la vida y los bienes, suyos y de sus gentes. Sin embargo, fueron varios de sus convecinos los que pagaron los platos rotos, siendo ejecutados por Pedro IV como escarmiento por la pérdida de la villa –CPIV, p. 336–.

La crónica dedica un par de capítulos a la operación marítimo-terrestre que emprendió Pedro IV por Levante en 1364 para levantar el cerco a que estaba sometida la importante ciudad de Valencia<sup>74</sup> y abastecer otras varias ciudades como Orihuela que estaban en situación complicada<sup>75</sup>. En ambos casos, ya hemos comentado, como Pedro I rehusó el enfrentamiento armado y optó a su vez por abastecer las villas y fortalezas valencianas que

<sup>73</sup> «...ca magüer que en la villa avía muchas viandas, non las osaban tomar por non perder las voluntades de los de la villa, e non tenían dineros con que las comprar» –CPI (1355, XX)–.

<sup>74</sup> «E los de Valencia cuando vieron que eran acorridos así por mar como por tierra, e avían viandas asaz, ficieron muy grandes alegrías, ca en tal priesa avían estado» –CPI (1364, III)–.

<sup>75</sup> «...que le enviaban pedir que los acorriese con viandas, que las non tenían, e avían rescelo que el rey de Castilla los acercaría e los tomaría por fambre» –CPI (1364, VII)–.

estaban bajo su autoridad como Murviedro<sup>76</sup> y Denia<sup>77</sup>. Su supervivencia dependía del aporte constante de vituallas al encontrarse aisladas en terreno enemigo y sin bases logísticas intermedias. Una jugada muy arriesgada por parte de Pedro I que acabó por salirle mal. Murviedro debía ser abastecida por medio de recuas que atravesaban un territorio abrupto en manos del enemigo. A pesar de que se encomendó esta misión a un importante personaje como Gutier Gómez de Toledo, maestre de Alcántara, que contaba con fuerzas importantes, este no pudo cumplirla cayendo en una emboscada donde perdió la vida. La villa acabó rindiéndose cuando apareció el hambre y los refuerzos que debían llegar no hicieron acto de presencia.

Otro gran fracaso castellano debido a la falta de alimentos fue la toma de Gibraltar en 1333. Aunque cronológicamente encuadrada en el reinado de Alfonso XI la importancia de su pérdida motiva que la crónica aún se haga eco de su caída. En esta ocasión el desabastecimiento fue producto de la negligencia más absoluta acompañada de fuertes dosis de confianza y codicia. Los gibraltareños y al frente de ellos su alcaide Vasco Pérez de Meira fiados de la existencia de una tregua con los musulmanes les vendieron sus propios alimentos con grandes ganancias. Cuando los musulmanes calcularon que los almacenes de Gibraltar estaban vacíos sitiaron la villa que no pudo aguantar el tiempo preciso hasta la llegada de refuerzos y abastecimientos –CPI (1350, I) y GCAXI, cap. CXXVI y CXXXVI–.

Todo lo anterior puede trasladarse a la flota. Al fin y al cabo fortalezas y barcos realizaban cada uno en su espacio la misma misión. Proceso, si cabe, incluso más complejo al necesitar de productos y hombres más especializados. La captura de una nave enemiga representaba una gran oportunidad para aumentar sus propias fuerzas y cuando esto no era posible por el estado en que había quedado se procedía a desguazarla y aprovechar cuanto pudiera ser de utilidad<sup>78</sup>. Más interesante aún era la oportunidad de capturar trabajadores especializados que pudieran ser utilizados en beneficio propio, el resto eran prescindibles y por tanto eliminados siguiendo las duras leyes de la guerra marítima que se daban por entonces<sup>79</sup>.

<sup>76</sup> «...e dexó en Monviedro por fronteros de Valencia, e para defender la villa, por mayor a don Gómez Pérez de Porres, prior de Sant Juan, e otrosí dexó y con él muy grandes caballeros... e dexóles y muchos buenos ballesteros de la flota, e de los que con él andaban, e muchas viandas...» –CPI (1364, V)–.

<sup>77</sup> «...e llegó a Denia que estaba por él, e bastecióla, e basteció otros castillos que eran en esa comarca que estaban por él» –CPI (1364, VIII)–.

<sup>78</sup> «... e a las diez e seis galeas que vinieron a quebrar mandóles el rey poner fuego, ca se non podía reparar ninguna cosa dellas; e de los remos, e velas, e otros aparejos non se pudo salvar salvo muy poco, que pusieron en una nao de Laredo que allí estaba» –CPI (1358, IX)–.

<sup>79</sup> «... e falló y las galeas de los catalanes, e fizo matar todas las compañías que falló de las dichas cinco galeas, que non escapó ninguno, salvo los que eran remolares, que eran omes que sabían adobar remos, por quanto non los avía en Sevilla deste oficio estonce quantos avía menester» –CPI (1365, I)–.

Análogamente las tropas integradas en un ejército de campaña deben estar convenientemente pertrechadas antes de una operación: «Et ante que comience la hueste, deve catar recabdo de todas las cosas que a mester» – LE, cap. LXXI–. Sin embargo este consejo es probablemente el que menos se cumple. La logística es uno de los puntos flacos de los ejércitos medievales y no hay ninguna unidad especializada que se encargue de garantizar la correcta alimentación y alojamiento de los soldados durante el desarrollo de una campaña. En las cabalgadas apenas se recomienda llevar alimentos para unos pocos días los suficientes para el viaje y una pequeña estadía en territorio enemigo mientras se cumplen los objetivos de saqueo y destrucción: «... et deven fincar y un día o dos más, segund entendieren que les pueden abastar las talegas que traen y» –LE, cap. LXXIX–. No hace falta más, la cabalgada se apoya en el factor sorpresa y pasados este tiempo el enemigo ya está alertado para poner a buen recaudo bienes y personas mientras las tropas se han puesto en movimiento para frenar a los asaltantes<sup>80</sup>.

En las grandes y prolongadas campañas el avituallamiento de las tropas depende en buena medida de lo que encuentren sobre el terreno<sup>81</sup>. El desplazamiento no siempre puede hacerse por el camino más corto, debiéndose utilizarse aquel que ofrezca mayores posibilidades de atender las necesidades de una tropa numerosa<sup>82</sup>. A tal fin siempre deben mandarse por delante pequeños grupos para evaluar los recursos disponibles, que sirven a la vez para vigilar posibles movimientos del enemigo: «Otro sí, quando

<sup>80</sup> Recordemos a este respecto como en algunos fueros municipales, tanto aragoneses como castellano-leoneses, al regularse las prestaciones militares de los vecinos se les obliga a que acudan ellos con las vituallas necesarias. Barbastro (1100): «Volo etiam quod non faciant nec cavalchatam nec hostem; et si forte batallam campalem vel sitium de castello fecerimus, sequatis nobis cum panem de tres dies; in antea non sequatis nobis si nos non damus vobis vestros opus» (LACARRA, José María: *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del Valle del Ebro*. Anúbar, Zaragoza, 1982, doc. 18). Coria (1209) 328: «Quando exieren en apellido, lieven su çarcano e non coman del aldea. E si comieren, cayales en perjuro e pechen X maravedis a la puente. E esto costringan los veinte y quatro» (*El Fuero de Coria. Estudio histórico-jurídico*, por J. MALDONADO Y FERNÁNDEZ DEL SER. *Transcripción y fijación del texto* por E. SÁEZ. Con prólogo del Excmo. Sr. Don J. FERNÁNDEZ HERNANDO. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1949). Teruel 7: «Item mando quod populatores et vicini Turolii non vadant in exercitu vel fonsatum nisi cum me Rege ad campestre bellum ad forum extremature, vel ad obsidionem castelli, cum pane et victualibus secundum voluntatem domini Regis. Omnis miles qui in fonsatum vel in apellitum non fuerit pecte V solidos, et pedes II solidos et medium» (CARUANA, Jaime: *El fuero latino de Teruel. Edición preparada y con estudio preliminar* por..., Instituto de Estudios Turoleses, Teruel, 1974).

<sup>81</sup> Es la denominada «logística depredatoria» (ROMERO PÉREZ, Jonatan: *op. cit.*, p. 371).

<sup>82</sup> GARCÍA FITZ, Francisco: «‘Más fuerte que la espada’. El hambre como arma y motor de la guerra en la Castilla plenomedieval», en P. BENITO I MONCLÚS y A. RIERA I MELIS (coords.), *Guerra y carestía en la Europa medieval*. Editorial Milenio. Lérica, 2014, pp. 57-58.

oviere de andar con la hueste, si alguna vez oviere a posar en yermo, deven catar los que van en la delantera que caten posadas do ay[a] avondo de aguas et de lleña, et de paja o de yerba» –LE, cap. LXX–.

La inesperada pérdida de Gibraltar en 1333 motivó el rápido desplazamiento del rey sin que el avituallamiento fuera el adecuado. Las prisas y el acoso del enemigo, con fuertes choques que exigieron gran trabajo físico impidieron que los hombres se alimentasen durante todo el día, pero cuando pudieron hacerlo se encontraron con que no disponían de agua «ca el agua de aquel rrio de Palmones es salada en aquel lugar, e non tenian alli otra agua nin la podian yr a buscar, e desmayauan mucho» –GCAXI, cap. CXXXVII–. Salvada la situación temporalmente, a los pocos días volvieron los problemas, esta vez por «mengua de viandas, que lo que auien traydo por la tierra auienlo gastado e comido, e de las viandas que cada vno dellos auien cargado para traer sobre mar no les venie ninguna cosa» –GCAXI, cap. CXXXIX–. Apenas les quedaba para un día, suficiente para mantenerse durante la obligada retirada que debían realizar. En el último momento, ya desmontado el campamento e iniciada la marcha, apareció la flota y el ejército castellano quedó abastecido.

Muy semejante fue la situación que se presentó en 1339 cuando las tropas castellanas de la Frontera castigaron la comarca de Ronda, apenas cuatro días pudieron prolongar la expedición. No hubo manera de llevar vituallas para más tiempo al tener que moverse por los escabrosos terrenos de la sierra rondeña<sup>83</sup>. Si los alimentos faltaban, peor era la situación que en lo que concernía a la leña y al alimento de los animales que dependían en exclusiva de lo que se tomase sobre el terreno. Era impensable, máxime en una cabalgada, acarrearlos consigo así que hubo que consumir lo que hubiera en las cercanías de Ronda lo que llevó aparejado desviar parte de las fuerzas para proteger a quienes se encargaban de este cometido, siguiendo los consejos manuelinos.

*«Otrosí que ponga muy bien recabdo en guardar los que fueren por leña o por paja o por yerva, et las recuas que troxieren las viandas para la hueste. Ca siempre los moros se trabajan de fazer daño en tales gentes, ca en la hueste que está asentada nunca ellos se atreven a entrar; nin otrosí, de noche nunca gente de moros se atreven a ferir en la hueste de los christianos»* –LE, cap. LXXVII–.

Estos ejemplos se quedan en nada ante la marcha del ejército inglés del Príncipe Negro por tierras castellanas. Tras cruzar Navarra y en vez de

<sup>83</sup> «E en todas estas villas e castillos que el rey cobraba de Aragón ponía gentes suyas para las defender, e las mandaba labrar e reparar: e fuele muy dañoso; ca derramaba sus gentes, e facía grandes costas, segund adelante paresció» –CPI (1363, V)–.

enfilarse directamente hacia Burgos, el ejército se dirigió hacia Álava dando un peligroso rodeo, mientras el invierno arreciaba y la falta de víveres para hombres y animales se volvía peligrosa<sup>84</sup>. Los enriqueistas aprovecharon bien posicionados en las alturas se aprovecharon de estas debilidades. Las tropas anglocastellanas obligadas a dispersarse por el territorio fueron acosadas y, en algunos casos, destruidas o capturadas mientras miraban por su sustento<sup>85</sup>. El choque más importante acaeció en las cercanías de la aldea alavesa de Aríñez donde se produjo una pequeña batalla en la que fue destruida una compañía de doscientos hombres de armas, acompañados de otros doscientos arqueros<sup>86</sup> –CPI (1367, VII)–. Tan importantes fueron las carencias que hasta la crónica de Froissart reservó un pequeño espacio para relatarlas<sup>87</sup>.

Como vamos viendo una mala logística puede condicionar de manera apreciable las actividades militares<sup>88</sup> lo que finalmente acarrea que se tomen decisiones no previstas. La improvisación hace acto de aparición y se vive día a día, solventándose los problemas a medida que van apareciendo. El cerco de Toledo en los momentos finales del reinado tiene mucho que ver con el abastecimiento del ejército. La posición de Enrique de Trastámara era compleja y había muchas dudas sobre qué hacer: moverse a lo largo del

<sup>84</sup> CASTILLO CÁCERES, Fernando: «Análisis de una batalla...», p. 123.

<sup>85</sup> «El rey don Enrique, como muchos de los de la compañía del rey don Pedro e del príncipe se tendían por la tierra de Álava a buscar viandas, e dixéronle que si enviase allá algunas gentes, que les podría empescer, ca los fallarían derramados..., e fallaron y piezas de gentes inglesas e gascones que andaban a catar viandas, e posaban por las aldeas e tomaronlos» –CPI (1367, VII)–.

<sup>86</sup> Froissart también se hace eco de este hecho que achaca a una acción particular de Thomas de Felleton –Guillén en la crónica de Ayala–, quien desobedeció las órdenes del príncipe: «Tous obéirent à cette ordonnance, excepté messier Thomas de Felleton et sa rente, dont j'ai parlé ci-dessus; car ils se départirent ce propre soir du prince et chevauchèrent plus avant, pour mieux apprendre de l'état des ennemis, et s'en allèrent loger en sus de l'ost du prince bien deux lieues du pays» (FROISSART, Jean: *Les Chroniques de sire Jean Froissart*, en J. A. C. BUCHON (ed.), vol. 1. A. Desrez, París, 1835, p. 529).

<sup>87</sup> «Et sachez que le prince de Galles et ses gens étoient en grand deffaute de vivres et de pourvéances pour eux et pour leurs chevaux; car ils logeoient en moult mauvais pays et maigre, et le roi Henry et ses gens en bon pays et gras. Si vendoit-on en l'ost du prince un pain, qui n'étoit mie bien grand, un florin encore tout volontiers qui le pouvoit avoir, et faisoit moult d'étroit temps de vent, de pluie et de neige. En ce mésaie et danger furent-ils six jours» (*Ibidem*, p. 531).

<sup>88</sup> Es el caso de la batalla del Salado (1340) que no se pudo rentabilizar inmediatamente por falta de vituallas. Derrotados los ejércitos merini y granadino, sin posibilidad de recibir refuerzos ante el control cristiano del Estrecho, Algeciras parecía una fruta madura dispuesta a caer en manos cristianas en cuanto se le apretara un poco el cerco. Sin embargo, el ejército de Alfonso XI contaba con alimentos para únicamente dos días, cuatro según otras fuentes, y en estas circunstancias se hacía imposible comenzar un cerco pues los abastecimientos necesarios para miles de hombres tardarían aún varias semanas en llegar. Vid. SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «Batalla naval de Guadalmequí (año 1342)», en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa*, n.º 4, 2007, p. 4.



reino y afianzar su posición o dirigirse a Andalucía, base del poder petrista, como le proponían sus aliados cordobeses. Al final ni una cosa ni otra, sino una opción intermedia que toma algo de ambas: cercar Toledo, una de las principales ciudades del reino y que estaba por Pedro I. La causa última tenía su fundamento en que «él non tenía dinero para pagar a las gentes de armas, e por quanto en la comarca de Toledo avía muchas viandas» –CPI (1368, II)–. Mover un ejército sin paga por un territorio falto de víveres es una invitación al motín o, simplemente, al abandono generalizado. En cambio, establecerse en una zona donde la gente puede alimentarse y alojarse correctamente, disminuye las tensiones y se gana un tiempo precioso mientras se trata de solucionar el problema del pago de las soldadas.

Estas dificultades se veían agravadas cuando los defensores conscientes de su inferioridad optaban por la política de «tierra quemada» destruyendo cuanto pudiera ser de utilidad para el invasor y forzando a los invasores a vivir en una penuria constante cuando se terminaran sus propias reservas. Zurita recoge varios ejemplos de los preparativos que implementaron los aragoneses ante la previsible llegada de los castellanos<sup>89</sup>. En 1357 en todo el sector de la frontera aldeaño a Calatayud se constató la imposibilidad de defender adecuadamente a toda la población por lo que hubo de procederse al traslado de mujeres y niños a la villa principal mientras los hombres abandonaban barrios enteros y se refugiaban en aquellos de más fácil defensa que fueron además reforzados. Los restantes quedaron despoblados y con órdenes de ser quemados en cuanto se divisara la llegada del invasor –*Anales*, lib. IX, cap. VII–. Dos años después apenas se tuvo noticia de la reunión de un fuerte contingente armado en la vecina villa castellana de Molina de Aragón se inició un amplio movimiento de trashumancia, retirándose los ganados de las zonas aldeañas de Teruel y Daroca, a la vez que los encargados de aquel sector abastecían todos los castillos de la zona –*Anales*, lib. IX, cap. XX–. El peligro aumentó en 1363 cuando ante la llegada de castellanos y navarros, cada uno por su propio espacio fronterizo obligó nuevamente a las gentes a abandonar sus lugares de residencia y trasladarse a lugares ciertos junto a sus armas y alimentos donde podían resguardarse –*Anales*, lib. IX, cap. XLIII–.

Más importante aún que los alimentos es el agua. Hombres y cabalgaduras pueden aguantar varios días sin comer y llegado el caso sustentarse de productos no habituales, pero el organismo de unos y otros necesita de un aporte de líquido constante so pena de sufrir un colapso y morir a los

<sup>89</sup> Vid. también los artículos de LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Comportamientos sociales ante la violencia bélica en Aragón durante las guerras con Castilla (1356-1375)», en *Historia. Instituciones, Documentos*, n.º 35, 2008, pp. 249-254 y «Aproximación a las condiciones...», pp. 69-75.

pocos días. Además, el volumen y peso del agua necesaria excede con mucho el del alimento seco con lo que su aprovisionamiento externo se hace prácticamente imposible para los medios de transporte de la época. Se hace necesario entonces contar con una fuente natural de agua en las cercanías de cada campamento o a pequeños trechos a lo largo de las vías de comunicación. Los musulmanes conocían perfectamente este punto débil de las tropas enemigas y procuraban explotarlo frente a capitanes inexpertos.

*«E si entrasen, por buscar lid, deven ir por el camino muy bien acabdellados et a pequeñas jornadas, et dévense guardar que non vayan por tierra seca; ca si lo fiziesen et los fallasen los moros lueñe del agua, podrían ser todos muy ligeramente perdidos et debaratados..., et si fuese el agua lexos, o morrían todos de sed o avrían a descabdellarse para ir al agua»* –LE, cap. LXXVIII–.

En la misma manera se pronunciaba la tratadística musulmana:

*«... no vacile ni acampe al azar, porque entonces lo hará quizás en sitios de escasa agua o pastos, donde lo cercará el enemigo y perecerá. Acérquese al agua dulce y acampe en posiciones elevadas o llanos despejados y poco pantanosos, orientados al norte si fuera posible, y no lo haga en barrancos por temor a inundaciones y riadas nocturnas»<sup>90</sup>.*

Hemos visto como la expedición que partió hacia Gibraltar tuvo problemas de este tipo, aunque en este ocasión más que las habilidades de los guerreros musulmanes, fueron las prisas por intentar algún tipo de acción rápida para recuperar la villa antes de que fuera reforzada la que motivo los problemas de abastecimiento. No obstante, tenemos un ejemplo supremo de esta táctica, aunque para ello debemos irnos a Tierra Santa. La debacle cruzada en los Cuernos de Hattin (1187) fue causada por una espléndida táctica ideada por Saladino de rápidos ataques de su caballería ligera que retrasaron la marcha de los cristianos y le impidieron aprovisionarse de agua. Cuando se produjo el ataque final estaban exhaustos y el resultado fue el desastre total<sup>91</sup>.

En la historiografía castellana se relatan otras varias situaciones en que los castellanos se vieron afectados por la sed. Problemas puntuales que no tuvieron trascendencia en el resultado final de la campaña en que se produjeron. No tuvieron repercusión militar alguna, pero son suficientemente expresivas. La primera de ellas tuvo lugar durante el cerco de Toro cuando Pedro I decidió atacar dos pequeñas aldeas: Pozoantiguo y Vezdembán,

<sup>90</sup> IBN ABI BAKR AL-HARAWI, Alí: *El libro de los consejos de al-Harawi sobre estrategias de guerra*, p. 87, cit. en TORRES DÍAZ, Olga: «Los consejos de al-Harawi sobre estrategias de guerra: un manual político-militar árabe del siglo XII», en *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, vol. 3, n.º 2, 2017, p. 231.

<sup>91</sup> *Idem*.

que estaban por los nobles rebeldes, pero «non pudo ay estar, ca non avía agua para la hueste, salvo una poza». Frustrado este intento de situarse en las inmediaciones del objetivo, el rey dejó una pequeña guarnición en ambos lugares y marchó con el grueso del ejército a Morales, distante una legua de Toro, donde si podía disponer de agua al menos para parte de sus efectivos<sup>92</sup>. Solución temporal pues las fuentes de agua y alimentos no resultaban ni mucho menos suficientes —«porque non fallaba agua, e non se podía mantener la hueste»—, pero en este tiempo se había conseguido el objetivo militar de debilitar la posición de su enemigo y una parte sustancial de los nobles rebeldes habían desertado al bando real o se habían marchado con Enrique de Trastámara hacia Asturias. Pedro I pudo así adelantar sus líneas, apretar el dogal sobre su presa y aprovechar las posibilidades que le ofrecían los campos cercanos a Toro para abastecer a su ejército sin estar pendiente de las salidas de sus enemigos —CPI (1355, XVII)—.

Al año siguiente durante la guerra de los dos Pedros, el ejército castellano emprendió una expedición contra tropas aragonesas situadas en La Muela, lugar situado en las cercanías de Borja. Hubo algunas escaramuzas, pero los castellanos no consiguieron desalojar a sus oponentes del cerro ni conseguir que estos aceptaran un combate en el llano por lo que se hizo precisa la retirada a Tarazona donde estaba su cuartel general. El regreso se transformó en una pesadilla para algunos peones que agobiados por el peso de la indumentaria carecían de líquido para combatir la deshidratación debida al fuerte calor de un extraño mes de abril<sup>93</sup>. Mejor suerte corrieron los soldados de su padre que en 1337, durante la breve guerra sostenida por Alfonso XI contra los portugueses, cuando debieron realizar una apresurada marcha para enfrentar al enemigo que había entrado en Castilla. Doce leguas recorrieron en un día «e pasaron muy grande afan, que en todo aquel dia non fallaron agua que beuiesen nin que diesen a los cauallos nin a las otras bestias que trayan» —GCAXI, cap. CCVI—. Finalmente llegaron a la ribera del Guadiana donde pudieron calmar su sed.

Los soldados debían integrarse en el ejército aportando su armamento. Caballeros a sueldo, caballeros de cuantía, ballesteros de concejo u otros acudían con su propio caballo, armadura, lanza, espada o ballesta, según sus obligaciones para con la corona. Para verificar su cumplimiento se celebraban alardes a lo largo del año en las localidades de origen y también antes de cada campaña militar, por ejemplo en el campamento real antes de

<sup>92</sup> «... e allí ovo agua para alguna gente suya. E de los otros suyos que allí eran con él mandó ir posar trecientos omes de armas a Sant Román de Orniya, e otros por otras aldeas enderredor de la comarca» —CPI (1355, XII)—.

<sup>93</sup> «E ese día facía grand calor, e ovo gran sed en la hueste del rey, en tal guisa que algunos omes de pie perescieron de sed» —CPI (1357, IV)—.

dar comienzo la marcha<sup>94</sup>. En ocasiones excepcionales vemos a un señor armar directamente a sus tropas, como es el caso de Enrique de Trastámara. Establecido en Francia donde esperaba el desquite tras la derrota de Nájera veía engrosar cada día su ejército con partidarios venidos de Castilla, pero se trataba de exiliados sin recursos por lo que «envió a Avignon a comprar muchos arneses de armas» –CPI (1367, XXX)–, que además se habían revelado mucho mejores que los fabricados en Castilla<sup>95</sup>. La urgencia obligaba a actuar así para conservar el principal activo de la guerra, cual es el elemento humano. Su padre ya tuvo que hacer lo mismo en circunstancias excepcionales como en la batalla del Salado cuando equipó a sus expensas a numerosos peones –GCAXI, cap. CCCXXIV–. Eso o quedarse sin su concurso en tan complicado trance. De manera semejante durante el sitio de Algeciras hubo de procurar caballos y armas a muchos guerreros que las habían perdido o incluso empeñado para comprar alimentos, ante la demora en el pago de las soldadas. Aun así querían permanecer junto a su rey y a este no le quedó otra que correr con estos gastos –CAXI, cap. CCCXXV–.

Hemos visto como un fallo en Montiel dio al traste con un reinado. No es cierto del todo, se hacen necesarios otros factores previos de igual importancia como la audacia del rival, unida a una serie de decisiones inadecuadas de personajes de segunda fila. Llegados a un sitio era habitual que el ejército acabara transformado en una miríada de grupos alojados en las aldeas y establecimientos religiosos de las cercanías<sup>96</sup>. Así ocurría con el ejército de don Pedro que «tenía sus compañías derramadas por las aldeas enderredor de Montiel, ca de ellos posaban dos leguas dende, e otros una legua de Montiel donde él estaba, e así estaban todos» –CPI (1369, VI)–.

<sup>94</sup> «... é las compañías del rey crecían de cada día... e ovo su consejo de ir pelear con el conde e con los que estaban en Pancorbo, e mandó facer alarde para saber que compañías tenía» –CPI (1360, VII)–.

<sup>95</sup> Baste recordar el lance de Jean de Chandos y de Martín Ferrant. Este tenía sometido a su rival, pero no encontraba ningún resquicio en su armadura de placas por donde poder introducir un cuchillo y terminar con él. La llegada de sus auxiliares consiguió librar a Chandos del acoso del castellano que no pudo rematar la acción (FROISSART, Jean: *op. cit.*, p. 535).

<sup>96</sup> Alfonso X daba en las *Partidas* 2,23,19 una serie de consejos a la hora de afrontar el alojamiento de las tropas: «Aposentar huestes es muy grant maestría, et a meester de seer muy sabidor el cabdiello que lo ha de facer: et para esto deben sienpre traer homes consigo que sepan bien la tierra, á que llaman agora adalides, que solian antiguamente haber nonbre guardadores... Et desque llegaren al lugar do ha de posar la hueste, debe aquel que la ha de posar, catar que si la gente fuere mucha que los non faga posar de guisa que hayan grant angostura, et si poca que non esten alongados unos de otros, ca esta es cosa porque podrien aina rescebir grant daño de los enemigos: mas débelos facer posar todos en uno, et enfortalescer la hueste lo mas que podiere... et fuese siempre cerca de agua, et de leña, et de yerba, que son cosas que ha mucho meester la hueste et que non puede escusar...».

Cuando se apreciaron los primeros indicios de la llegada de tropas, Pedro I consideró acertadamente que eran ajenas y actuó como correspondía a la praxis militar del momento y «envió luego sus cartas a todos los suyos que posaban en las aldeas, que al alva del día fuesen todos con él en el lugar de Montiel donde él estaba». Lo que no se esperaba don Pedro era su procedencia y capitán. No se trataba de las tropas de Córdoba que corrían a reunirse con Enrique de Trastámara en Toledo, era este mismo quien venía contra él desde Toledo y no fue hasta bien entrada la mañana que los exploradores que había enviado le informaron de esta circunstancia. Esta pérdida de tiempo resultó definitiva y ya no le quedó más remedio que aprestarse a la lucha. Como se ve había seguido los consejos de don Juan Manuel, pero en la confusa situación existente en esos momentos, con movimientos de tropas propias y ajenas yendo y viniendo por la zona, su servicio de información no estuvo acertado:

*«Otro sí, deve fazer mucho por tener barruntes et esculcas con sus contrarios, por saber lo más que pudiere de sus fechos. Et deve fazer quanto pudiere porque cada noche duerma en lugar do sea seguro, o, a lo menos, do non reçe le ninguna sobrevienta. Et si albergare en yermo o en lugar que non sea bien fuerte, deve poner esculcas lueñe et cerca, porque nol pueda acaesçer ninguna sobrevienta»* –LE, cap. LXX–.

Mientras tanto la mayoría del ejército petrista seguía tranquilamente en sus lugares de posada y no intervino en los hechos. Aspecto que López de Ayala se encarga de recalcar por su importancia dos veces en unas pocas líneas: «e los suyos que posaban en las aldeas aún no eran todos llegados» y «fue porque los unos posaban en las aldeas; e no eran llegados a la batalla». No nos saca de dudas la crónica sobre qué ocurrió para que unas tropas que teóricamente habían sido avisadas para que al amanecer estuvieran junto al rey, horas después aún no habían hecho acto de presencia. En esta situación de inferioridad Pedro I afrontó un choque que tenía perdido de antemano.

Para terminar hay que señalar que toda esta logística no tenía modo de funcionar si no venía acompañada de una administración en retaguardia que dispusiera de todos los recursos del reino para proveer al ejército y la flota de todo lo necesario y entre los numerosos servicios de esta administración el que ha dejado más fuentes es el de mensajería gracias a las numerosas cartas cruzadas entre el rey y los principales personajes e instituciones del reino a quienes reclamaba el pronto envío de dinero, productos, animales y hombres<sup>97</sup>. Destaca entre esta documentación un escrito de 1364 (diciembre, 8)

<sup>97</sup> DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Colección documental...*, docs. 1112, 1126, 1281, 1294, 1302, 1321.

del concejo de Murcia que sirve de testimonio a la entrega de diez acémilas a Juan González de Sevilla en las que transportar la crecida suma de 600.000 maravedís que deben entregarse a Pedro I que se encuentra en Elche. Ante la imposibilidad de proporcionarle una escolta adecuada los regidores murcianos le indican que casualmente allí se encuentra el Alcaide de los Donceles recabando suministros para el ejército real<sup>98</sup>. La logística de Pedro I revela su complejidad a la vista de los documentos, con numerosas personas yendo y viniendo por Castilla y las zonas ocupadas en Valencia transportando todo tipo de productos. Además se constata como el propio rey se implica en el suministro directo de alimentos para sus soldados, no como en tiempos de Alfonso XI cuando eran ellos mismos los que atendían a su propio mantenimiento bien comprando por anticipado los alimentos, en el caso de la expedición de recuperación de Gibraltar, o como en el cerco de Algeciras, donde dependían de los comerciantes instalados en el campamento.

## 7. EL CONOCIMIENTO DEL ENEMIGO Y LA GESTIÓN DE LA INFORMACIÓN

El conocimiento del rival resulta clave en cualquier confrontación dialéctica, deportiva, judicial y, por supuesto, militar. Siendo los musulmanes el archienemigo por antonomasia de los castellanos no podía dejar don Juan Manuel de dedicar en exclusiva algunos de los capítulos a los distintos modos de guerrear que tienen estos. El conocimiento de sus tácticas es una parte fundamental de la formación de cualquier príncipe cristiano. Los musulmanes combaten de forma muy distinta a como lo hacen los cristianos y sus armas son diferentes, especialmente diseñadas para un entorno abrupto como el de la Cordillera Penibética. Si los cristianos quieren acabar con ellos deben dominar estas cuestiones y adaptarse en la medida de lo posible.

*«Ca la guerra guerr[i]jada<sup>99</sup> fázenla ellos muy maestríamente, ca ellos andan mucho, et pasan con muy poca vianda, et nunca llevan consigo gente de pie, nin azémilas, sinon cada uno va con su cavallo, también los señores commo qualquier de las otras gentes, que non lievan otra vianda sinon muy poco pan et figos o pasas, o alguna fructa. Et non traen armadura ninguna*

<sup>98</sup> VEAS ARTESEROS, Francisco de Asís y MOLINA MOLINA, Ángel Luis: *Documentos del siglo XIV*, vol. I. Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 2015, doc. CLXIII.

<sup>99</sup> Modo de guerrear que se materializaría en la práctica en que «debe guisar quel destruya todos los lugares onde entiende que puede aver vianda, et bedarle que non pueda senbrar nin labrar las viñas... Et en los otros lugares debe guisar de los estragar et de les talar los panes et las viñas» –LE, cap. LXXI–.

*[sinon] adaragas de cuero, et las sus armas son azagayas que lançan, [et] espadas con que fieren. Et porque se traen tan ligeramente, pueden andar mucho. Et quando entran en calvalgada, andan quanto pueden de noche et de día, fasta que son lo más dentro que pueden entrar de la tierra que quieren correr. Et a la entrada, entran muy encubiertamente et muy apriesa, et deque comiençan a correr, corren et roban tanta tierra, [et] sábenlo tan bien fazer que es grant marabilla, que más tierra correrán et mayor daño farán et mayor cavalgada ayuntarán dozientos omnes de cavallo de moros que seicientos omnes de cavallo de christianos»* –LE, cap. LXXV–.

Esta era sucintamente la forma de actuar más habitual de los musulmanes. Rápidos golpes de mano efectuados por grupos de saqueadores que se introducían audazmente en tierras cristianas<sup>100</sup>. Tras destruir y pillar cuanto podían se retiraban con la misma rapidez antes de que los jinetes de la Frontera pudieran reunirse y responder a la agresión. Estos soldados habían surgido específicamente para contrarrestarles y tal era la similitud en su forma de guerrear que en períodos de paz y alianza los jinetes castellanos y granadinos actuaban de consuno. Así ocurrió durante la campaña de Valencia de los años 1363-1364 cuando acosaron coordinadamente a las tropas de Pedro IV<sup>101</sup>.

La prudencia se hacía por ello muy recomendable en las acciones contra los musulmanes, expertos como eran en la emboscada y la huida rápida. Se recomienda por tanto que cuando las tropas fronterizas castellanas fueran en pos de ellos debían ir siempre precedidos de grupos de exploradores que controlaran sus movimientos además de intentar descubrir donde tenían custodiado el botín capturado. Solo tras recuperar los bienes y liberar los prisioneros podía pensarse en una acción contra ellos<sup>102</sup>.

<sup>100</sup> TORRES FONTES, Juan: «Actividad bélica granadina en la frontera murciana (ss. XIII-IV)», en *Príncipe de Viana*, n.º 3, 1986, *Homenaje a J.M.ª Lacarra*, pp. 721-739; MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María: «La cabalgada: un medio de vida en la frontera murciano-granadina (siglo XIII)», en *Miscelánea Medieval Murciana*, n.º 13, 1986, pp. 49-62; ROJAS GABRIEL, Manuel: «El valor bélico de la cabalgada en la frontera de Granada (c. 1350-c. 1481)», en *Anuario de Estudios Medievales*, n.º 31-1, 2001, pp. 295-328.

<sup>101</sup> Su labor era considerada vital por Pedro I de modo que cuando le informaron de las conversaciones entabladas entre Pedro IV de Aragón y el rey Bermejo de Granada para actuar conjuntamente en contra suya se sintió bastante contrariado ya que ello suponía la paralización de las acciones en Aragón y la dispersión de sus fuerzas en dos frentes: «...le vernía gran desmano en la guerra de Aragón; ca todos los jinetes avrían de ir al Andalucía para la guerra de los moros e partirse de la guerra de Aragón donde estaban en las fronteras, e las compañías del Andalucía eran gente muy buena e muy guerrera, de quien el rey se servía e se aprovechaba mucho en la guerra de Aragón» –CPI (1361, II)–.

<sup>102</sup> No habiendo botín ni siquiera compensaba ir tras ellos: La opción más sencilla pasaba por olvidarse del asunto pues resultaba entonces casi imposible cortarles la retirada: «Et si non levaren presa, non deven trabajar mucho de ir en pos ellos, porque ellos andan muy ligeros et son muy graves de alcançar» –LE, cap. LXXVIII–.

*«Otro sí, quando los moros entran a correr a tierra de christianos, si levan presa, los christianos que van en pos ellos deven ir primero cobrar la presa, et ir muy bien acabdellados los cavalleros et los peones, et enviar adelante qui descubra las çeladas recudan, que les non puedan enpesçer. Et desque ovieron cobrado la presa et fueren seguros de las çeladas, si los moros [fueren] todos ayuntados en uno dévense llegar a ellos lo más que pudieren, por que el agujjada non se faga de lueñe»* –LE, cap. LXXVII–.

Quizás esta reflexión fuera válida para las expediciones de pequeño y mediano porte, pero las crónicas solo recogen los ejemplos más relevantes, auténticas campañas con pequeños ejércitos que alcanzan varios miles de efectivos y en estos casos no resulta posible recuperar primero bienes y personas y luego buscar el choque militar. En tanto no se triunfaba por la vía de las armas no cabía pensar en liberar los cautivos. En 1338, Abd al-Malik, hijo del sultán meriní, aprovechó la ausencia de Alfonso XI de Sevilla para lanzar miles de hombres a devastar todo el territorio fronterizo entre esta ciudad y Jerez –GCAXI, cap. –. Las milicias castellanas apenas pudieron acercarse a las potentes columnas meriníes para seguir su rastro y controlar sus movimientos, como fue el caso de Fernán Pérez de Porto Carrero que salió de Lebrija con cien hombres que «fueron en pos de los moros siguiendo el rastro» –GCAXI, cap. CCLXI–. Solo cuando reunieron suficientes efectivos decidieron dar el golpe decisivo que afortunadamente se resolvió con éxito. Cinco años después fueron más de tres mil los granadinos que expoliaron la comarca de Écija capturando gran botín. En su retirada Fernán González, señor de Aguilar, «juntó de los suyos et de Ecija docientos omes á caballo, et quinientos omes de pie, et fue en pos los Moros siguiendo el rastro». Los encontró acampados en la orilla de un río y esa misma madrugada, al alba atacó a los granadinos hasta derrotarlos y ponerlos en fuga, recuperando todos los bienes robados y obteniendo gran número de caballos y prisioneros entre los vencidos –CAXI, cap. CCLXXXVII–.

Más inusuales eran las batallas campales. Ninguna de verdadera importancia durante todo el reinado de Pedro I y los pocos choques que ocurrieron derivaron de algunas expediciones de saqueo que no implicaron más allá de un par de miles de hombres por cada parte, los más de ellos peones. En estas ocasiones la táctica más utilizada por los musulmanes, pero que seguía dando resultado después de siglos de utilización, consistía en provocar a los castellanos haciendo espolonadas, esto es enviando grupos de jinetes que intentaban romper su formación. Estos jinetes rápidos y hábiles se lanzaban dando gritos contra el enemigo mientras arrojaban todo tipo de proyectiles intentando que aquellas unidades menos experimentadas abriesen sus líneas por donde se introducían causando todo el daño posible.



*«Quando vienen a la lid, vienen tan reços et tan espantosamente, que son pocos los que non an ende muy grant reçelo. Et si por pecados los christianos toman miedo, et non saben sofrir el su roído et las sus voces, et muestran algùn miedo o espanto, o se comiençan a revolver et andar en derredor et metiéndose los unos por los otros, o fiziendo qualquier muestra o con[n]tenente de miedo o de espanto, entiéndengelo ellos muy bien et danles tan grant priesa de voces et roído et de feridas que non se saben poner consejo los christianos»* –LE, cap. LXXVI–.

Si no lograban su objetivo se retiraban con la misma celeridad y ponían en práctica el *tornafuye*: «Et sobre todas las cosas del mundo, deven guardar los christianos a un trebejo que ellos fazen de tornafuy» –LE, cap. LXXVII–. Una retirada simulada seguida de un rápido contraataque por todos los lados contra sus perseguidores que habían roto su formación cerrada creyendo que ese enemigo en desbandada estaba derrotado y era una presa fácil<sup>103</sup>.

*«... después pártense en tropeles, en guisa que si los christianos quisieren fazer espolonadas con los unos, que los fieran los otros en las espaldas y de trabieso. Et ponen çeladas por que los christianos, [si] agujiaren sin recabdo, que los de las çeladas recudan en guisa que los puedan de[fs]baratar.*

... ..

*Mas al tiempo del mundo que más fuyen, et paresçe que van más vencidos, si veen su tiempo, que los christianos non van con buen recabdo o que los meten en tal lugar que les pueden fazer daño, cred que tornan entonçe tan fuerte et tan bravamente commo si nunca oviesen comenzado a foír»* –LE, cap. LXXVI–.

En estos casos era primordial aguantar estas provocaciones y mantener la formación como hicieron los aragoneses el sitio de Valencia que «non se partían de la ordenanza de la su batalla que levaban», permaneciendo tranquilos hasta llegar a Valencia y avituallar la ciudad –CPI (1364, III)–. El trágico accidente que causó la muerte del infante don Pedro en la Vega de Granada en 1319 no tuvo otro origen que su propio ofuscamiento motivado por las «espolonadas que fizieron algunos, et después tornavan fuyendo al logar do estavan los pendones» –LE, cap. LXXVII–. Deseoso de entablar combate con estos escurridizos jinetes granadinos intentó romper la l'niea de combate, desoyendo a sus propios subordinados que llegaron incluso a

<sup>103</sup> Táctica esta que era común a muchos pueblos de Oriente Medio y Asia Central que basaban su fuerza militar en el predominio de una caballería ligera armada con armas arrojadas. Los cruzados en Tierra Santa se enfrentaron al mismo desafío que los ejércitos hispánicos y desarrollaron sus propias respuestas (ALVIRA CABRER, Martín: *op. cit.*, pp. 480-493).

amenazarle con matarle el caballo –GCAXI, cap. XXI–. El saqueo del campamento castellano y la ignominiosa huida fueron el resultado de su real soberbia e incompetencia, que, sin embargo, se fueron poco a poco olvidando hasta que se consumó un nuevo fracaso en 1362 en Guadix, día aciago para los castellanos donde se conjugaron todos los fallos imaginables –CPI (1362, I)–. Empezaron estos por fragmentar su formación y mientras una parte se dedicaba a «acorrer a una tierra que dicen Val de Alhama», la otra permanecía frente a la ciudad. Esta división fue aprovechada por los granadinos para cruzar un puente y atacar. Tras una breve lucha volvieron grupas y retornaron a sus líneas seguidos por un destacamento castellano que tras unos momentos de éxito debió a su vez retroceder. A todo esto, el grueso de estas tropas comandado por el maestre de Calatrava «estuvieron quedos, e non acorrieron a los que eran pasados la puente, nin siguieron la ventura que Dios les había dado en vencer a los moros». Para cuando quiso cooperar la única ocurrencia que tuvo fue la de ordenar el desbloqueo del puente que les separaba el grueso del ejército musulmán, dejándoles franco el paso confiando en una segura victoria que no nunca llegó y sí la humillación y la vergüenza de la derrota y su propia prisión<sup>104</sup>.

Los ruidos y gritos no solo servían para amedrentar a algún enemigo temeroso o desorganizado también se utilizaban como llamada de solidaridad entre los miembros de un ejército, como un aglutinador de todas sus voluntades en pos de un objetivo común.

*«Et si Dios le guisa [los contrarios] ora mal cabdellados o esparzidos, entonçe os debe acometer tan apriesa et tan bravamente que los non dexen ayuntar. Et [si] entraren a las feridas, dévese nombrar muchas vezes a sí et a su apellido, et mandar que diga todos: “¡Feridlos, que vansen!”, et “¡Vencidos son!”». Et dígovos que algunos vençieron ya por esta manera»* –LE, cap. LXXIII–.

En la batalla del Salado quedó Alfonso XI separado de su propio pendón y consiguientemente de buena parte de sus efectivos que lo seguían –GCAXI, cap. CCCXX[X]–. Se vio entonces acosado por una gran multitud de musulmanes, pero lejos de retroceder enardeció a sus acompañantes a lanzarse contra el enemigo diciendo: «Ferildos que yo soy el rrey don

<sup>104</sup> «Pero los christianos que se tornaron e pasaron la puente defendiéronles a los moros que la pasasen, e enviaron a decir al maestre de Calatrava e a don Enrique Enríquez que los socorriesen; e ellos les enviaron decir que se arredrasen de la puente, e dexasen pasar los moros, e desde fuesen pasados, que todos en uno irían a ellos. E los caballeros que guardaban la puente e el río dexáronles pasar; pero contra su voluntad hicieron lo que les mandaran... E aquel día el maestre de Calatrava non se ayuntó bien a los suyos...» –CPI (1362, I)–.

Alonso e alçauasse de la silla que lo viesen los christianos, e dezia a los suyos a altas bozes que non temiessen nada e que lo non desmanparasen, ca el muerto podria ser, mas no vencido nin desbaratado por ninguna manera del mundo». Afortunadamente allí se encontraba Gil Álvarez de Albornoz, quien sujetó la rienda del caballo del soberano y le conminó a detenerse consciente del complicado trance por el que pasaban, pero también que la batalla ya había caído del lado castellano: «Estad señor quedo e acaudillad los vuestros, e non pongades en aventura a Castilla, ca los moros son vencidos e fio de Dios que vos sodes oy vencedor».

En la cita anterior del *Libro de los estados* se alude al *apellido*, término idéntico al utilizado en la vida ordinaria y con el que se llama a la solidaridad vecinal para encarar un peligro inmediato y que ahora hace referencia a la invocación de una figura común que identifica a todo el colectivo, como es el nombre del propio reino o de un santo proclive a aparecer en estos casos en su ayuda como se vio en Nájera: «llamando los de la parte del rey don Pedro e del príncipe de Gales por su apellido, *Guiana, Sant Jorge*; e los de la parte del rey don Enrique, *Castilla, Santiago*» –CPI (1367, XII)–.

Conocer al enemigo no solo implica conocer sus tácticas militares, también nos faculta para descubrir sus puntos más débiles y presionar sobre ellos para poner el resultado del conflicto en favor nuestro. Conviene así, saber las disensiones internas del enemigo y sus rivales exteriores y explotar en lo posible la vieja máxima de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo»: «Otrosí, deve fazer todo su poder por meter desvarío et contienda entre aquel con qui ha la guerra et sus vezinos, et aun, si pudiere, con sus vasallos» –LE, cap. LXX–.

Durante la rebelión nobiliaria se encontraba un numeroso grupo de nobles resguardado tras las murallas de Toro mientras el rey pugnaba por controlar la zona y cerrar todas las salidas de la villa. El sitio se prolongaba y tras unas primeras semanas sin problemas, empezaba a cundir el descontento entre los vecinos que ya no consideraban adecuada la presencia nobiliaria y acabaron por actuar por su cuenta. Uno de ellos, García Alfonso Trigueros, «traxo sus pleytesías con el rey secretamente, que él le daría una puerta de la villa, que dicen la puerta de Sancta Catalina, por do el rey entrase con los suyos» –CPI (1356, I)–. Los nobles rebeldes sabían del hartazgo de los vecinos, pero creían tener controlada la situación y no esperaban un movimiento de este tipo. La discreción absoluta con que se llevaron las conversaciones lograron finalmente el éxito deseado. No era esta la única baza que jugaba el rey dentro de la villa y dentro de la facción nobiliaria tenía contactos con el noble Rui González de Castañeda que «avía traído su pleytesía secretamente antes desto con el rey, e tenía un alvalá suyo de perdón» –CPI (1356, II)–.

Aun así, villano y noble no eran las opciones principales para conseguir la toma de Toro. Se trataba de simples peones secundarios, el principal era su propio hermano Fadrique, maestre de Santiago. En este caso no hubo secretismo ninguno y las conversaciones se hicieron de viva voz. Fadrique en una isla sobre el Duero y Pedro I en la ribera opuesta. Los nobles cercados asistían al espectáculo sin enterarse del sentido de la conversación, pero cuando el maestre cruzó el río y besó la mano de Pedro I comprendieron la situación y el fin de su causa. Esa misma noche el ejército real pasó a la villa por la mencionada puerta de Santa Catalina y al día siguiente se apoderó de la ciudad.

Iniciado el enfrentamiento entre Aragón y Castilla, ambos monarcas hicieron un uso recurrente de este recurso, especialmente Pedro IV quien concedor de su inferioridad militar fomentó el descontento de la nobleza castellana con su rey y trató de ganarla para su causa<sup>105</sup>. Junto con la diplomacia en el exterior, fue el gran recurso que le permitió aguantar diez años de guerra casi continua<sup>106</sup>. El primer golpe de efecto ocurrió al poco de comenzar las hostilidades. A comienzos de 1357 Juan de la Cerda y Álvaro Pérez de Guzmán en connivencia con Pedro IV abandonaron sus puestos en la frontera soriana dejándola desguarnecida y marcharon a sus posesiones andaluzas desde donde comenzaron a combatir a Pedro I –CPI (1357, II)–. La crisis se resolvió con rapidez y no afectó a las operaciones principales contra Aragón.

Mayores consecuencias tuvo la jugada urdida por Pedro IV y que tenía como actor principal a Gonzalo González de Lucio quien actuaba como teniente en la villa de Tarazona desde su conquista en 1357, merced a sus relaciones familiares con Juan Fernández de Hinestrosa, principal consejero petrista. Tras la muerte de este, las relaciones con el rey dejaron de ser tan fluidas como antes. En este contexto Pedro IV actuó con contundencia y generosidad ofreciéndole la importante cantidad de cuarenta mil florines además de la mano de una importante heredera aragonesa, Violante de Urrea. Entre este ofrecimiento y la fidelidad a un rey que mostraba

<sup>105</sup> Siglos después Jerónimo de Zurita se expresaba con claridad al respecto: «Y porque su adversario era muy poderoso y naturalmente guerrero, y por otra parte odiado y temido de sus gentes por las muertes que cada día mandaba ejecutar en los más principales de sus reinos, el rey trataba con grande maña y astucia secretamente con todos los capitanes y caballeros que estaban en las fronteras por medio del conde de Trastámara y de los caballeros castellanos que estaban en su servicio, procurando de atraerlos a su voluntad o a lo menos hacer de manera que el rey de Castilla no se asegurase dellos y los perdiese» –*Anales*, lib. IX, cap. XXVI–.

<sup>106</sup> Las indudables cualidades de Pedro IV a este respecto se verán completadas con las de un grupo de consejeros de primer orden entre los que destaca Bernardo de Cabrera. Pedro I, por el contrario, se rodeaba de personajes mucho más grises entre los que buscaba por encima de todo su fidelidad, desdeñando sus cualidades intelectuales (GARCÍA TORAÑO, Paulino: *op. cit.*, p. 230).

un comportamiento tan errático Gonzalo González optó por la seguridad aragonesa que le garantizaba un destacado lugar en su nueva patria –CPI (1360, VI) y CPIV, p. 347–.

Mucho más importante y a la postre decisiva fue la contratación de Enrique de Trastámara. Tras su huida de Toro y su fracasado intento de afianzarse en Galicia y Asturias, pasó a Francia, pero por poco tiempo ya que antes de acabar el año recibió la llamada de Pedro IV convirtiéndose en uno de los principales capitanes aragoneses (Tratado de Pina, 1356) –CPI (1357, I)–. En este momento no dejaba de ser un noble castellano al que convenía tratar con cierta deferencia, pero en los años siguientes los lazos políticos entre ambos aliados se estrecharon. La situación se repitió en 1362, cuando una nueva ofensiva castellana obligó a Pedro IV a contar otra vez con Enrique y sus nobles castellanos desterrados –CPI (1362, X)–. Tras esta segunda venida sus habilidades militares y, sobre todo, su origen real, aunque espurio, le hicieron ir ganando puntos hasta convertirse en un aliado con entidad propia, en tanto pretendiente al trono de Castilla (Pacto de Monzón, 1363). La jugada era perfecta para Aragón pues reclutaba unos soldados profesionales que conocían perfectamente a su rival y además introducían un elemento de disensión en el bando castellano, donde muchos de sus familiares prestaban sus servicios y a los que se podía ganar para la causa rebelde o a lo menos conseguir que no desempeñaran sus obligaciones con el celo debido.

Pedro I ya había tratado de pagarle con la misma moneda, por medio del infante don Fernando<sup>107</sup>. Este intentó sin éxito resucitar la Unión, pero ya en diciembre de 1357 se había reconciliado con Pedro IV en Albaracín. Abandonó el bando castellano y como Procurador General del Reino se puso al frente de las operaciones en Valencia contra su otrora aliado –CPIV, p. 339–. A finales de 1366, volvió a intentar la misma jugada el monarca castellano cuando liberó al conde de Osona «por algunas pleytesias que traía en Aragon, que placian al Rey Don Pedro» –CPI (1362, XI)–. La ejecución de su padre Bernardo de Cabrera bajo absurdas acusaciones de traición pretendía ser el acicate para que intrigara en su favor. Nada logro con ello y el conde de Osona acabó combatiendo junto a Pedro IV y, más tarde, al lado de Enrique de Trastámara, muriendo a su servicio apenas dos años después frente al castillo de Tordehumos –CPI (1368, I)–.

<sup>107</sup> Curioso caso el suyo, ya que en virtud de su ascendencia, hijo de Alfonso IV de Aragón y de la infanta Leonor de Castilla, podía desempeñar el mismo papel desestabilizador en ambos bandos y de hecho desde 1351 tenía un acuerdo secreto con su hermano para ceñirse la corona castellana. Este se mantuvo hasta su muerte en julio de 1363, aunque para entonces el Ceremonioso ya se había inclinado por favorecer la candidatura de Enrique de Trastámara.

Si en los casos anteriores el conocimiento del enemigo reviste un carácter general vinculado a una estrategia a largo plazo, también se hace necesario saber de sus fortalezas y debilidades en un momento concreto<sup>108</sup>. Solo así se pueden anticipar sus decisiones y estar preparados para contrarrestarlas. Planificar una batalla o un asedio se hace mucho más sencillo si se tiene información precisa del número de tropas, sus armas y abastecimientos, el caudillo que las manda, etc. A partir de estos datos se puede disponer el ejército propio de la mejor manera posible frente al rival, aumentando las posibilidades de éxito de forma notoria: «Pero lo que se puede fazer por sabiduría o por artería de los [omnes] es esto: que sepa omne qué gente trae aquel con qui a de aver la lid, et qué cabdiello es, [et] de cuál esfuerso, et cómo vienen cabdellados et de cuál esfuerso son, et cómo vienen armados et encabalgados» –LE, cap. LXXII–.

Nada más iniciarse el reinado de Pedro I surgieron los primeros problemas con la facción nobiliaria encabezada por su hermano don Enrique. Estos se habían refugiado en Algeciras y se temía que la situación pudiera ser aprovechada por el enemigo musulmán para apoderarse de la plaza. Para tantear la situación y comprobar los apoyos que contaba Pedro I envió al escudero Lope de Cañizares, para que recopilase toda la información posible. Después de una rocambolesca salida deslizándose a lo largo de las murallas con cuerdas llegó a Sevilla para informar al rey –CPI (1350, VII)–. Gracias a estas indicaciones la toma de Algeciras se hizo de forma sencilla, el rey envió una pequeña flota cuya labor se coordinó con la quinta columna del interior de la villa. Los nobles solo pudieron huir a toda prisa.

En otras ocasiones la presencia de un espía no aparece de una forma tan expresa y se sustituye por la expresión «saber nuevas». Al seguir el relato del asalto al trono por su hermano Enrique de Trastámara se constata el conocimiento exacto que tiene Pedro I de todas sus actividades. El monarca estaba al corriente de las correrías de su hermano por Francia y Aragón y del creciente prestigio militar y político que estaba consiguiendo. En 1362 ya conocía sus conversaciones con las compañías de mercenarios francesas y su intención

<sup>108</sup> Algunos detalles más sobre el mundo del espionaje durante la guerra en LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Por caminos sinuosos...», pp. 174-179. No es esta una materia especialmente tratada por los medievalistas, pero puede completarse el anterior artículo con otros más generales. CIROT, Georges: «L'espionnage en Espagne au temps de la Reconquête», en *Bulletin Hispanique*, n.º 19-4, 1917, pp. 259-264 (doi: 10.3406/hispa.1917.1968); GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Santiago: «El espionaje en los reinos de la Península Ibérica a comienzos del siglo XV», en *En la España Medieval*, n.º 38, 1995, pp. 135-194; NUSSBAUM, Mª Fernanda: «Algunas notas sobre los espías en la literatura medieval española de los siglos XIII y XIV», en *Memorabilia*, n.º 14, 2012, pp. 65-76.

de utilizarlas en la Península cuando fuera el momento adecuado<sup>109</sup>. Incluso debía saber que, por el momento, esta situación no era peligrosa y decidió continuar la guerra contra Aragón a pesar de que sus consejeros se echaron las manos a la cabeza y «ninguno podía entender que el rey quería hacer guerra a Aragón; ca todos cuidaban que eran paces entre el rey de Aragón e él». Cuando llegó el momento decisivo en 1366, Pedro I seguía teniendo un conocimiento adecuado de los movimientos de su rival<sup>110</sup>. Pero no es lo mismo disponer de la información que interpretarla correctamente y tomar las decisiones oportunas. El resultado de una mala decisión puede ser la pérdida de un trono y así se ve que Pedro I no valoró la posibilidad de que Aragón, Francia y el Papado formasen un frente común en apoyo de Enrique de Trastámara.

Este también tenía su propio servicio de información y su entrada y movimientos por Castilla durante 1366 se vieron favorecidos por el perfecto conocimiento que tenía del clima reinante en el ejército castellano y la escasa predisposición de Pedro I a enfrentársele en campo abierto<sup>111</sup>. Mientras tanto las noticias que le llegaban a este carecían de todo valor, puede que

<sup>109</sup> «E dixo a todos los señores, e caballeros, e omes de armas de sus regnos que allí eran con él, que avía nuevas que una grand compañía que andaba en Francia haciendo guerra, que decían la Compañía Blanca, quería venir en su regno, e que avía de entrar por las partidas de Aragón, o de Navarra...» –CPI (1362, VIII)–. En este caso también tenemos su reflejo documental en una carta de ese año dirigida al Merino Mayor de Asturias previniéndole de la posibilidad de la entrada en la Península de estas fuerzas foráneas por lo que le advertía estuviera preparado por si la amenaza finalmente se materializaba (DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Colección documental...*, n. 1191). Del bando contrario disponemos del acuerdo de 1362 (agosto, 18) entre Pedro IV y Enrique de Trastámara por el que este se comprometía a aportar, aparte sus hombres, 2.800 caballeros franceses y 6.000 *glavis* o mercenarios veteranos (Archivo de la Corona de Aragón, Cancillería regia, 1183, fols. 60 v.-61, cit. en LAFUENTE GÓMEZ, Mario: *Un reino en armas: la guerra de los Dos Pedros en Aragón*. Institución Fernando el Católico (CSIC), Excma. Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 2014, p. 101). Vid. también FOWLER, Kenneth, «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361 – vers 1379)», en A. RUCQUOI (coord.), *Realidad e imágenes del poder: España a fines de la Edad Media*. Ámbito, Valladolid, 1988, pp. 24-26.

<sup>110</sup> «Estando el rey don Pedro en la cibdad de Burgos, sopo cómo el conde don Enrique era ya pasado de Zaragoza para venir a Castilla, e que todos los capitanes que se venían para entrar en Castilla eran ya con él» –CPI (1366, II)–. «El rey don Pedro estando en Burgos sopo cómo el conde don Enrique e los capitanes que con él venían, llegaron a Calahorra e la cobraran, e cómo el conde don Enrique se llamaba rey de Castilla e de León, e cómo avía partidos todos los oficios del regno, e avía fecho e prometido muchos donadíos e cómo tomara a Navarrete e Briviesca; e ovo gran rescelo de todo esto» –CPI (1366, IV)–.

<sup>111</sup> «Desde que la cibdad de Calahorra fue así cobrada, e ovieron nuevas el conde don Enrique e los que con él venían como el rey don Pedro estaba en Burgos e tenía y sus gentes ayuntadas, e sopieron de cierto que non avía voluntad de pelear con ellos...; ca ellos tenían, segund las nuevas que él sabia de la tierra, que el rey don Pedro non daría batalla, nin podía defender el regno» –CPI (1366, III)–.

intoxicadas por su rival. El monarca castellano estaba convencido que el objetivo principal de Enrique de Trastámara era la ciudad de Sevilla donde estaba depositado el tesoro regio que le permitiría sufragar el pago de sus tropas. La realidad era otra y lo que realmente quería el pretendiente era apuntalar su posición lo más deprisa posible y para ello debía controlar de inmediato un parte del reino, haciéndose coronar para a partir de ese momento actuar como rey: cobrando impuestos, promulgando leyes, reuniendo cortes, etc.<sup>112</sup>. Desde ese momento Enrique dejaba de ser un noble rebelde para presentarse ante su pueblo como un rey legítimo en lucha contra un tirano. Siendo el fallo de consideración y que pudo resultar fatal se pudo enmendar temporalmente cuando se obtuvo la colaboración inglesa que prolongó la situación tres años más.

Más adelante, en los momentos previos a la batalla de Nájera, Enrique de Trastámara estaba al tanto de todo lo que ocurría en el campo rival. Muchos caballeros ingleses que servían a su señor natural, el Príncipe de Gales, le servían noticias abundantes siempre eso sí que no supusieran problemas para este último. Cumplían así escrupulosamente su deber como vasallos, pero también rendían tributo a quien conocían de Francia y con quien habían mantenido relaciones cordiales<sup>113</sup>.

Los encargados de recoger estas informaciones no conformaban ningún cuerpo especializado dentro del ejército medieval. Son gentes a quienes sus cualidades personales les hacían especialmente aptos para esta labor<sup>114</sup>. El citado Lope de Cañizares cumplió con su labor de forma muy eficaz pues no en vano conocía Algeciras a la perfección al haber servido allí su padre en tiempos de Alfonso XI. En campaña, los *esculcas* se encargaban de las misiones de obtención de información para que el cuerpo principal del ejército no sufriera ninguna sorpresa –«esa mañana era idos a correr algunos jinetes a la villa de Nájara como en manera de esculcas, por saber nuevas, de lo que facía el conde, para decirlas al rey». CPI (1360, X)–. Eran por ello

<sup>112</sup> «... ca el sabía por nuevas ciertas que el conde don Enrique e las compañías que con él venían, querían tomar el camino de Sevilla, do él tenía sus fijos e sus tesoros... E los de Burgos tornaron otra vez a le requerir que se non partiese de la cibdad, e que non creyese por ninguna manera tales nuevas como le decían; antes fuese cierto que el conde, e todas aquellas compañías que eran en Briviesca a ocho leguas dende, su entención era venir a Burgos» –CPI (1366, IV)–.

<sup>113</sup> «E ovo cartas el rey don Enrique de algunos caballeros ingleses sus amigos, que fueran en su servicio en la entrada que él ficiera en Castilla quando se llamara rey, e andaban en la compañía del príncipe agora, en que le aconsejaban, que fasta que el príncipe saliese de Castilla, él non viniese a ella; pero que luego que sopiese que era partido, que non se detoviese...» –CPI (1367, XXXI)–.

<sup>114</sup> Además, siempre había informadores anónimos como buhoneros, pastores, peregrinos, prostitutas... que por sus movimientos conocían información con la que luego podía ganarse unos dineros.



escogidos siempre entre los jinetes de la Frontera y de Murcia que se movían con rapidez por todo tipo de terrenos en su condición de caballería ligera. En este sentido compartían rasgos definitorios con los exploradores encargados del reconocimiento y vigilancia del terreno durante la marcha de los ejércitos, hasta el punto de que en ocasiones se diluían sus diferencias y según qué ocasiones un grupo de soldados realizaba indistintamente una misión u otra.

En la guerra marítima el sistema era semejante, lo que en tierra era un destacamento de jinetes que se desgajaban del ejército para conseguir la información, en el mar eran naves pequeñas y veloces que se despachaban con el mismo objetivo –«E en las otras galeas iban mareantes por patrones<sup>115</sup>, por quanto eran galeas más sotiles e más ligeras, e las enviaba el rey a muchas partes». CPI (1359, XI)–. En su estadia ante los muros de Ibiza El rey castellano se recelaba de las intenciones de los aragoneses: ¿habían reunido ya su flota? ¿le plantearían batalla? ¿estaba Pedro IV presente? Ante la duda envió cuatro galeras en busca de *nuevas*<sup>116</sup>.

Tan importante como conocer todos los pormenores del enemigo es dar cuenta de estos al cuartel general para que decida el próximo movimiento. El recurso habitual del envío de un mensajero conocedor del terreno por el que transita puede verse obstaculizado por la presencia de un enemigo que en gran número controla el territorio e impide toda comunicación. No queda entonces otra solución que recurrir a un sistema de comunicación a distancia –el humo durante las horas de luz y el fuego por la noche– y utilizar un sencillo código de comunicación convenido de antemano<sup>117</sup>. Así en 1364 mientras Pedro I acampaba en Cullera se encontraba vigilado por los aragoneses quienes refugiados en puntos fortificados debían comunicar a Pedro IV, que se encontraba en Valencia, todos sus movimientos. El conde de Ampurias desde Burriana y el conde de Ribagorza desde el castillo de Montornés debían encender un número determinado de fuegos. El aparato utilizado era el ya mencionado *farahón* o *farón*. Una luz indicaba normalidad y varias, de dos a cuatro, señalaban el camino tomado

<sup>115</sup> Detalle importante por cuanto debido a su función marinera debían ser comandadas por marinos de profesión, mientras que en las restantes pensadas para ser utilizadas exclusivamente en el combate se dejaban a cargo de un militar

<sup>116</sup> «... dos galeas del rey fueron a la isla de Mallorca a saber nuevas del rey de Aragón, e otras dos galeas fueron a Barcelona, e sopieron por ciertos las unas e las otras como el rey de Aragón era partido de Barcelona, e era venido a la isla de Mallorca, e que ya eran con él todas sus quarenta galeas armadas, e que su entención e ardid era de venir pelear con el rey de Castilla» –CPI (1359, XIII)–.

<sup>117</sup> Una introducción al tema puede verse en VIVAS PÉREZ, Miguel Ángel: «La transmisión de mensajes mediante señales ópticas: una visión de conjunto», en A. RUIBAL RODRÍGUEZ (coord.), *Actas del III Congreso de Castellología Ibérica: 28 de octubre - 1 de noviembre*. Asociación Española de Amigos de los Castillos-Diputación Provincial de Guadalajara, Madrid-Guadalajara, 2005, pp. 399-418.

por el rey castellano y desde Valencia, se les debía responder de la misma manera acusando el recibo de la información. Si se aumentaba el número de fuegos, cada nuevo valor aludía a unos puntos predefinidos donde debían desplazarse inmediatamente todas las tropas aragonesas para juntarse con la hueste real e ir en pos de Pedro I<sup>118</sup> –*Anales*, lib. IX, cap. LV y CPIV, pp. 360-361–. El secretismo de las acciones propias es la otra cara de la moneda. El enemigo apenas debe tener fragmentos inconexos que no pueda hilvanar en busca de una idea general de los planes: «Otro sí, todas las cosas que fiziere, de velas fazer mucho en poridad, lo más encubiertamente que pudiere» –LE, cap. LXX–. Un consejo sencillo, pero importante. En las *Partidas* 2,23,5 se da un paso más y se aboga por encriptar las comunicaciones y así en la medida de lo posible evitar la transmisión de mensajes orales y sustituirlos por un código de modo que el enemigo aunque obtenga información importante no pueda utilizarla automáticamente, lo que en muchas operaciones a corto plazo equivale a no tenerla: «porque los enemigos no entendiesen lo que ellos decian, nin tomassen ende apercebimiento; ca una de las cosas porque mas aina pueden los homes facer mal á sus enemigos es en facer sus fechos encobiertamente».

## 8. DIPLOMACIA

Para don Juan Manuel tan importante como la guerra es la diplomacia. Muchas ventajas logradas en los campos de batalla se pierden después en las mesas de negociación. Las prácticas diplomáticas son para él, bien lo demostró durante su vida, tan importantes como las militares. Ambas se complementan y solo con el uso adecuado de unas y otras puede uno convertirse en un soberano solvente: «Otro sí, que aya grant entendimiento et grant sabiduría para pleitear bien et saber en el avenençia, quál es más su onra et su pro, et fazerlo segund desuso es dicho. Et luego que Dios a tal lugar gelo troxiere tomar la paz et el avenençia, muy de grado» –LE, cap. LXXIX–.

Como se comprobará en las páginas siguientes, Pedro I poco caso hizo de estas recomendaciones y la diplomacia fue para él siempre su punto más débil. En sus negociaciones con Pedro IV, fuera a través de sus embajadores o por intermediación del legado pontificio, el monarca aragonés se mostró como un rival muy superior jugando con los tiempos, el doble sentido de las palabras y las medias verdades hasta aburrir al

<sup>118</sup> Los detalles de la vigilancia en las atalayas aragonesas y los códigos de señales para indicar el montante de los efectivos del ejército castellano que entró en Aragón en 1359 pueden consultarse en LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Por caminos sinuosos...», pp. 171-173.

siempre impetuoso Pedro I<sup>119</sup>. Entretanto con perseverancia e inteligencia trabajaba en una alianza con Enrique de Trastámara, Francia y el Papado.

En la guerra de los dos Pedros la intervención papal desempeñó un importantísimo papel mediador desde los primeros momentos del conflicto. En 1357, al poco de iniciadas las hostilidades, apareció Guillén, cardenal diácono de Santa María in Cosmedín, como legado papal. Una primera tregua de quince días fue rota unilateralmente por Pedro I para hacerse con la villa de Tarazona y aunque posteriormente consiguió otra tregua de un año fracasó en su objetivo de que ambos reyes depusieran las armas –CPI (1357, VI)–.

El mediador pontificio pretendía ganar algo de tiempo mientras intensificaba su labor diplomática para conseguir la paz definitiva. Los reyes, por su parte, reforzaban sus ejércitos y solventaban los conflictos internos, siempre con el objetivo de que al finalizar la tregua sus condiciones fueran mejores que a su inicio. Pedro I dedicó esos meses a eliminar a los más señalados nobles de los que dudaba sobre su lealtad. Su primo el infante don Juan y su hermano don Fadrique, maestre de Santiago, fueron asesinados. Otro hermano, don Tello, señor de Vizcaya, pudo ponerse a salvo, pero perdió sus señoríos. Fueron precisamente estas muertes las que ocasionaron la ruptura de la tregua. Enrique de Trastámara y el infante don Fernando, trataron de vengar las muertes de sus hermanos en sendas expediciones por las zonas de Soria y Murcia «magüer non era cumplido el término de las treguas» –CPI (1358, VIII)–.

Iniciada de nuevo la guerra con toda su crudeza, se produjo el cambio del legado pontificio<sup>120</sup>. Ahora y hasta el final de la guerra fue Guido, cardenal de Bolonia, quien llevó el peso de las negociaciones escoltado por los abades de Fécamp y de San Benigno como encargados de las misiones de menor enjundia. Desde el principio demostró tener mejores habilidades diplomáticas que su predecesor. Al poco iniciaba una ronda de conversaciones con los monarcas en las que se empezaron a intercambiar propuestas concretas. En las semanas siguientes los eclesiásticos se desplazaron constantemente entre Almazán donde estaba Pedro I y Zaragoza y Calatayud, lugares de residencia de Pedro IV. El primero en hacerlas fue Pedro I quien continuaba exigiendo

<sup>119</sup> No menos interesante en este aspecto es la figura de Carlos II de Navarra. Un auténtico truhan o un inteligente político según se mire, quien obligado por las circunstancias de tener su reino encajonado entre Castilla, Aragón, Francia e Inglaterra, y además con intereses en Normandía se manejaba con habilidad en las relaciones diplomáticas.

<sup>120</sup> El fracaso del cardenal Guillén se suma a los cosechados dos años antes cuando no pudo lograr que Pedro I se aviniera con su esposa Blanca de Borbón y tampoco alcanzó un acuerdo de paz entre el rey y los nobles rebeldes, encabezados por su propia madre y sus hermanastros, antes al contrario, solo logró que esta ganara en violencia –CPI (1355, XXIX)–. Tras dos misiones en Castilla su único acierto fue conseguir la libertad del obispo de Sigüenza, pero se debió más al entredicho que pesaba sobre el reino y que Pedro I consideraba necesario se retirase que a sus propias dotes diplomáticas.

la entrega de Francesc Perellós y la expulsión de Aragón de Enrique de Trastámara, don Tello y el infante don Fernando. Asimismo, solicitaba una fuerte indemnización monetaria por los gastos en que había incurrido y la devolución de Orihuela, Alicante y demás ciudades del reino de Murcia que Aragón había obtenido durante la minoría de Fernando IV. Las exigencias eran significativas, mucho mayores que en la presentación del desafío tres años atrás. Se trata de la más simple de las tácticas diplomáticas: esconder las auténticas intenciones de uno encareciendo la paz para más tarde aceptarla a un precio inferior y aparecer como un rey pacífico.

*«Más quando él oviere buena andança et toviere su pleito en mejor estado, si entonce le movieren pleitesía, en ninguna manera non debe él dezir lo que él tiene en voluntad de acabar aquella pleitesía, mas deve esperar quel digan qué es lo que fará el otro por aver paz con él. Et si el pleito legare a lo que él quiere, dando a entender quel non plaze ende mucho, dévelo firmar luego... Et todos los pleitos que de la [su] parte se movieren, deven ser siempre muy [más] altos de aquello a que él cuida traer el avenencia. Et cada que el avenencia viniere a su onra et a su pro, non la debe alongar, ca muchas vezes acaesçe que cuidando mejorar el pleito, non quiere tomar el buen pleito quel fazen; et acaesçe después alguna ocasión o alguna cosa e su fazienda por que avrá a pleitear muy peor»* –LE, cap. LXXI–.

La respuesta de Pedro IV seguía los mismos patrones, sin mostrar sus verdaderas intenciones, y, en este caso, ofreciendo poco. Solo aceptaba el despido de los nobles rebeldes y se obligaba a ayudar a Castilla con diez galeras, cuatro meses al año, durante los seis ejercicios siguientes en cuántas campañas emprendiera Pedro I contra los moros y en caso de invasión meriní «le ayudaré por mi cuerpo con todo mi poder, e seré con él aquel día en la batalla» –CPI (1359, V)–.

Estimando poco consistentes las propuestas aragonesas Pedro I se mostró airado y no paraba de hablar nuevamente de guerra. El cardenal «desque vio estar las cosas tan duras, e estos dos reyes tan lexos, de avenencia» intentó salvar la situación y propuso una tregua de un año en la que él trabajaría para lograr un acuerdo satisfactorio para ambas partes. También se negó a esto Pedro I, no deseaba treguas «ca él tenía toda su flota apercebida para el verano luego siguiente, e otrosí sus gentes puestas en las fronteras, e pagado el sueldo, e que la tregua le sería a él muy dañosa», pero inmediatamente suavizó su posición –parece claro que toda su actuación anterior estaba sobredimensionada– «porque el cardenal entendiese que él avía voluntad de fazer paz con el rey de Aragón» y ofreció una nueva propuesta de paz más moderada, contentándose solo con la expulsión de los nobles

castellanos y la devolución de los territorios –CPI (1359, VI)–. La respuesta de Pedro IV fue negativa, no cediendo un ápice en lo que respecta a las tierras. Uno de los diplomáticos aragoneses Bernardo de Cabrera le propuso al legado que consiguiera unas treguas por seis meses durante las cuales negociarían directamente embajadores de ambos reinos para conseguir las paces –CPI (1359, VII)–.

Finalmente, Pedro I rompió todas las negociaciones. Creía que con haber rebajado sus exigencias podía haber llegado a un acuerdo, pero Pedro IV más artero pretendía una prolongación *sine die* de las conversaciones que perjudicaban a un oponente más preparado militarmente y que mantenía inactivos una gran cantidad de hombres y barcos con el coste económico que suponía. Además, la ruptura diplomática no se debía a él y siempre podía alegar ante el Papa que había tratado por todos los medios de evitar la guerra y así cuando se iniciaran las hostilidades con la previsible invasión de sus territorios, sus propios súbditos se verían como agredidos y su oposición a los ataques castellanos se incrementaría –CPI (1359, VII)–.

En los años siguientes continuó la presencia del cardenal de Bolonia en la Península esperando cualquier oportunidad para conseguir un acuerdo entre ambos contendientes, pero la guerra se reinició de nuevo en 1362 con especial virulencia. El ejército castellano logró poner bajo su control amplias zonas de Aragón y Valencia que forzaron a Pedro IV a tratar de lograr un acuerdo a toda costa. Las circunstancias habían cambiado y se encontraba en una situación muy complicada. Ahora era a él a quien le tocaba mover ficha y hubo de ofrecer una propuesta que sobre el papel beneficiaba sobremanera a Pedro I. Se partía de una alianza matrimonial entre ambos reinos con dos enlaces simultáneos: Pedro I y Juana, hija del aragonés, y Juan, heredero del trono aragonés, y Beatriz, hija mayor del castellano<sup>121</sup>. Todos los territorios en disputa de Levante pasarían de pleno derecho a Castilla. Además, Calatayud, Ariza, Tarazona, Borja, Magallón y sus comarcas serían del segundo de los hijos del futuro matrimonio de Pedro I quien como duque de Calatayud y Ariza sería vasallo de Castilla, y en caso de que no naciera, pasarían al primogénito. En el matrimonio entre los hijos, Beatriz recibiría como dote las villas de Murviedro, Segorbe, Jérica, Teruel, Chiva y demás lugares poseídos por don Pedro en ese momento. Estos lugares serían del segundo de los hijos y caso de no haberlo se entregarían a Castilla o se pagaría una cantidad que se acordaría ahora. Pedro I no acabó aceptando pues una de las cláusulas secretas era que el rey aragonés apresara y matara

<sup>121</sup> Zurita cambia esta boda por la de sus hermanos menores, los infantes don Alonso de Aragón e Isabel –*Anales*, lib. IX, cap. XLVI–.

a don Enrique y al infante don Fernando lo que no había sucedido hasta entonces. La razón oculta según el cronista era que quería casar con una dueña llamada doña Isabel de la que había tenido un hijo, don Sancho a quien quería ver como heredero. Con todo, don Fernando fue asesinado al poco por su hermano por otras cuestiones –CPI (1363, VI)–.

La situación empezó a complicarse para Pedro I a partir de este momento. Un nuevo escenario acababa de surgir con Enrique de Trastámara elevado a la figura de pretendiente al trono de Castilla y la guerra de los dos Pedros empezó también a configurarse como una guerra dinástica. La situación se complicó aún más a partir de 1366 cuando Pedro IV el Ceremonioso dio un giro completo a la guerra al implicar en el conflicto a Francia<sup>122</sup> y el Papado, por entonces en Avignon, para que ayudaran económicamente a Enrique de Trastámara en su asalto al trono castellano. Las herramientas principales iban a ser las compañías de mercenarios que campaban a sus anchas por el sur de Francia cometiendo todo tipo de desmanes y a las que se derivaría hacia la Península. La jugada era maestra y los tres aliados tenían mucho que ganar si triunfaba el de Trastámara. Aragón trasladaba la guerra al reino vecino pudiendo recuperar en un solo envite todo el territorio perdido en tantos años de guerra. Francia se garantizaba un fiel aliado en Castilla y el concurso de su flota en ulteriores conflictos con Inglaterra. Además, conseguía la satisfacción añadida que daba la venganza sobre el asesino de Blanca de Borbón, perteneciente a la familia real. A su vez el Papado se libraba de unos vecinos incómodos que se acercaban más de la cuenta a su sede en Avignon<sup>123</sup>.

Ante tan formidable coalición Pedro I actuó con lentitud y solo reaccionó cuando se vio expulsado de su propio reino. Entonces consiguió a duras penas la ayuda inglesa lo que internacionalizaba el conflicto insertándolo dentro de la guerra de los Cien Años que libraban franceses e ingleses. La participación de este nuevo aliado resultó decisiva en los campos de Nájera en 1367, pero luego se quedó en nada ante la conducta desleal del monarca castellano, y la codicia y la falta de miras políticas del Príncipe de Gales que no veía más allá de las soldadas prometidas. Finalmente, harto de su aliado y acuciado por

<sup>122</sup> La muerte de Juan II y la llegada de un nuevo monarca, joven y con ganas de revancha, como Carlos IV cambió el panorama en la Península. Ansioso de tomarse el desquite sobre los ingleses sabía que este no sería posible si no contaba con la colaboración de la flota castellana y para ello era imprescindible el triunfo de Enrique de Trastámara (VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Pedro I el Cruel...*, cit., p. 131).

<sup>123</sup> A todo esto, Urbano V no parecía muy enterado del verdadero destino que se iban a dar a los caudales que aportaba. Según algunos autores el pontífice estaba convencido de la propaganda antipetrista que lo hacía proclive a judíos y musulmanes y, no solo eso, también se fiaba de quienes le habían dicho que las compañías partían hacia la Península con el objetivo principal de acabar con el reino nazarí (Vid. DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Pedro I el Cruel...*, p. 226).

los problemas que comenzaban a aparecer en sus tierras de Guyena se retiró de Castilla sin haber llegado a conseguir sus objetivos. Tras estos problemas estaba la larga mano del monarca francés que deseaba su partida de la Península para dejar campo libre al regreso de Enrique de Trastámara<sup>124</sup>.

Tras el breve paréntesis que supuso la batalla de Nájera, la alianza de los enemigos de don Pedro resultó finalmente decisiva en 1368 cuando la situación parecía empantanada con el ejército trastamarista chocando una y otra vez contra las murallas toledanas. El pacto de 20 de noviembre de 1368 descongestionó la situación y Francia enviaba de nuevo a Du Guesclin con tropas y subsidios. Poco más de un mes después ya estaba de nuevo junto a Enrique II. Pedro I conoedor de estos movimientos reaccionó con el envío de una embajada a Londres sin grandes resultados<sup>125</sup>.

## 9. PSICOLOGÍA

Otro aspecto a considerar es el de la psicología del combatiente. No basta con tener un ejército numeroso y preparado, sino que este ha de estar motivado para dar la vida por su rey: «lo primero que a de fazer es [que] puñe de aver mucha gente et buena, [et] que faga quanto pudiere por que sean pagados dél et quel ayuden de talante» –LE, cap. LXX–. Si un monarca no consigue ganarse día a día la confianza de sus guerreros el fracaso militar puede darse casi por seguro. El miedo nunca ha sido la mejor manera para aglutinar las gentes en torno a un dirigente pues la desertión puede aparecer en cualquier momento.

En el caso de Pedro I, la crónica nos traslada una sucesión de maltratos y arbitrariedades hacia sus subordinados. La muerte o la prisión para los más afortunados es la recompensa que antes o después reciben muchos nobles y caballeros que no han actuado conforme a los criterios un tanto particulares del rey<sup>126</sup>. Los defensores de Murviedro en una situación calamitosa por el

<sup>124</sup> «... otrosí por las nuevas que el príncipe avía cada día, que algunos franceses en nombre de compañías le facían guerra e enojo en el ducado de Guiana, e que por todo esto le complía partir de Castilla, e irse para su tierra» –CPI (1367, XX)–.

<sup>125</sup> VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Pedro I el Cruel...*, pp. 207-208.

<sup>126</sup> Un ejemplo de la crueldad petrística que contrasta con el comportamiento que debían tener sus rivales que se ganaban la fidelidad absoluta de sus gentes hasta el punto de preferir una muerte segura a su lado antes que su libertad como ocurrió con Juan Fernández de Carreño. Era este un escudero criado por Alfonso Fernández Coronel de quien tenía la tenencia del castillo de Burguillos. Conforme a los lazos que le ligaban a su señor se negó a entregarlo al rey, quien le puso sitio. Tomada la fortaleza Juan Fernández sufrió la amputación de sus manos como castigo. Una vez recuperado de las heridas solicitó se le permitiera partir con su señor que se encontraba sitiado en Aguilar y donde se supone encontraría la muerte junto a este y otros partidarios suyos –CPI (1352, III)–.

hambre y abandonados por Pedro I solicitaban su ayuda<sup>127</sup>, pero este se veía del todo imposibilitado y no podía hacerlo salvo que aceptara un enfrentamiento directo en el corazón del territorio enemigo<sup>128</sup>. El cronista carga sus tintas sobre el monarca castellano por la poca confianza que tenía en sus propias tropas: «E el rey de Castilla, por algunas cosas, así de muertes que avía fecho de algunos caballeros, como porque todos los de su regno no eran contentos dél, non se atrevía a dar batalla» –CPI (1365, III)–.

Finalmente, no les quedó más solución que entregarse. Triste paradoja la de un castillo que había sido concebido como fortificación de bloqueo<sup>129</sup> contra Valencia y que acabó a su vez acosado, cercado y, finalmente, rendido. El acuerdo, sin embargo, fue extremadamente favorable. La causa estuvo en la intercesión de Enrique de Trastámara que quería ganarse el apoyo de un contingente tan importante de tropas para su causa. No le fue difícil esta gestión, defendió su propia causa, ofreció su generosidad e informó de determinados aspectos de su política futura. Los castellanos concedores de la actuación de Pedro I en casos similares<sup>130</sup> se pasaron mayoritariamente a su bando<sup>131</sup>.

Más claro lo manifiesta aún la crónica de Pedro IV quien incluso pone en boca del monarca castellano un pequeño discurso –¿de dónde lo sacó?– a raíz de su negativa a enfrentarse en batalla abierta durante el abastecimiento

<sup>127</sup> En esta obligación de acorrer a sus gentes está en juego «la honòr rèal» como proclama Pedro IV cuando se apresta a acorrer la villa de Castielfabib que ha emplazado por dos días su entrega a los castellanos –CPIV, p. 369–.

<sup>128</sup> No le quedaba otra a Pedro I que incumplir lo establecido en las *Partidas* 2,18,16: «Acorrer deben los alcaydes á los castiellos que tovieren del rey si non se acertasen hi et fueren á otra parte en tiempo de guerra ó de otro peligro; ca todas las otras cosas deben posponer et dexar para acorrer á su lealtad. Et por eso luego que lo sopieren deben venir con homes, et con armas, et con conducho et con todas las otras cosas que entendieren que les seran hi meester, porque los que estodieren en los castiellos no los hayan á desamparar et á perder por fanbre ó por otra mengua...».

<sup>129</sup> Las distintas tipologías de este tipo de fortificaciones están detalladas en PALACIOS ONTALVA, J. Santiago: «Castillos contras castillos. Padrastrós y fortalezas de asedio en la España Medieval», en *Arqueología y territorio medieval*, n.º 13.2, 2006, p. 35.

<sup>130</sup> Es el caso de Segorbe, apenas a cuatro leguas de Murviedro, acaecido el año anterior. En este castillo el rey había dejado como alcaide a Juan Alfonso de Benavides, justicia mayor de su casa, y un caballero principal que a lo largo de su vida había dado notables muestras de su valentía y lealtad a la corona. Abandonado allí sin alimentos y en precaria situación dejó el castillo en manos de sus familiares y se desplazó hasta Sevilla para solicitar la ayuda de Pedro I. Este no solo no le prestó atención alguna, sino que ordenó su encarcelamiento en Almodóvar del Río, donde finalmente murió –CPI (1365, III)–.

<sup>131</sup> «...que ellos sabían que el rey de Castilla nunca los quería bien, teniendo que ellos serían querellosos, porque los non acorriera, e que era ome muy peligroso, e que por aventura los mataría... E los que salían de Monviedro oyeron e sopieron todas estas cosas que el conde les dixo; e lo más era que se rescelaban del rey de Castilla, e avían temor que los mataría, e que non cataría como lo ficeron con grand desamparo» –CPI (1365, III)–.



de Orihuela de 1364. Espoleado por sus gentes a enfrentarse al enemigo, el monarca rechazó el consejo y se retiró a Elche. Cuesta creer sus palabras que habrían desembocado en una deserción masiva entre los componentes de su ejército:

*«A mí semeia que vosotros todos seades de acuerdo que yo ponga batalla al rey Daragon de que digo en verdat que si yo tomase con mí los que el dito rey Daragon tiene en sí e los havia por mis vassallos ó por mis naturales que senes todo miedo palearia con todos vosotros e con toda Castella e ahun con toda Hesparya: e porque sepays yo en que vos tiengo es asin que con este pan que tiengo en mi mano pienso que fartaria quantos leyaes haya en Castilla»*—CPIV, p. 374—.

El descontento entre sus súbditos también derivaba de otras peculiaridades del carácter de Pedro I como era su amor por el dinero y su falta de palabra. En 1361 tras el combate de Linuesa se hizo una gran presa de moros que fueron reclamados por el rey quien se comprometió a pagar 300 maravedís por cada uno de ellos, pero nunca los hizo efectivos. El enojo entre los integrantes de la expedición fue considerable «e tovo muy grand daño en esta guerra este tomar que el rey fizo destos captivos»—CPI (1361, VIII)—.

No hay que olvidar las envidias personales generadas en un entorno competitivo. Los nobles pugnaban entre sí para ganar el aprecio real y para lograrlo valían tanto los méritos propios como los fracasos ajenos. Y algo de ello hubo en la batalla de Araviana, ante la mirada del Moncayo—CPI (1359, XXII)—. Un pequeño ejército aragonés mandado por Enrique de Trastámara había roto la frontera soriana y devastado Ólvega. Fernando de Castro y Juan Ferrández de Henestrosa responsables de la defensa de ese sector desde sus bases en Almazán y Gómara fueron contra él cosechando una contundente derrota. Cuando ya había acabado el combate aparecieron los refuerzos de Diego Pérez Sarmiento, adelantado mayor de Castilla, y Juan Alfonso de Benavides, justicia mayor de la casa del rey y aquí empieza el lío por cuanto algunos de los supervivientes contaban que habían llegado con tiempo para sumarse a la lucha y se quedaron contemplando desde un otero como se resolvía la batalla «por quanto querían mal a Juan Ferrández de Henestrosa». No se llegó a aclarar al asunto, pero lo cierto es que ambos quedaron señalados desde entonces por el rey y Diego Pérez Sarmiento ni siquiera volvió a presentarse ante él, conociendo su discrecionalidad a la hora de ejecutar a quién no consideraba absolutamente fiel.

Bajando aún más en el escalafón militar encontramos que en el siglo XIV estaban plenamente vigentes algunas prácticas supersticiosas de carácter adivinatorio que se perpetuaban desde hacía siglos. Los soldados, en tanto que personas que se estaban jugando la vida recurrían a determinados

ritos, tanto religiosos como mágicos, con los que garantizarse el regreso, en la medida de lo posible con la salud intacta y la bolsa llena. En la Frontera andaluza antes de una cabalgada los adalides escudriñaban el vuelo de las aves que les avanzaban el resultado futuro de la expedición<sup>132</sup>. Únicamente si estas señales eran favorables se procedía a su realización. En este caso los integrantes de la cabalgada iban con la moral alta y seguros del éxito de su misión. Forzarles a participar cuando las señales eran contrarias implicaba partir con un ejército inseguro de sus propias posibilidades y abocado al fracaso. En este contexto se podría decir que el desastre de Guadix estaba asegurado desde su comienzo ya que si el año anterior los frontereros habían constatado la codicia de su rey que les había arrebatado impunemente el rescate de los cautivos ahora los augurios se mostraban totalmente contrarios. La consecuencia no era otra que las reticencias de una parte importante de la tropa a llevar a cabo la expedición en ese momento:

*«... otrosí por quanto algunos adalides les dixeron un día antes, que non avía buenas señales para entrar en aquella cavalgada do iban: ca en aquella tierra las gentes de guerra guíanse mucho por tales señales, magüer es gran pecado; pero así lo han siempre acostumbrado, e tienen que si van contra aquello, que les viene desmano, e han lo puesto así en su voluntad, que si les facen partir destas señales non lieban el corazón seguro: lo qual daña mucho en tales fechos desde que los omes toman rescelo e miedo en las voluntades»* –CPI (1362, I)–.

<sup>132</sup> Se trata de una costumbre muy extendida y que perduraba desde hacía siglos. En el *Cantar* vemos a Rodrigo Díaz de Vivar, no en vano es el adalid de la expedición, observando el vuelo de las aves en varias ocasiones. Al inicio del destierro las cornejas ya le van indicando el futuro de su empresa (MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (ed.): *Cantar de Mio Cid, Texto, gramática y vocabulario*. Espasa Calpe, Madrid, 1980).

*A la exida de Bivar ovieron la corneja diestra, (v. 11-13)*

*E entrando en Burgos oviéronla siniestra.*

*Meçió mio Çid los ombros y engrameó la tiesta:*

Tras la batalla de Alcocer el Cid enfilaba hacia la actual provincia de Teruel y nuevamente aparecen las aves adelantándole su destino.

*Alço su seña, el Campeador se va, (v. 857-859)*

*Pasó Salón Ayuso, aguijó cabadelant,*

*Al exir de Salón mucho ovo buenas aves*

La *Historia Roderici* insiste en este mismo proceder y en el cruce de cartas que se sucedió entre Ramón Berenguer II y el Cid antes de la batalla de Tévar en 1090 una de las primeras acusaciones que lanza el catalán a su oponente es la de fiarse más de las aves y de sus agüeros que de Dios: «Videmus etiam et cognoscimus, quia montes et corui et cornelle et nisi et aquile et fere omne(s) genus auium sunt dij tui, quia plus confidis in augurijs eorum quam in Deo» (MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *La España del Cid*. Espasa Calpe, Madrid, 1969, cap. 38).

Iguals precauciones tomaban los adalides extremaduranos que iban a razziar Al-Ándalus: «E Sancho Ximeno, el adalid, que era buen agorador acabado, cató las aves e entendió en ella que los moros serien vencidos» (HERNÁNDEZ SEGURA, Amparo (ed.), *Crónica de la Población de Ávila*. Anúbar, Valencia, 1966, p. 24, vid. también pp. 19 y 27).

## 10. CONCLUSIÓN

En las páginas anteriores hemos podido comprobar una completa adecuación de la práctica de la guerra a los fundamentos teóricos contenidos en la tratadística militar representada por el *Libro de los estados*. Una buena parte de los consejos que el infante deslizó en su libro encuentra su correspondencia en las campañas militares de Pedro I, y se alcanza prácticamente la totalidad si añadimos las de Alfonso XI. No es de extrañar estas últimas coincidencias pues el infante coincidió en muchas ocasiones con el monarca en el campo de batalla, las más de las veces a su lado, pero otras varias enfrentado a él. Pedro I se nos presenta como un avezado capitán que conoce los fundamentos de la guerra de su época y los aplica con acierto. Si bien en ocasiones se deja de llevar por su temperamento y toma decisiones que pueden parecer extrañas, no lo son menos los comportamientos de otros contemporáneos suyos cuyas acciones analizadas desde la distancia y el conocimiento que nos da el tiempo pueden igualmente calificarse de desafortunadas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALLMAND, Christopher: *La Guerra de los Cien Años. Inglaterra y Francia en guerra, c. 1300-c.1450*. Crítica. Barcelona, 1990.
- ALVARADO PLANAS, Javier: «La castellaría en la Edad Media castellana: Análisis histórico jurídico», en *Boletín de la Facultad de Derecho de la UNED*, n.º 8-9, 1995, págs. 15-30.
- ALVIRA CABRER, Martín: «Los francos de Ultramar y el arte de la guerra», en A. ARRANZ, M<sup>a</sup>.P. RÁBADE y Ó. VILLARROEL (coords.), *Guerra y Paz en la Edad Media*. Sílex. Madrid, 2013, pp. 469-496.
- ARIAS GUILLÉN, Fernando: «Los discursos de la guerra en la Gran Crónica de Alfonso XI», en *Miscelánea Medieval Murciana*, n.º 31, 2007, pp. 9-21.
- AYERBE-CHAUX, Reinaldo: *Yo, don Juan Manuel: Apología de una vida*. Hispanic Seminary of Medieval Studies. Madison, 1993.
- CARUANA, Jaime: *El fuero latino de Teruel. Edición preparada y con estudio preliminar*. Instituto de Estudios Turolenses. Teruel, 1974.
- CASTILLO CÁCERES, Fernando: «Análisis de una batalla: Nájera 1367», en *Cuadernos de Historia de España*, n.º 73, 1991, pp. 105-146.
- : «La guerra y el ejército en los reinos cristianos peninsulares durante los siglos XIV y XV», en *Aproximación a la Historia Militar de España*. Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica. Madrid, 2006, vol. I, pp. 143-166.
- CATALÁN, Diego (ed.): *Gran crónica de Alfonso XI*. Gredos. Madrid, 1977, 2 vols.
- CERDÁ Y RICO, Francisco (ed.): *Crónica del rey d. Alfonso el Onceno*. Imprenta de D. Antonio de Sancha. Madrid, 1787.
- CIROT, Georges: «L'espionnage en Espagne au temps de la Reconquête», en *Bulletin Hispanique*, n.º 19-4, 1917, pp. 259-264 (doi: 10.3406/hispa.1917.1968).
- CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Labor. Barcelona, 1984.
- Crónica de la Población de Ávila*, A. Hernández Segura (ed.). Anubar, Valencia, 1966.
- Crónica del rey de Aragón D. Pedro IV, el Ceremonioso, ó del Punyalet, escrita en lemosín por el mismo monarca, traducida al castellano y anotada por A. DE BOFARULI*. Alberto Frexas. Barcelona, 1850.
- DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente: *Itinerario de Pedro I de Castilla. Estudio y Regesta*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones. Valladolid, 1975.

- : *Colección documental de Pedro I de Castilla 1350-1369*, 4 vols. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. Valladolid, 1997.
- : *Pedro I el Cruel (1350-1369)*. Trea. Gijón, 2007.
- Don Juan Manuel: VII centenario*. Universidad de Murcia, Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1982.
- ESTOW, Clara: *La legitimación de lo ilegítimo: López de Ayala y la historiografía medieval*. Ediciones clásicas-Ediciones del Orto. Madrid, 2006.
- FLORANES Y ENCINAS, Rafael de: *Vida literaria del Canciller Mayor de Castilla D. Pedro López de Ayala, restaurador de las letras en Castilla*, en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, vols. XIX y XX. Viuda de Calero. Madrid, 1851-1852.
- FOWLER, Kenneth, «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361 – vers 1379)», en A. RUCQUOI (coord.), *Realidad e imágenes del poder: España a fines de la Edad Media*. Ámbito. Valladolid, 1988, pp. 23-56.
- FROISSART, Jean: *Les Chroniques de sire Jean Froissart*, en J.A.C. BUCHON (ed.), 3 vols. A. Desrez. París, 1835.
- Fuero de Coria (El)*. *Estudio histórico-jurídico*, por J. MALDONADO Y FERNÁNDEZ DEL SER. *Transcripción y fijación del texto* por E. SÁEZ. Con prólogo del Excmo. Sr. Don J. FERNÁNDEZ HERNANDO. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1949.
- GARCÍA, Michael: *Obra y personalidad del Canciller Ayala*. Alhambra. Madrid, 1982.
- GARCÍA FITZ, Francisco: «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en J.E. LÓPEZ DE COCA (ed.), *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Málaga. Málaga, 1987, pp. 55-72.
- : «¿Hubo estrategia en la Edad Media? A propósito de las relaciones castellano-musulmanas durante la segunda mitad del siglo XIII, en *IV jornadas Luso-Espanholas de História Medieval: As relações de fronteira no século de Alcaninces*, vol. 2. Faculdade de Letras da Universidade, Porto, 1998, pp. 837-854.
- : *Castilla y León frente al Islam: estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XII-XIII)*. Universidad de Sevilla. Sevilla, 1998.
- : «El cerco de Sevilla: reflexiones sobre la guerra de asedio en la Edad Media», en M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ (coord.): *Sevilla 1248. Congreso internacional conmemorativo del 750 aniversario de la conquista de la ciudad de Sevilla por Fernando III, rey de Castilla y León*. Centro de Estudios Ramón Areces. Madrid, 2000, pp. 115-154.

- : *Guerra e ideología: justificaciones jurídicas e ideológicas*. Sílex Ediciones. Madrid, 2004.
- : «La batalla en la Edad Media. Algunas reflexiones», en *Revista de Historia Militar*, n.º 100, 2006, pp. 93-108.
- : «“Las guerras de cada día” en la Castilla del siglo XIV», en *Edad Media. Revista de Historia*, n.º 8, 2007, pp. 145-181.
- : «El viaje de la guerra», en J.I. DE LA IGLESIA DUARTE (coord.), *Viajar en la Edad Media. XIX Semana de Estudios Medievales. Nájera, del 4 al 8 de agosto de 2008*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2009, pp. 135-192.
- : «“Más fuerte que la espada”. El hambre como arma y motor de la guerra en la Castilla plenomedieval», en P. BENITO I MONCLÚS y A. RIERA I MELIS (coords.), *Guerra y carestía en la Europa medieval*. Editorial Milenio. Lérida, 2014, pp. 35-64.
- : «Las Navas de Tolosa y el paradigma bélico medieval», en C. ESTEPA y M<sup>a</sup> Antonia CARMONA (coords.), *La Península Ibérica en tiempos de Las Navas de Tolosa*. Sociedad Española de Estudios Medievales. Madrid, 2014, pp. 17-52.
- GARCÍA DE SALAZAR, Lope: *Las bienandanzas e fortunas*, 4 vols. Amigos del Libro Vasco. Bilbao, 1985.
- GARCÍA TORAÑO, Paulino: *El rey don Pedro el Cruel y su mundo*. Marcial Pons. Madrid, 1996.
- GIMÉNEZ SOLER, Andrés: *Don Juan Manuel: biografía y estudio crítico*. Tipográfica la Académica. Zaragoza, 1932.
- GIMENO CASALDUERO, Joaquín: *La imagen del monarca en la Castilla del siglo XIV: Pedro el Cruel, Enrique II y Juan I*. Revista de Occidente. Madrid, 1972.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Santiago: «El espionaje en los reinos de la Península Ibérica a comienzos del siglo XV», en *En la España Medieval*, n.º 38, 1995, pp. 135-194.
- GUBERN, Román: *Epistolari de Pere III*. Editorial Barcino. Barcelona, 1995.
- GUTIÉRREZ DE VELASCO, Antonio: «La conquista de Tarazona en la guerra de los dos Pedros (Año 1357)», en *Cuadernos de historia Jerónimo Zurita*, n.º 10-11, 1960, pp. 69-98.
- : «Las fortalezas aragonesas ante la gran ofensiva castellana en la guerra de los dos Pedros», en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 12-13, 1961, pp. 7-39.
- JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: *Historia de los hechos de España*. Introducción, traducción, notas e índice de J. FERNÁNDEZ VALVERDE. Alianza Editorial. Madrid, 1989.

- JUAN MANUEL (DON): *El Libro de los estados*. I.R. MACPHERSON y R.B. TATE (eds.). Castalia. Madrid, 1991.
- KAGAY, Donald J.: «Battle-Seeking Commanders in the Later Middle Ages: Phases of Generalship in the War of the Two Pedros», en L.J. ANDREW and D.J. KAGAY, *The Hundred Years War (Part III): Further Considerations*. E.J. Brill. Leiden, 2013, pp. 63-84.
- LACARRA, José María: *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del Valle del Ebro*. Anubar. Zaragoza, 1982.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: «La organización militar de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media», en *Castillos medievales del Reino de León*. Hullera vasco-leonesa. León, 1989, pp. 11-34.
- : «La organización militar de la Corona de Castilla durante los siglos XIV y XV», en M.Á. LADERO QUESADA, (dir.), *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla, Actas del Symposium conmemorativo del Quinto Centenario (Granada, 2 al 5 de diciembre de 1991)*. Diputación Provincial de Granada. Granada, 1993, pp. 195-227.
- LAFUENTE GÓMEZ, Mario: «Comportamientos sociales ante la violencia bélica en Aragón durante las guerras con Castilla (1356-1375)», en *Historia. Instituciones, Documentos*, n.º 35, 2008, pp. 241-268.
- : «Aproximación a las condiciones de vida en Daroca y su entorno durante la guerra de los dos Pedros (1356-1366)», en *Studium: revista de humanidades*, n.º 15, 2009, pp. 53-97.
- : *Un reino en armas: la guerra de los Dos Pedros en Aragón*. Institución Fernando el Católico (CSIC), Excma. Diputación de Zaragoza. Zaragoza, 2014.
- : «Por caminos sinuosos: la defensa y el control del territorio en Aragón durante la guerra de los dos Pedros (1356-1366)», en *Aragón en la Edad Media*, n.º 22, 2011, pp. 135-167.
- LERENA GUINEA, Tomás, «La batalla de Nájera (1367)», *La guerra en la Edad Media: XVII Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 31 de julio al 4 de agosto de 2006*, en B. CASADO y J.I. DE LA IGLESIA (coords.). Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2007, pp. 345-378.
- LEROY, Béatrice: «Le prince écrivain politique, l'Infant Don Juan Manuel de Castille», en *Les princes et le pouvoir au Moyen Age. Actes des congrès de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public, 23<sup>e</sup> congrès, Brest, 1992*. Publications de la Sorbonne. París, 1993, pp. 91-105 (doi: 10.3406/shmes.1992.1612).
- LÓPEZ DE AYALA, Pero: *Crónicas*. Edición, prólogo y notas de J.L. Martín. Planeta. Barcelona, 1991.

- MARTÍN, José Luis: «Defensa y justificación de la dinastía Trastámara. Las Crónicas de Pedro López de Ayala», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval*, n.º 3, 1990, pp. 157-180.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María: «La cabalgada: un medio de vida en la frontera murciano-granadina (siglo XIII)», en *Miscelánea Medieval Murciana*, n.º 13, 1986, pp. 49-62.
- MCGLYNN, Sean: *A hierro y fuego: las atrocidades de la guerra en la Edad Media*. Crítica. Barcelona, 2009.
- Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, n.º 7, 1795, pp. 192-201.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *La España del Cid*. Espasa Calpe. Madrid, 1969.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (ed.): *Cantar de Mío Cid, Texto, gramática y vocabulario*. Espasa Calpe. Madrid, 1980.
- MEREGALLI, Franco: *La vida política del Canciller Ayala*. Cisalpino. Milán-Varese, 1955.
- NAVAREÑO MATEOS, Antonio: «El castillo bajomedieval. Arquitectura y táctica militar», en *Gladius*, n.º 111, 1988, vol. especial *Actas del I Simposio Nacional «Las armas en la Historia (siglos X-XIV)»*, pp. 113-152.
- NUSSBAUM, Mª Fernanda: «Algunas notas sobre los espías en la literatura medieval española de los siglos XIII y XIV», en *Memorabilia*, n.º 14, 2012, pp. 65-76.
- OLIVA MANSO, Gonzalo: *Pugna duorum: perfiles jurídicos. Su manifestación en la sociedad y la política medieval de Castilla y León*. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Madrid, 2000.
- : «El ejército castellano del siglo XIV. Una mirada a través de la crónica de Pedro I», en L. MARTÍNEZ y M. FERNÁNDEZ (coords.), *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz. El Ejército y la guerra en la construcción del Estado*. Asociación Veritas para el Estudio de la Historia, el Derecho y las Instituciones. Valladolid, 2012, pp. 59-92.
- : «Estampas de la guerra en la Crónica de Pedro I (I)», en *Revista Aequitas: Estudios sobre historia, derecho e instituciones*, n.º 14, 2019, pp. 17-64.
- : «Estampas de la guerra en la Crónica de Pedro I (II)», en *Revista Aequitas: Estudios sobre historia, derecho e instituciones*, n.º 15, 2020, pp. 17-74.
- PALACIOS ONTALVA, J. Santiago: «Castillos contras castillos. Padrastrós y fortalezas de asedio en la España Medieval», en *Arqueología y territorio medieval*, n.º 13.2, 2006, pp. 33-55.
- PARTNER, P.: *El dios de las batallas. La guerra santa desde la Biblia hasta nuestros días*. Oberón. Madrid, 2002.



- PORRINAS GONZÁLEZ, David: «Caballería y guerra en la Edad Media castellano-leonesa: el *Libro del caballero Zifar* y su contexto», en *Medievalismo*, n.º 15, 2005, pp. 39-70.
- PRETEL MARÍN, Aurelio: *Don Juan Manuel, señor de la llanura: (re) población y gobierno de la Mancha albacetense en la primera mitad del siglo XIV*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete, 1982.
- ROJAS GABRIEL, Manuel: «Guerra de asedio y expugnación castral en la frontera con Granada. El reinado de Alfonso XI de Castilla como paradigma [1325-1350]», en *IV jornadas Luso-Espanholas de História Medieval: As relações de fronteira no século de Alcaninces*, vol. 2. Faculdade de Letras da Universidade. Porto, 1998, pp. 875-900.
- : «El valor bélico de la cabalgada en la frontera de Granada (c. 1350-c. 1481)», en *Anuario de Estudios Medievales*, n.º 31-1, 2001, pp. 295-328.
- : «El riesgo de la batalla (c. 950 – c. 1250). Muerte y cautiverio en combate campal», *La guerra en la Edad Media: XVII Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 31 de julio al 4 de agosto de 2006*, en B. CASADO y J.I. DE LA IGLESIA (coords.). Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 2007, págs. 267-302.
- ROMERO PÉREZ, Jonatan: «Estructuras militares y logísticas en la Corona de Castilla durante el siglo XIV», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval*, n.º 32, 2019, pp. 337-378.
- SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, José: *Alfonso XI 1312-1350*. Diputación Provincial de Palencia, Palencia, 1990.
- SEGURA GONZÁLEZ, Wenceslao: «Batalla naval de Guadalmequí (año 1342)», en *Al Qantir. Monografías y documentos sobre la historia de Tarifa*, n.º 4, 2007, pp. 1-47.
- Siete Partidas del rey don Alfonso el Sabio (Las)*. Lecointe y Lasserre. París, 1843.
- STRICKLAND, Matthew: «Provoking or Avoiding Battle? Challenge, Duel and Single Combat in Warfare of the High Middle Ages», en M. STRICKLAND (publ.), *Armies, chivalry and warfare in medieval Britain and France: proceedings of the 1995 Harlaxton Symposium*. Stamford, 1998, pp. 317-343.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *España cristiana. Crisis de la Reconquista. Luchas civiles*, en R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.), *Historia de España*, vol. 14. Espasa Calpe. Madrid, 1976.
- TORRES FONTES, Juan: «Actividad bélica granadina en la frontera murciana (ss. XIII-XIV)», en *Príncipe de Viana*, n.º 3, 1986, *Homenaje a J. Mª Lacarra*, pp. 721-739.

- TORRES DÍAZ, Olga: «Los consejos de al-Harawi sobre estratagemas de guerra: un manual político-militar árabe del siglo XII», en *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, vol. 3, n.º 2, 2017, pp. 225-239.
- VALDALISO CASANOVA, Covadonga: *Historiografía y legitimación dinástica: análisis de la Crónica de Pedro I*. Universidad de Valladolid. Valladolid, 2011.
- VALDEÓN BARUQUE, Julio: *Enrique II de Castilla. La guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones. Valladolid, 1966.
- : «La propaganda ideológica arma de combate de Enrique de Trastámara (1366-1369)», en *Historia. Instituciones, Documentos*, n.º 19, 1992, pp. 459-468.
- : *Pedro I el Cruel y Enrique de Trastámara: ¿la primera guerra civil española?*. Aguilar. Madrid, 2002.
- VALDEÓN BARUQUE, Julio (coord.): *Estudios sobre el Canciller Ayala en el VI Centenario de su muerte*. Diputación Foral de Álava. Vitoria-Gasteiz, 2007.
- VEAS ARTESEROS, Francisco de Asís y MOLINA MOLINA, Ángel Luis: *Documentos del siglo XIV*, vol. I. Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 2015.
- VIVAS PÉREZ, Miguel Ángel: «La transmisión de mensajes mediante señales ópticas: una visión de conjunto», en A. RUIBAL RODRÍGUEZ (coord.), *Actas del III Congreso de Castellología Ibérica: 28 de octubre - 1 de noviembre*. Asociación Española de Amigos de los Castillos-Diputación Provincial de Guadalajara. Madrid-Guadalajara, 2005, pp. 399-418.
- ZURITA, Jerónimo de: *Anales de la Corona de Aragón*, en A. CANELLAS LÓPEZ (ed.). Imprenta de Octavio y Félez. Zaragoza, 1967-77, 9 vols.

Recibido: 06/10/2020

Aceptado: 24/06/2021